Alfonso alcalde

496-511

el
panorama
ante
nosotros

nascimento

Portada:
Domingo Baño

A L F O N S O A L C A L D E

EL PANORAMA
ANTE NOSOTROS

EDITORIAL N A S C I M E N T O
SANTIAGO 1969 CHILE

© ALFONSO ALCALDE

1969

Inscripción N.º 36597

CUANTO MAS PARECE SABER UN POETA ORAL ACERCA DE
UN ACONTECIMIENTO LEJANO, TANTO MENOS SABE REALMEN-
TE ACERCA DE EL Y CON TANTA MAYOR SEGURIDAD QUE
ESTA INVENTANDO.

RHYS CARPENTER.

*Jacañajh jankkáu jiwí marán y tucusa
jake chuimasti arsuwa sicu chuquiru uñtata
Kkaptatajh ttunjasiwa jiwañ jiwañ urwañ arsura
khepat alek ttunaqui lakkaru aparpayata.*

La vida fenece pronto terminando en pocos años
y el corazón del hombre habla como la caña frágil de la siringa.
Apretándolo se hace trizas, hablando hasta el día de morir
siendo después vana basura arrojada al polvo.

Umttaña, poema aymará.

Por cuanto Alonso de Aguilera en nombre como procurador de la ciudad de Concepción de las provincias de Chile, nos ha hecho relación de los vecinos y moradores de dicha ciudad, nos ha servido mucho en la conquista y pacificación de aquella tierra, donde pasamos muchos peligros y trabajos en ella y el poblar la dicha ciudad y sustentarla; y que los pobladores de ella son gente honrada y leales vasallos, mandaremos señalarle arma a la dicha ciudad, según y como las tenían otras ciudades y villas de nuestras Indias, u como la mayor merced fuese.

Y Nos, acatando lo susodicho, tuvimoslo por bien y por la presente hacemos merced y queremos y mandamos que de ahora en adelante, la dicha ciudad de Concepción, haya o tenga por armas conocidas un escudo: que haya en él un águila negra de campo de oro y por arriba un sol de oro encima de la cabeza de dicha águila, y por los pies una luna de plata y a los lados cuatro estrellas de oro y dos ramas de azucenas de flores de campo azul, según que está señalado y figurado en un escudo total como éste: las cuales dichas armas damos a dicha ciudad por armas y divisas señaladas, para que puedan traer y poner y haga y ponga sus pendones, sellos y escudos, banderas y estandartes, y en las otras partes y lugares que quisieren, según y como en la forma y manera que las ponen y traen las otras ciudades de nuestros Reynos, a quienes tenemos dadas armas y divisas.

CARLOS V,
Rey de España

Tomo Primero: *El arado de cinco dedos.*

Tomo Segundo: *Oratorios de la guerra.*

Tomo Tercero: *Los ojos que se tragará la tierra.*

Tomo Cuarto: *Cantos Pencopolutanos.*

TOMO PRIMERO

El arado de cinco dedos

PREVENCION AL LECTOR

De todas las desdichas, ninguna como la poesía produce tanto arrobamiento, tanta llama para el consumo, pues hasta quedar reducidos a ceniza, cantamos.

Desde ese predio con residuos de brasa ardiendo, nominamos los sufrimientos y las torturas que no son pocas. Con explosiones de fuego cundió nuestra sombra, la velocidad de los músculos que remaron contra el infortunio.

Porque en las galeras habitamos navegando en la edad, dándole a los ojos factorías de navíos y el alma, alas para cubrir los diezmos que iban quedando.

En las prisiones de los trabajos, la mano queda sellada o trunca como antaño en los combates y cuando fui picapedrero, minero, vagabundo o cuidador de perros se me entró el habla.

Estuve caído de bruces largamente en mi propia sangre como estacionado, apenas palpitando.

Mas al trote de los años, después de conocer un poco la corteza humana, quitéle todo candado a las palabras y en el más urgente estacionamiento de la vida me puse a ordenar estas peripecias.

Sobre piedras, toneles y ladrillos bajo la custodia de la noche escribí tanto como pasos tiene el camino del infierno. Y heme aquí rodeado de las cosechas de estas desventuras que me vaciaron el habla por completo hasta quedar otra vez solitario y errante.

En estos menesteres ocupé los inviernos que llevo sobre mi edad familiarizándome con los antiguos vecinos penquistas teniendo la precaución de conocer los ríos, usos y costumbres y sus desgracias y alegrías asistiendo al traslado de sus ciudades y campanarios, ilustrando la guerra y sus muertes sin fin, bordeando sucesos remotos, atrapando fechas, circunstancias memorables, incorporando al paisaje a estos remiendos y luego haciéndolos navegar en numerosos coros opuestos regresando después al polvo donde fueron expatriados.

Ayudóme en esta aventura Estesícoro de Himera, ducho en el oficio de sacarle tranco a los himnos, el sureño Ibico de Reggio de lengua desenvuelta

cuando enarbola sus musas y otros muchos de los que doy debida cuenta, los muy viejos y los muy nuevos. En todos sus casilleros intrusé desde Simónides a los himnos deportivos, desde Estacio a los mínimos inventores de resonancia cuenca porque a través de los siglos la poesía es una sola y uno solo su vasto repertorio.

Que este primer tomo de "El Panorama ante Nosotros" y los siguientes que son el testimonio de tan variadas peripecias, reciba el amparo de los lectores y que la suma y resta de sus aprobaciones y disgustos permita que sus cantos no hallen sino como los ríos su don natural, sostenido con rápidos peligros y quieto exterminio.

Coliumo, febrero de 1965.

CANTO 1

EL LLANTO A LOS OJOS CORRE ATADO

LA CASA

HOY pedí prestado
el sol a mis vecinos.

“Una pobre hebra de luz”
—les dije—
algo para andar
sobre la tierra
con una despavorida sombra
a cuestas.

En realidad el sol
caía a raudales
en la solitaria, trémula
indefensa calle encima
de los árboles y la multitud
lo llevaba con premura.

Todo era rutilante:
el pausado jardín,
el césped derramado,
el cadáver florecido
y la dulce tarea
de los sonoros días
que andan sueltos
entre los silenciosos
pájaros bajo los
techos musgosos.

La casa en general
llevaba su peso a cuestas
con el humo escapándosele
delirante, alto y fornido
soportando el universo
anclada en la tierra,

como una semilla
en el surco de la vida
vulgar y repetida, desprovista
de arrogancia, tibia
en su astillero.

Al cruzar la calzada y acercarme
miré el férreo candado de la puerta
dorado y tibio, pero inclemente;
la impávida cerradura,
las ventanas que no son humanas
sino cuando una sonrisa
pasa por los cristales y centellea
como un pez, como un pez.

Cuanto vivió en la tierra
existe prisionero:
áureas arenas emancipadas,
maderas cuyo olor silvestres
pasó pegado a la luz, agreste,
múltiples metales en esguince
con firme quejido,
clavos para siempre enarbolados
mártires, marciales;
vigas como navíos postrados
en gravedad, aunque quiméricos,
serviciales,
piedras, pétalos volcánicos
con duros poros entornados.

Aquí yace la frágil
tumba de mis vecinos
con su media agua perfumada
fáciles de piel,
ávidos de hueso
clementes de sangre
purpúreos
cuando el alba
vacía los sueños
despuebla los cuerpos
y palpitaciones
gotas de piedra, mar, lodo y musgo;
y también son oscuros, difíciles cuando la noche
los deja fuera del tiempo
pasajeros efímeros de remotos días
que nadie reconoce, que nadie reconoce.

VISITANTES

Adelante vecino —me dicen—
encumbrados de solemnidad, sonoros,
largos y frondosos. Y una puerta
se abre en la antesala
de otra puerta
como quien abre el mar.

Nos inclinamos en justas mitades
en nuestras mejores porciones
—ni más ni menos—
circunstanciales, pero afables
postales, ebrios de parsimonia
circulando en una breve huella
del tiempo, la muerte y el fuego.

Empezamos a escrutarnos:
leve piel dadivosa
pelo con brío, de yute,
dientes calmos perfilados
firme y débil latente nariz
dirigida, suaves labios tenaces
y sueltos de cuerpo, encadenados
moviéndonos en el único múltiple
eje que parece
sostenernos, girando plural
en nuestra múltiple edad
en las más vastas y variadas
muertes, en un chorro de luz
que pone a prueba sus bisagras
y es venerado, y es venerado.

PRESENTACIONES

Siempre quebrados
yacemos
esperando sin apremio
la apresurada muerte.

Pero antes de darnos las manos
500 siglos dormidas sobre los escombros
miramos sus rotos y polvorientos atuendos.

¿Qué son ahora sino
un aluvión breve,
una astilla imperceptible
siempre de paso, inestables
como una lluvia prendida en el aire
del otoño, sorprendida por los
huracanes y los grises
náufragos de Ontulmo adentro?

En ese hermanable mecanismo
nos miramos de reojo, casi
una paloma, un riel corto
una abandonada cuchara, una mano salobre
como quien dice una limosna del cuerpo
una lágrima de la noche
una hebra de la tierra,
una estrella de la vida.

¿De dónde venimos?
—nos preguntamos—.

¿De qué estricto paradero
de qué lejano límite abrupto
o sereno?

¿De qué maraña solitaria?

¿De qué fuentes apagadas?

¿De qué astutos fuegos
alertas, siemprevivos?

¿De qué cenizas somos aventados?

Recorramos esas distancias,
vacíemos sin descanso los antiguos rostros,
hurguemos un poco
en sus antiguas tumbas predilectas
en todo cuanto existió
en la floresta de la sangre:
encadenados vástagos:
filudos abismos filiales
y la quieta copa urgente
en que nos guardaron sin cesar
—entraña adentro—
en la tibia oquedad
del delirante océano.

Somos una multitud indescifrable
—nos decimos mutuamente—
con heridas imperturbables
heredadas como hábito —repetimos—.

Con palabras nacemos —vecino—
de recia estirpe combinada,
apenas un balbuceo
—más que un eco—
una titubeante luz partida
señalando el inefable
bifurcado camino,
casi una raya
una sola luz socavando los muros
una infinita luz cayendo
lenta, bruñida, agónica
verde en el mortal designio
de la estación, baldándose en

breve imperio, luz al
trasluz mondada
por el ceniciento
y filudo crispado
amarillo del último otoño.

Cómo nos destruimos —vecino—
tocando cenizas, escuchamos,
cambiando los muertos, vivimos
secando las lágrimas, reímos
rescatando los muertos, morimos!

EL PRISIONERO MANA SECRETA LUZ

Se gasta el hombre —vecino—. Es el primero
en poner la piel y su recado.
El llanto a los ojos corre atado.
Devorándole el sudor vive el dinero.

Entre las estrellas, el prisionero
mana secreta luz, barro obstinado
y del prístino corazón templado
iras y odios en vaivén duradero.

El sol perfora su frente errante
sembrándolo entre las sombras
tumbado su roto eslabón inerte.

Por fin desemboca en la muerte
con una pequeña semilla caminante.
Pero su esqueleto jamás lo nombra.

CON UÑAS ARAMOS LA TUMBA

Siempre agazapados vivimos el uno
con el otro —vecino—. Con uñas aramos
la tierra y todos contra ninguno
batallamos, oramos y sembramos.

En cruz nos vamos llagando el uno
contra el otro y la muerte llamamos
llenándola y vaciándola porque ninguno
durará sino por donde agonizamos.

Fugaz el cercano límite! Un hueso
sin nada señala el breve camino
en la súbita interminable aventura.

Y se espanta: apenas es un travieso
segundo buscando su infinito destino
y verde, entre los siglos madura.

Gobernaba la Diócesis de la Concepción de Chile, el obispo Monseñor Francisco Vergara de Loyola, de la corte de los Ermitaños.

Impulsado por el espíritu del concilio de Lima, reglamentó con esmerada precisión desde el toque de las campanas hasta el tiempo de las lluvias. Dispuso que el invierno durara desde la aparición de San Miguel que es el ocho de mayo, hasta el día de este arcángel, el 29 de septiembre.

Carlos Oliver Schneider.

LAS LLUVIAS DEL ARCANGEL SAN MIGUEL

Señor del agua, llegando abril
los abajo firmantes, te imploramos
con la mayor humildad, para no herir
tus simples tocinos, tus dobles columnas,
tus triples cereales, tus cuádruples
pies completos, tus quintas papadas,
tus sextos ojos, tus séptimos abalorios,
tus octavos reglamentos, tus novenos
candados y tus décimos anzuelos.

No nos avaricies el cielo, todo está
yermo: el rostro que sufre se lamenta
en secanos y por nuestros dedos las
rosas anuncian la primavera y por los
huesos de estos transeúntes ya ha hecho
julio su mejor agosto.

Señor de los avaros charcos, la procesión
te reclama: abre la llave, las damajuanas
porque en gloria la lluvia recibiremos
aunque venga morada por la sacristía
de tu reino, nevada por tus arroces
invernales tan maduros y retenidos
en el estrepitoso galope de la muerte.

El iluso que sembró granizo espera
cosechar escarcha, friolentos
materiales fluviales, truenos quiere
el que alertó los relámpagos al iniciarse
la temporada de esos tormentos
porque sabemos que en tu corazón de piedra
hasta el rocío tiene algo de mano cavando
en las entrañas celestiales que ocupas.

Señor de los tricornios licuados, con
húmedo pie azucarándose en el agua
el árbol no da nido sin tu bendición
y ningún pájaro suelta vuelo si no lo arengas.

Abrenos los cielos con justicia y que
la lluvia derecha no sepa lo que hace
tu lluvia izquierda, tus latidos, tus campanarios
ahora que nuestros polvorientos ojos están
esperando la señal para llorar al unísono
y regar la ávida raíz de los muertos.

Las lluvias cortaron en repetidas partes la vía férrea y entraron en el barrio Agua de las Niñas. Más de 300 casas se anegaron, y flotaron destruyéndose.

En botes y lanchas se realizó el salvamento. Se vieron en la mañana pasar, arrastrado por el ancho río, pedazos de tabique, techos de las habitaciones, muebles, casas, árboles.

Crónica del siglo XIX.

ALGUNOS ANIMALES DEJAN LA TIERRA

En aquellos brumosos
crepúsculos lejanos —vecino—
una débil tía borrosa
vestida de blanco y ceniza
tocaba su blando piano
con tibias notas silenciosas y distantes
y sin embargo, vagas, atolondradas,
estremecidas con ahínco, capricho y tristeza.

Aún nos parece escuchar
el rumor de las notas heridas
y ver correr las gruesas breves
largas lágrimas
de la ejecutante.

Aún recordamos esas
ventanas profundas
por donde pasaban las transparentes
lúcidas campanas domingueras

y las tenues visitas de humo:
altas torres almidonadas de musgo orgulloso
arrobadoras sombras estables,
no perpetuas.

Antes nos caía el tiempo
como una brasa ardiendo:
éramos al parecer
de otros materiales
y recordemos la ocasión
cuando llegó el ciclón
y levantó los techos
inflando las polleras,
crispando el plumaje de las aves,
aventando agitadas ancianas,
poniendo alas a los animales,
haciendo volar vacas, perros
ovillados, pájaros en su vuelo
inundados.

Los potros huían por los aires
sin asidero.
Era verdaderamente divertido —vecino—.

Las bestias partieron cielo arriba
en espiral,
Las crines estampadas en el aire morado
las patas al mundo como quien
rasguña la eternidad
y entre los árboles, algunas prendas
completamente íntimas
colgaron ahorcadas:
frutos desprovistos de justicia:
manzanas roídas, pero inútiles,
y como siempre, melancólicos.

El Biobío se llenaba de sucesos confusos:
las gallinas pasando encima
de flotantes gallos,
el loro en su cacerola, silencioso:
la vida perpetuando el tranquilo desorden:
la madera y su serrucho,
cuadros desvaídos
el pájaro
silbando
muerto en la jaula.

Y el cadáver feliz, inflado
dando vueltas y más vueltas
turbio, monárquico, enlodado.

Ya no se ven esas inundaciones —vecino—,
Las mujeres clamando,
los hombres bramando,
los niños jugando,
la muerte, cazando.

Eso me trae a la memoria
el caso de un carabinero
novio de una de las empleadas
que era sumamente enamorada.

Estaba en el puente
la indecente
dale que dale
y se fue de espaldas
cuando le levantaron
las faldas
y cayó al río alborotado
sin haber gozado, dicen.

Y el carabinero
dejando la carabina
casi se empina
sobre la muerte
y quiso la suerte
que se lanzara
y la agarrara
de esa parte
que usted ya sabe.

Y así murieron
abrazados
completamente
pegados.

Pierrot se debate y brama como un buey que husmea el cuchillo, pero al final se abandona a su destino. La cabeza es separada del tronco —una cabeza enorme, blanca—, salpicada de sangre que rueda con estruendo hasta el apuntador, poniendo en evidencia el disco del cuello cortado, la columna vertebral troncada y todos los detalles de una bestia degollada y recién descuartizada para ser puesta en venta.

Pero he aquí que en un momento el torso del decapitado impelido por incontenible anhelo de robo, se levanta sobre su propia cabeza actuando de una manera más práctica que el Gran Dionisio, como si fuera un jamón o una botella de vino siempre en aquel famoso bolsillo de sus pantalones.

Baudelaire.

EL LUMINOSO DECAPITADO

Una noche —vecino—
don Calixto Morales
pasó bramando
caballo y jinete
echando fuego:
temblor vertiginoso.

Venía iluminado
y quedó colgando
la cabeza como un nido
entre los árboles oscuros
el cuerpo por su cuenta
siguió caminando
lleno de luces.

No sé —vecino— cómo fue juntando
y parece que lo remendaron
y con toda su muerte
otra vida, hicieron.

Se fue muriendo
poco a poco
en ese vasto dormitorio
en su propio fuego.
Los vagos candelabros
ardían amarillos
y en las profundas alfombras
el silencio iba y volvía
rumoroso.

El finado
esperó la muerte
con los ojos abiertos
como un ejército.
Era un blando cuervo
ardiéndole por dentro:
una granizada que al recorrerlo
desde el paladar a los ásperos pies
rompíale el corto horario
de la vida,
la breve defunción del sol.

Estaba don Calixto
muerto a medias,
medio vivo,
y medio muerto:
más vivo
que muerto.

Mirando por un ojo
vivo
olvidando por un ojo
muerto.
Agonizando con un pie
vivo,
descansando con un pie
muerto.

Muerto a medias
en sociedad
golpe y puño
peldaño y pic
todo mezclado:
por un lado
la muerte
y por el otro, también.

LAS LLORONAS, LLORADAS

Un grito enlutado
de soslayo
trunca
trampa
la mirada.

Brusco
leve
breve
el disparo
en su rostro
contra la nariz afilada
acerada.

La paralela frente
de hielo
rota;
el zarpazo, las ojeras
colgando como nubes
y las manos —antaño amantes—
huyendo.

Ruedan en cónclave
residuos de piel: pómulos
de alarma insostenida,
nieve catastrófica,
paloma de curvo perfil
amarillo, descascarándose
mustia en su ex albura:
la boca en bancarrota.

Repta otra vez la nariz
alta y pérfida
retumbando al filo
angustioso
de las heridas,
los espasmos graduados
de mayor a menor, ajenos.

Serán cortas ranuras
abandonadas, la armonía
crispada y doble
el baluarte de las cejas:
puños de las estrellas
salobres, olas con
orificios, carnudos
soles.

Uno ve en su bóveda, el tímido
desliz de los dientes
ya calmos, ya serviciales
y ese látigo de la lengua
ahora en su astillero
sin amor, sin amor!

Es la última agonía.

Bajo el fuego
de la muerte, aquellas mujeres
(cobrados los emolumentos),
soltarán nocturnos llantos
largos, innecesarios a la memoria
del difunto que alegremente
también, gratis,
llora por ellas.

NO FALTA DE QUE REIRSE

*No falta de qué reirse,
dijo una vieja,
detrás del ataúd de su marido.*

En el velorio
el quebrado grupo familiar rodea al caballero
con gruesas lágrimas de ceniza.

Son cortos espejos
de hollín y relámpago
deteriorados rayos
de violenta piedad
pasmosa y resbaladiza
destreza y maestría.

Cada lágrima está en su ojo,
la risa entremedio
al fondo exterminado de la boca.

¿Qué lágrima
es la justa
la que no equivoca
su rumbo, el derrotero?

La recta de juicio,
la ecuánime,
incorrupta
la que nace y muere
predestinada, inequívoca
dúctil, la más doméstica lágrima
leal a sus principios

moviendo, cómplice
asociada, la otra
la siguiente de número
la guardaespalda
la subarrendadora
la vecina que sepultándola
encadena el llanto y la ira,
zurce la lágrima siguiente,
continuando en el turno
haciendo antesala, sin esperanza
pero segura, indiferente
soberbia, sin anclas?

Entonces apenas un salto.
Luz sonora de fuego compacto,
un disparo y su estertor,
alguien que vislumbre el extremo,
del ovillo,
el fracaso, la miseria, la orfandad,
la angustia, los delitos comunes,
las encrucijadas, el ir y venir
a ninguna parte
y llorar, llorar sobre los muros,
sentir que alguien
tira la cuerda del llanto
desencadenándose el breve
interminable río
buscando su acueducto:
luces mortecinas,
cadáveres finales,
frustraciones crecientes,
un decapitado domingo
patas para arriba:
la mujer que desaparece
entre las manos de puro presente.

Hay que armar el conjunto,
la representación,
la interpretación
de la escena.

Es necesario
ver, palpar donde está
la trizadura,
las precisas fronteras

del llanto, aún en germen
siempre en formación
tanteando la luz
con ese cordón umbilical
que aflora en el aire
en las dolientes espigas
y ahí buscar a tuntas
cual dolor debe ser correspondido.

Oh pequeñas gemas
donde el sol se estremece
esparciendo luces, puntos,
mareas fijas
metálicas
mareas
diminutas!

AIRE CALZANDO SU HUESA

¿Quién descuaja las lágrimas
quién enreda las aguas
los diques, los caudales,
la piadosa ira del mar
dentro de otro mar, furioso
armado como una cebolla,
redondo de ola
oloroso de espuma terrestre
combado de límite?

Son edades, escombros
empezando imposibles recuerdos
altas memorias.

Es el mecanismo del llanto,
la sal, el agua crispada,
la combustión, el enredo:
una explosión de duros cristales.

Entonces
a mitad del camino
en sentido contrario:
viento que devora el aire
calzando su huesa y chasquea
su lengua y pifia su cuerda.

Rostro que va devorando los espejos,
llaves más grandes que las puertas,
absurdos, sólidos trajes, líquidos relojes
abstracciones de brutales ritmos, pulsos
celestes,
fárragos de oro, balaustradas,

bramidos del sol,
escalerillas de la sangre, velocidades
constantes, borrosas
irrumpen en la comarca
de las lágrimas,
alta de pájaros
sola de sombras,
y desde el fondo
de la dimensión del ser
salta una sonrisa, una risa.

La devoradora
tragadora de desdichas,
sepultadoras de banderas
y clama
oh libertad, oh ausentes
ateridos relámpagos fijos pasando
por sus risas, risas cuya danza
se esparce por la tierra
una por una
como el eco de la lluvia en una tormenta.

PASAJERO PARTE COMO COHETE A LA GLORIA

Cuando un hombre se muere —vecino—
lo van quemando de a poco,
se va para adelante
enfilado como una lanza
a sentarse en la gloria.

Su estirpe
da tiraje a la chimenea.
Sube un punto la viuda, el otro,
el que sigue:
usan su navaja,
lloran su fotografía
distribuyen su recuerdo
repartiéndolo a domicilio.

Un muerto es un muerto
como quien dice un pan de Dios
alguien que ya no lastima
en su tránsito dichoso.

Pero antes de entrar en el patio
de los callados con gran pompa
y sin perder el compás
mucho antes de eso
ya se ha ido
de a poco
todos los días, un gramo,
cada hora, una sombra.

LAS RIQUELME SOLLOZAN A DOMICILIO

La Teodorilda y la María Riquelme (Q.E.P.D.)
donde ponían el ojo, caía la lágrima
la lagrimilla, la lagrimota
arremolinada, dispersa, unida —vecino—
con su uniforme de tristeza
elaborándose con cuentagotas.

Una tenía cara de limón
y la otra de sardina
con arrugas sucesivas en el lomo
torrejas en la frente sufrida
canales ¡oh de qué tesoros sonantes!
cortapisas del otoño, bravos tajos sutiles
emperifollados a la altura de los pómulos
no salientes, sino remolones, vastos
en la punta de sus señales, agazapados
en el ir y venir de la batiente mandíbula
como si un solo nudo amarrara el vuelo
de la cara: los ojos y la compuerta
siempre viva, olfateando el dolor, la muerte
que daba para parar la olla, y vestir
a la parentela, y comprarle cuadernos
a los infantiles, pitos y trajes de marineros
a raya, con sobregiro en las espaldas:
azules y borlones rojos caídos.

Estos dos rostros antes
de iniciar el concierto
templaban el acero de sus cuerdas mojadas
quedando los ojos a la expectativa
esperando la señal que desbordaría esas
pestañas de palo y eran de alambre

y el tumulto final del conjunto, el agua
vaciándose en esos escombros neutros de los declives
humanos, en esas muecas que tienen su propio escenario
en esos gestos que la muerte esclarece por completo
y entonces las lágrimas ya no tienen más espera
que la lenta caída, venciendo los principios carnales
el compás de la tonada y la voluntad del finado
de escucharse navegar a tales alturas
confinado en esas lágrimas perseguidoras
que andan en bicicleta por la cara
que caen en tren por el cuello
y salen a buscar a los difuntos
y los elevan con transparente dulzura
cuando quedan separados y fronterizos
entre el dolor y otros peligros
menos blancos que su espuma póstuma
menos airoso cuando toman el caballo
que los llevará a saborear la muerte, achicando
el agua de los costados, la alegría de sus estivales esquinas
esquivas estatuarias

Había llanto de varias clases:
unos llorados y cantados
y otros de menos categoría
cuando el muerto era pobre
y no tenía dónde caerse
muerto.

Llegaban las Riquelme
con su instrumento
y al instalarse en el velorio
como esperando una señal
se ponían a soñar en cualquier cosa:
un golpe, un chapuceo en el agua
de alguna anciana cayendo patas para arriba
hasta que una risita iniciaba el gorjeo
y de las carcajadas a las lágrimas
sólo había un tris.

En cambio
las Argomedo tenían clientela propia
y hasta un piano para llevar el compás.
Les gustaba guardar las lágrimas
en una damajuana y con un embudo
las dejaban sobre el difunto

como un aguacero de salobre vino tinto
perfumando su cristalino ropaje, la pala
la comida y el caballo que acompañaría
al muerto para llegar más rápido
a su próspero destino.

Era de verlas cuando soltaban
el chorro mientras la fiesta ya
estaba que ardía y se tiraban al suelo
como víboras y pedían la palabra
y entre lágrima y lágrima
se lamían los bigotes
diciendo: "¡Era tan bueno
y se fue a morir el condenado!"

En una oportunidad después
de llorar media noche, el muerto resucitó
para bailar el último pie de la cueca
armándose la gran zafacoca entre los
transéúntes y el empresario negándose
a pagarles lo ya llorado.

Es el caso que con tanta lágrima
a las Argomedo y a las Riquelme
les vino una enfermedad: lloraban
por cualquier cosa. Al dar los buenos
días y las malas noches
y por eso se quedaron solteras
porque nunca pudieron dar el "Sí"
en serio, sino llorando
de los dientes para afuera
disfrazando sin querer la alegría.

Después de seguir un tratamiento
se les corrieron las tejas, quedaron
con los alambres pelados y andaban
viendo a los difuntos hasta en la sopa
y el llanto se les transformaba en risa.
Entonces vino la ruina: quedaron cesantes
porque nadie estaba dispuesto a pagarles
para que lanzaran sus carcajadas
debajo de las mismas barbas
del muerto.

SE COMPARA UN DIFUNTO CON UN PERRO

"Y habiendo un soldado comidose un perro, murió aullando como perro".

(El padre Rosales narrando las penurias de los defensores del fuerte de Valdivia).

Don Calixto, bocado, ancla y bandera
encalló en la espada, durmió en la centella.
Fabuloso cuervo trunco de carga ligera
siempre que su voracidad no deje huella.

Blasfemo fue denunciando estrellas:
sobras del firmamento, infinito alerta
y aullante. Próspero juez de querellas.
Vigilante del lado seguro de la puerta.

Ahora reniega como perro y calza baba
desfilando debajo de dentada escuadra
mordiendo las lunas que hasta ayer lamiera.

De toda la jauría es prolija aldaba
llamando la muerte. Sóbrale lo que ladra.
Fáltale perro al que hombre fuera.

JUAN VILCHES, FINADO CANTARINO

Cuando se muere un músico —vecino—
queda sonando hasta su viuda
toda su pared y el instrumento.

Juan Vilches fue un finado cantarino
un hombre frágil, de guitarra violenta,
de carcajada flor, cuerda tintineante:
ola que al reventar estallara en la
cueca, con el pañuelo en alto
invitando a la muerte
a darse una media vuelta.

Siempre se había imaginado
que antes de depositarlo en el ataúd
le cantarían gloria, alabanzas
en coro. Su guitarra andaba
en esos trajines, tirante
como cielo estrellado y completo
como si el ejecutante fuera a quedar
encerrado entre las cuerdas
y sonara, sonara, sonara
hasta terminarse el vino
en la noche del acontecimiento.

Pero la muerte endureció
sus dedos, casi sin aviso
y fue sorprendido durmiendo
con el alma cerrada, con la puerta
abierta de sus ojos inmóviles.

Y en medio de la fiesta
cuando se recordaban sus hazañas:
los caballos bicolores al ras del viento
sus redondas mujeres, alguien se acordó
del encargo del finado.

Hueca sonó su guitarra
con menos entrañas, también
medio muerta, ahogada en el gran
silencio de su deudo.
Por eso cuando empezó
la cueca, su compadre
se acercó a la caja empezando
a tamborilear el fétetro
y el muerto contestaba
con tanta gracia ese salpicado
trajín de los dedos que aún tenían
vida, ritmo, apresuramiento y demanda
para saludar a la concurrencia
bailando por dentro de su oscura
comarca.

FABULA DE DOÑA UBERLINDA DEL CARMEN SOTOMAYOR

Una vez, una vecina
de sesenta y cinco años
oriunda de Curanilahue
de aspecto precavido,
entrega hermética,
aislamiento total,
cerrada de número,
hosca de frente,
perfil ladino,
urgente ojos claros,
nariz reptante, rostro
como una cerradura,
de ojiva calma
quiso darse un gusto
y compró de ocasión
su propio ataúd.

En las noches lo miraba
como si fuera el espejo de la muerte:
el honesto navío
para un entierro de primera.
Tenía algo de marido
de cifra incompleta:
algo de basura
tristemente útil.
Mas pasaron los meses
y el ataúd parecía tan natural
como un miembro de la familia,
siempre discreto, siempre listo:
era una maleta preparada para el viaje
esperando su pasajero.

DOÑA PETRONILA DE LA LUZ ASISTE A LA MULTIPLICACION
DE LOS QUERUBINES

*“Y los querubines estarán con las alas extendidas
hacia arriba”.*

Libro del Exodo.

En otra ocasión —vecino— una matrona
nacida en las Vegas de Itata
hizo viaje en tren con diez canastos
frutos lustrosos de temporada:
con las salobres uvas de Ñipas
ojos fosforescentes
de nuestros antepasados
que emergen en cada estación
en los lares, nadando definitivamente
en su lustroso llanto escarlata!

Aves aún estremecidas.
El gallo rojo tumbado
con mustios amarillos,
parchados verdes de alfarería
castellanos, reventados fulgores
desfariados ocre con su cresta de cristal
y ahora entre las rejjas
de un tren de tercera clase
con el tibio sol degollándose
arriba de su agonía
entre el hollín y los pescados
y esos canastos de la vida

navegando al mediodía!
Entonces la matrona —vecino—
partió con diez canastos
rumbo al norte.

Se bajó la buena señora
en esas elásticas estaciones lluviosas
en que los pájaros se abren paso
entre grises, tremendas insalvables, insostenibles
columnas de abundante agua fija
y pronto son devorados mientras chapucean
en los charcos y pasa roto su rostro en las lagunas:
añejos rostros repetidos destruyéndose.

Al subir de nuevo al tren la comadre
regresó con una guagua, encargo de su compadre.

Así continuó el viaje
entre recodos y virajes
ella veloz y el paisaje parado.
Las vacas volando, los bueyes anclados.

Por fin llegó a su destino.
Hizo parar la tarde, la lluvia.
Avanzó con paso inseguro
hasta que pegó un grito espantoso
reclamando el último paquete: la guagua.

La criatura entre los pescados ya penaba
y la matrona por los quesos y las flores la buscaba
repartiendo cada uno de sus dolores.
La guagua, la guagua —la comadre reclamaba—
mientras al esquelético conductor del tren le imploraba.

Mis canastos eran once —iba recordando
pero ahora uno completo le estaba faltando.

Contó una y mil veces la mercadería
pero la guagua, en realidad, no aparecía.

Dios mío —dijo poniéndose de rodillas—
dónde diablos se habrá metido esta chiquilla!
Tú que todo lo puedes misericordioso
ordena la aparición de mi paquete glorioso!

Tú que multiplicas panes y peces
hazme aparecer la guagua con creces

Y entonces una nube abultada
asomó la cabeza entre la matrona atribulada.

Venía una mechedumbre de pequeños
que desde lo alto reclamaban dueño.

Y volaban los panes y sobraba el vino
y todo el mundo creyó en un milagro divino.

Pero el guaguerío en el aire seguía
esperando que por fin llegara un guía.

De pronto apareció el jefe de estación
anunciando tener entre sus manos la solución.

Dijo: —“Que levanten bien el pecho
las que a una guagua tengan derecho”.

—Señor, ¿por qué estás tan pródigo, dijo el cura
que en ese mismo instante llegaba con premura.

Y además concibes sin pecado, agregó una beata
que había llegado a la repartija en bata.

Bien. Que se enumeren del uno al diez,
dijo uno que arribó en un cientopiés.

Anunció el jefe de estación sacando diestra espada.
—Con todas las guaguas voy a hacer una ensalada.

—No, no —lloraron con primor las madres emocionadas.
Antes preferimos morir todas completamente inseminadas.

Pero sobran madres y faltan guaguas, dijo gimiente
el bigotudo ayudante del atemorizado escribiente.

Yo me quedo con todas dijo detrás de un mostrador
un comerciante que tenía pura cara de especulador.

De pronto se iluminó una nube de mal aguero
y todas las madres se postraron en el suelo.

Cayeron varios miles de rayos y centellas
y los curados seguían vaciando las botellas.

Una voz enérgica llamó desde los cielos
poniendo a todos los compungidos rostros de duelo.

Sentenció: —Señora de las Vegas de Itata
por favor otra vez no meta la pata.

Y cuando suba al tren cuente bien los paquetes
y repase una y otra vez la tabla del siete.

En todo caso diez más uno son once
reafirmó el que hablaba con voz de bronce.

Y todos los presentes lo comprendieron así
hablando del milagro hasta la quebrada del ají.

A la comadre por fin su querubín le entregaron
y las guaguas sobrantes hacia el cielo se elevaron.

LA MUERTE EN EL LEGITIMO EJERCICIO DE SUS DERECHOS

El hombre —vecino— nunca sabe
cuando completará su muerte
por conducto regular.

Da pena el pobre
verlo alejarse de a poco
echando raíces en sus zapatos agujereados
enclaustrándose en su misérrimo traje de temporada
virando hacia la izquierda
o la derecha, débil de techo
insondable de fondo,
práctico en desdichas, mano
abierta en la entrega
del espanto
de mirarse pasar
como quien se sienta
en la acera
para presenciar el desfile de su propio
olvidado cadáver lluvioso
en una de esas tardes
en que no hay nadie en las calles solitarias.
nadie en los árboles
absolutamente nadie en la luz,
en la transparente definición
de una hora.

Y entonces pasa el ultimado,
el definitivo de tranco,
el eterno de muerte,
alguien, un borroso amigo
lo persigue en bicicleta
bajo un paraguas agujereado

y siempre hay un perro
vasto de gratitud que va detrás
de la muerte, y jadea bajo
su sombra, lamiendo el agua,
mojando los árboles,
risible árbol amarillo.

— 2 —

El hombre —vecino—
se muere de a poco
gota a gota
todos los días
a cada instante
y en las noches
algunos saldos
de su función
parten para el lado
que no se usa
y desbocado
avanza
por las confusas
entrañas terrestres
pasa huyendo
para marcar el reloj,
la tarjeta
de la eternidad
a horario fijo.

Pero el hombre —vecino—
cuando se muere
es porque quiere.

Le pone alas al viento
para llegar primero
sin ningún aspaviento.

La recibe sentado
y en el agujero
de la tumba
se pone la tierra
de traje
para emprender
el viaje.

Es semilla fecunda
en el patio de los callados
y el silencio inunda
llorando para todos lados.

Para todos lados, sí
quien lo dijera
que su muerte fuera
tan apresurada.

VIAJEROS EN TRANSITO DICHOSO

Cuando alguien
se despide definitivamente
de los vivos
empaqueta algunos trajes,
sella los libros,
abandona sus íntegras
miserias para siempre
tirando los zapatos
por la borda
y lanza al abismo
cuanto fue: sombras de vaciadas
luces bravías,
espigas que detuvieron fugazmente
el viento y lo hicieron cantar
contra el pecho hirsuto como si el **aire**
furioso arremetiera la cavidad del cielo:
la suma definitiva de los días
en sus empozados años, la sangre
que le anduvo dando vueltas
y más vueltas, sin pausa, esclava
y fija en su polea eterna
y los ojos que
como una red en la tormenta
del mar recogió visiones,
batallas, filones de la dicha,
racimos de vaga plenitud nocturna,
coágulos de gentes.

Estos ojos están gastados por dentro
ancianos de olvidos y recuerdos
envejecidos en la tarea de retener
catástrofes, martirios, dolencias,

partidas, citas, esperanzas, trabajos,
oraciones, vítores y tormentos.

Esos ojos cumplieron con su oficio:
hurgaron profundamente en la vida
y vieron la brecha, el abismo, al distancia
que separa un día de otro
cuando la noche se extermina
sola en su unidad completa
embistiendo días, fechas, homenajes.

Los ojos

—en la juntura del tiempo—
palparon el abismo insondable
la profundidad del hombre
—agrietada de cabo a rabo—
arañando las entrañas hirvientes
del día natural que partía
y entre ambos (entre el día completo
y la noche rotunda),
una separación, un fragmento
de coro probable y maldito!

Así nos eternizamos —vecino—
viendo por qué efímero poro
por qué clausurada frontera cruzamos los días
cuando la noche
cubre la inmensidad del ser indefenso
tiritando
con los huesos en despoblado
nuevo en el mismo instante que muere
anciano, tan pronto como nace
cual un nudo de soles dando tumbos.

¡Oh flores del universo, flores
humanas, pétalos de piedra sometidos
al rigor de un cuerpo y su galaxia de sudor
y naufragio, vida total entrando en los templos
oscuros, inaugurando el incompleto ataúd del cielo
noche fecundada
y carcomida por las estrellas!

Petrificadas luces
sorprendidas en su fulgor, incendiadas
en un incommovible núcleo, fugándose
hacia adentro: prisión oscura
otra vez sellada y herida.

CANTO 2

BREVE ETERNIDAD DE LOS DIFUNTOS

*Way, Pumajh cjuri kolluta llaquintay khltup kallatiwa
take oraskerús, chuimampi, llaquintasin jachaysa
Way, llaquintat jachacha puma, kholturaquiú chuimajajha
thuru chchmamp klotuñañi klotusin tucañataquil*

Way el puma desde el cerro comienza a rugir penoso
haciendo sufrir al que llora profunda angustia
Way, dolorido gran puma, también el corazón ruge
ambos rugimos muy fuerte para morir rugiendo!

Puma klotu, poema aymará.

La escena estaba totalmente preparada:
el cadáver en su puesto, algunas flores
en el sitio preciso, las lágrimas
en lugar oportuno.

En primera fila los carcomidos deudos
a quienes el dolor les socava
por un momento el piso y quedan flotando
roto los rostros arañados
como musgosos vidrios,
ojos de aceite funeral:
fuego de total abatimiento!

Uno ve esos enjambres —vecino—
y observa el juego innoble
de algunas sombras en las escenas
trágicas
y nota cómo afila claramente los pómulos
y coloca un brillo mortecino
y salpica

los pliegues negros de los vestidos
y las manos que parecen
hechas de nudos, de cáñamo doble
y madera nudosa
y respira esas flores duras que exhalan
un perfume satánico.
Entonces resulta fácil comprobar
que el cadáver de temporada ya ha partido.

Su detención terrestre fue
momentánea,
acaso una prueba de tránsito
en que el fallecido tomó correctamente
su derecha
y al irse al fondo
arrasó consigo
deberes, gratitudes, lealtades,
veleidades corruptas, posibilidades,
y allá abajo, en algún sitio impreciso,
ruge el cadáver, ruge tratando
de romper esos filamentos.

Esa nueva trampa ahora
lo ata furiosamente a la vida
y el muerto sigue rugiendo
porque ya no puede flotar
solo en la muerte,
volver a entornar sus huesos
tomar formas mínimas,
reducir su presencia, bajar el volumen
de sus sombras, alterar luces,
pastar silencios,
y quiere quedarse buscando
otras nuevas vidas que puedan aventarlo
a las estrellas.

Y romperá de nuevo las puertas,
derribará estaciones, edades, siglos
incrustados en las piedras
y el humus de algunas hojas
en los últimos 500 otoños
y los primeros mil inviernos.

Todo cuanto nace y parece
cierra su paso
victorioso de luz tajante,
ebrio de sol
coronado de relámpagos.

¿Quién nos recibe en esta polvorienta
copa alojada en la más remota quietud
de la muerte?

¿Quién separa nuestra boca de la sed,
muertos en profundidad
dignos
pero envueltos en un círculo infernal
en que alguien muere cuando nosotros vivimos
y sólo vivimos cuando todo parece?

EL PROXIMO AUSENTE

Cuando un cadáver
por fin pasa revista a los otros difuntos —vecino—
al estricto orden establecido
con premeditación y alevosía
y se detiene fuera del sol circulante
al margen de la ley,
al otro lado de las sombras
y el hombre se queda
ya sin envejecer
ignorado, anónimo sepultado
cada invierno
légamo y páramo
cáscara de la existencia,
y los días no lo enredan
en el juego
y ningún pájaro parece
cantarle exclusivamente;
cuando la noche ya no
lo incluye en su repertorio,
cuando escucha las voces
que no suenan escarbando el silencio
y no zumba ardiendo por ningún laberinto
cuando por último ya no es asediado
por nadie y nadie golpea su puerta,
cuando escruta el panorama
y antes y después de sus ojos
no hay nada sino sus vaciados
irreconciliables huesos:
signos quiméricos, lingotes,
abstracciones, la sombra desinflada
de la luz, puertas desencajándose
vítores nocturnos, zapatos yacentes

y entre ambos cadáveres, totalmente
sólo la vida con rumbo fijo
determinada a domicilio, a escombros seguro.

Oh fragmento del ser, iluso viajero
hoja lastimera de circuito breve
última espesa alta gota del otoño.

¿Cómo hacer para entrar en el juego
imposible —se pregunta—
cómo para inaugurar las raíces y terminar
en los frutos que maduran de golpe
en las estaciones movibles del ser?

¿Cómo fondear a perpetuidad
entre las lluvias harapientas
del efímero invierno
héroe por entrega, condecorado
con miel, hiel y aplausos varios?

¿Cómo ingresar a tropezones en la sangre
y terminar atado al coro, al galope
de los años
al chasquido de una boca abierta
mientras el beso es reunido con delirio
y su semilla estalla
y perturba las raíces subterráneas
y la nube que se amarra a la lluvia
y empieza el torbellino:
el agua y la nube
la nube y el agua
como quien dice la vida y la muerte
el proscrito intercambio
el trueque infernal
haciendo cola para exterminarse
con idénticas cantidades diferentes
de cadáveres y postulantes adecuados,
todos dando vueltas
en el mismo sitio
esperando el atestado
tranvía oficinesco,
la idéntica prestada sopa

de segunda mano
agua sucia,
sudor del mundo!
durmiendo en la única flotante cama,
oloroso nido de cajones manzaneros!

Es la inmensa multitud
procreando, martirizada
y arriba y abajo, todos incrustados
en la inflamada goteante llama humana.

Oh núcleos valederos, patentados
en el agua, al día
en sus impuestos globales
de corriente perpetua
mareas fulminantes
conglomerados quemándose
en la mitad de la fiesta cotidiana
en el irremediable flujo y reflujo
moviéndose bajo el mismo
torpe ritmo original
para caer en la infinita
brasa absoluta
y seguir encajado en la
tormentosa cifra
confirmándonos que aún
podemos hacer alguna sombra
en pleno día claro con el sol como una espada
encima de nuestras decapitadas
cabezas pavorosas, incendiándose!

Así, pues, cuando llegamos a la compuerta
al límite más alto de la exclusiva,
como quien dice a la última morada
para escuchar los insoportables
discursos rituales
afuera, el mortal director de la orquesta
ordena el conjunto
todavía magnánimo, sobriamente condolido
dejándonos bien ubicados y estancados
con generosidad en primera fila
y escuchamos pasar la agobiadora
lenta tierra fecunda
sintiendo cada vez más lejano y frío
el sol, el sol, el sol, el sol, el sol...

PRIMERAS HEREJIAS

¿Sabe qué más compadre?
Qué triste es no tener
quien nos ladre!

¡Que triste es irse de viaje
sin chocar con nadie
cuando nos ponen el rígido traje!

¿Ha visto usted a los muertos
cuando les da la pataleta
igual que vendaval en el desierto?

Quedan con la boca abierta
mirando para la carnicería
y nadie les cierra la puerta.

Más blancos que harina flor
como lluvia de arroz crispado
como estudiantes del dolor.

El hombre apura más y más el tranco
se pone viejo y achacoso.
La muerte descansa en un banco.

Y la mira pasar orondo
creyendo que la ha perdido de vista
pero ella ya le ha sacado el fondo.

¿Han escuchado a la muerte desclavarse?
Se ponen los pelos de punta
y no hay más remedio que acostarse.

La muerte imita al grillo
un ruido de trompetas con los dientes
mirando con cara de tonto pillo.

La parca es el colchón
y el hombre, cama de cuatro patas.
La mujer canta como gorrión.

¡Esta es la muerte Perico!
una estrella en el sepulcro
y una palada en el hocico.

En la boca, polvillo fino.
Se va desgranando el hombre
aunque sea muy ladino.

Por el ojo le entra un anzuelo
Queda ciego, pero aguaitando.
Los recuerdos son los peces del duelo.

Se van los huesos como volantines
no muy alto porque el difunto
cuelga aún de sus calcetines.

Y la mano derecha ignora
que la izquierda está muerta
y con los dedos crispados implora.

Y la muerte reparte sus bocados
un pie, una llaga
cuando cree que todo ha terminado.

De pie, un brazo, un cuerpo inerte
por fuera. Y como bólido arrancando
la muerte adentro de la muerte.

De pronto el hombre acorralado
en el alma de la piedra
hasta su esqueleto pide prestado.

Y en todas sus colmenas el que trina
canta con sus rápidos huesos de agua
y en la eterna fuga los combina.

LA DOBLE MUERTE

*A tomar,
a tomar,
que el mundo
se va a acabar.*

Refrán.

Caerse al chuico es cosa seria, vecino.
Andar emparafinado ¿no? poniéndole
entre pera y bigote con el hocico caliente
echándose para atrás
caminando con una sonrisa de tigre
o de madera
mientras los otros dos compadres lo sujetan
a uno para tomarse el trago mortal
y masticar las brasas, una por una.

Llegan los tiritones,
los terremotos morados
en que parece venirse a pique la casa del hombre
y también su mampara, su espuma cufifa,
su caligrafía acuática, su lluvia
acre
mucre
su temporal ácido y sus rayas de luto
las estrellas hipando, las galaxias
haciendo el cuatro.

En su despavorido cardumen tinto profundo
poniendo sus estrellas a llenar en el tremolante
chuico del cielo

con emparafinados relámpagos, hip
igual que los hermanos Barahona
cuando comenzaron a correr alrededor del fudre
hasta que uno se fue a pique
dejando un hoyo en el vino, burbujas
fosforescentes, luminarias, señales de humo
y partió, tinto abajo, a conocer esos acantilados:
las puertas de tantos muros misteriosos y mudables
con una escalera larga y otra más corta
chupando en la vara abismos, profundidades
sacando chispas a esas catedrales tan inestables
tocando fondo en la borra del universo
en los gruesos residuos de las estrellas.

Mas, como el primer Barahona tiró el ancla
atado a la pata de todos los sueños,
el otro hermano de leche
bajó también a tomarse el sorbo más largo de la vida
y así como un pez ordena sus destellos
prolijamente
así también los Barahona separaban las
aldabas del vino, las escaleras, el tufo
ciclópeo de sus vapores duros
navegando como por la vena gigante de la tierra
hasta llegar al corazón tinto de la muerte
y ahí pedir vino como para bañar caballos
y tragar a baldazos, repletando
sus faltriqueras, ahorrando para el futuro tinto
montado en ese blando escurridizo
sorpresivo rayo del vino tembleque
con las costillas enclenques, el esqueleto morado
de la tierra galopando tinto abajo
numeroso, dando diente con diente con cinco perfiles
y el cuerpo más enredado que paquete de virutilla
con bocas en vez de cascos
con la sed viva como una herida
hasta que los sacaron por fin del fondo
de la mina con un gigantesco anzuelo
chorreando océano tinto
muertos de la risa, cumplida la tarea
consuetudinarios, rematados, reincidentes.
Entonces comenzaron a achicarles el agua
y los soltaron otra vez lagar abajo, navegando
en el propio sediento río de su vino y de su muerte.

UN CUERVO VUELA SOBRE EL CAMPOSANTO

El cortejo —vecino— llegó al cementerio
como inflados borrones negros
listones altos, licuados espantapájaros solemnes,
aves de algún lento rápido fuego
cacareando silenciosa doctrina funeraria:
los magros jinetes mortuorios con rústicos
sombrosos de palo
y el blando cuervo muerto de hambre
pero iluso
atrás, atrás, graznando
sin esperanzas, aleteando
y es apenas un cúmulo de olvido,
una mancha grisácea,
con truncos sollozos sin explicación, pero
balsámicos, brillando como rieles en las
noches con rotas gruesas ratas
que nos siguen de cerca, atentamente
con ternura.

Llegó el momento del desfile
el finado asido a su asidero
la muerte, fija, fijada en su huesero
el ataúd de intermediario
la familia leyendo el diario.

El féretro partió sobre ruedas
caminando por las cóncavas piedras
de huevillo.

Y entonces —vecino—
el ataúd saltó
tiritando, cabeceando
dando diente con diente
completamente vacío.

—Dios mío, qué se hizo la muerte —gimieron—,
dónde estará —gritaron—,
por qué camino equivocado la llevaron
en qué tumba ajena la tumbaron?

DISCURSO POSTUMO PARA ORADOR Y COROS

*Oh, es tan oscura la alcoba de la muerte.
¡Qué tristemente suena cuando ella se mueve
alzando el pesadísimo martillo de la hora!*

Matthias Claudius.

ORADOR

Nosotros, modestos mortales
vestidos de luto, con lágrimas negras
con pingües trajes arrendados
con armaduras ajenas
hemos venido aquí
a despedir nuestro deudo.

CORO

Aquí está
pero ya se va.
Adiós, adiós.

ORADOR

Se desprendía de todo
de su mujer sobre todo.

CORO

Chas gracias,
chas gracias.

CORO

Está muertito,
hasta lueguito.

ORADOR

Fue medido, leal soldado
murió con su bolso al lado.

CORO

Huachi con el bolso
el muertito
partió contrarreembolso.

ORADOR

Se fue de viaje
con su mejor traje.

CORO

Cancha, cancha,
viene la chancha.

ORADOR

Ahora lo lloramos
a la una, dos, tres.
Guaaaaaaaaaaaaaaaaa!

CORO

Llorando no hay engaño
pidiendo, tampoco.
Lloremos entonces
después cobramos el daño.

ORADOR

Señores, aquí está
su cuerpo entero.
Votad por él:
honestidad, democracia, elegancia.

CORO

El candidato
está pagando
el pato!

ORADOR

Puntualidad, Pshhhhhhhhhhh, eso no es nada,
constancia, buenos modales, rectitud
recibió la muerte de una sola plumada

CORO

Viva,
viva!

ORADOR

Aquí yace flotante
don Calixto Morales
con su pistola adelante
murió en los arrabales.

CORO

Se lo tragó la tierra
por fin cagó fuego
hasta luego, hasta luego.

ORADOR

Bueno, pues punto final
saquemos los pañuelos.
Adiós, adiós.

CORO

Borrón y cuenta nueva,
fin, rin, rin!

CANTO 3

HORA DE LAS TRIVIALIDADES

LAS BESTIAS CONFRONTAN NUESTRAS TRAGEDIAS

Cuando un animal empieza a mirarnos —vecino—
fuera de los floridos templos estériles,
a la *intemperie* total
viendonos entrar, corregirnos,
morir, fracasar, traspapelarnos.
Uno los ve meditar con malicia y mofa
dando vuelta sus lentas mandíbulas verdosas
rumiando posiblemente algunos pensamientos.

Las apacibles bestias miran el temblor
de nuestras frágiles rodillas
en esas tiendas en que los clientes
esperan, desnudos, con los huesos al aire
mientras son remendados sus pantalones:
para plancharles otra vez la sangre,
el alma a la vista del público:
mostrando invisibles ligaduras anudadas
al miedo de todos los días y al terror ciudadano:
ruidos mortecinos azules, inciertos sonidos
mecánicos, desvaídos, altitudes profundas.

Porque entre 28 letras vivimos prisioneros
—vecino—.
Letras carnales, corporales con equivalencias
mínimas y aproximaciones lejanas de vida y muerte
con ardua ficha de nacimiento perpetuo
prosaica y veloz alcornia siempre en movimiento
con temperatura, humedad, ceño y abstinencia.

Están encadenadas entre sí como un ejército ardiendo
por los cuatro costados,
avanzando siempre con ritmo forzoso
acercándose sin piedad hacia
su propio exterminio y funeral.

Y cuando llega al punto final
no hace otra cosa que iniciar
el camino una y mil veces
cada vez con los zapatos más arriscados
por la ventisca
con los ojos llenos de arena
y fuego silencioso perpetuo
resumiendo en una portada a todo color
la glorificación de la espléndida
sonora miseria.

LA 7 VIRTUDES DE LA POESIA

En efecto, vecino, uno mira a los animales
y ellos también parecen observarnos
como si su burlona existencia
pasara a ser un residuo que nos espía
entre los resquicios de los huesos,
¡dolientes bisagras!,
sin entender por completo
nuestros sistemas de comunicaciones,
los signos tenebrosos
y los diáfanos utensilios que chocan entre sí
con los dientes hervidos
como la espuma del invierno en la tempestad!

Loadas sean las vocales y consonantes.
Pero si no obedecen a las verdaderas necesidades
de la creación, y no cumplen con el requisito
de trabajar puertas adentro 15 horas diarias
con cada uno de los elementos terrestres
que figuran en la lista de artículos
de primera necesidad.

Y si no siguen comiendo
del mismo hambre que nos acosa
muriéndose antes del año de nacer,
lavándole los pies a la indeclinable matrona
dueña de casa,
escuchando el rumor
clandestino
rondando en las habitaciones

que separan a los humanos de los humanos
como el insoportable doméstico subterfugio
que se ventea en los dormitorios
y la cocina, en los abruptos mecanismos
del obstinado ejercicio de vivir.

Y si pudiera llegar
a esas caóticas profundidades atravesando
la capa terrestre donde florece el hombre
contra viento y marea
donde la lluvia con sangre sostiene el cielo,
donde cada uno mata su muerte a destajo dos veces
al día: donde el sudor es como el sagrado
testimonio de todas las humillaciones
y las esclavitudes y el rocío que parece
crispar los rostros
y si cada uno de esos tormentos se mostraran
a través de un claro corte vertical
para ver sin prisa cómo las muchedumbres
yacen encadenadas y tuercas son, estrellas son
en sus espléndidas armonías, desavenencias y rechazos
porque ningún hombre está asilado de boca
o de hueso y desde abajo, desde el fondo
de las edades palpita encima de las raíces
levantando las naves
en un aullante coro
que no tiene principio ni fin.

El hombre vive integrándose a través de los siglos
buscando la luz como si una sola mano
por fin rompiera la tierra, irrumpiendo
en el aire con sus bandadas
y si aún más alto volara
como si la humanidad estallara
con ira de soles completos
en soles como toros
en soles desfilando
entre los abismos.
Y también si en todas las bocas fueran
cayendo las verdades eternas
las palabras que no precisan
de signos o misterios
las palabras que como la muerte

casi se explican por sí solas
y que el hombre lleva consigo
como una gota de esa muerte
no para condenarse sino para apurar su alegría
y sentarse a cantar en medio de las multitudes
antes de prenderle fuego a los cielos
que pululan en nuestros ojos.
Y si aún entonces en esas precarias circunstancias
el lenguaje fuera apenas una chispa a la deriva
de otros seres que caminan en las oscuridades
de las claridades
y si a través de tan superficiales contactos
se vislumbrara la puerta de una alta poesía:

BIENAVENTURADO sea
el perfil de la especie
uno tras otro millones de veces repetido
en una larga lista con un hueco al final.

BIENAVENTURADO
el escaso de letra
el amplio de sarcófago,
el superficial de muerte.

BIENAVENTURADO
el dubitativo de escombro,
el solo de instrumento,
el fácil de llave,
el extremo de lágrima,
el socarrón
de estremecimiento.

BIENAVENTURADO
el cocinero de su oreja,
el jardinero de su hambre,
el carbonero de su pie,
el licuado de sí mismo,
el frenético de ola,
el fantasma de las sílabas.

BIENAVENTURADO
el que lleva el orden en la frente
como espuma,
el lánguido de verdura,
el bermejo de orgullo,

el líquido de eternidad,
el concreto de pétalo,
el duro de ironía,
el insaciable de escepticismo.

BIENAVENTURADO

el diurno de espanto
el nocturno de angustia,
el bestial de ña
el tozudo de célula, el sanguinario de agua,
el bufón de hueso, el jardinero de las terribles
rosas que nadan en las bocas de los muertos.

BIENAVENTURADO

el solo de techo,
el quejumbroso de salario,
el rápido de ira
el blasfemo de garganta, quemada,
el metálico de estacionamiento,
el alfarero de sus recibos atrasados,
el cirujano de sus cordones, el abogado
de las cuerdas de los que se ahorcan
con las nubes.

BIENAVENTURADO

el que inventó la puerta, tapiándonos,
el que fabricó la miel, amargándonos,
el que hizo las manos a su imagen y semejanza
y por dedos, nos puso dientes,
el que cuajó nuestra sangre, el que nos
demandó de toros, enfundándonos en sus truenos.

BIENAVENTURADO

el que nos espolvoreó lentamente entre los abismos
escuchando el zumbido de la especie cayendo
en los acantilados, como granizo,
el hombre, la cantidad, el volumen del negocio,
la cifra redonda, el balance colosal,
la caja de fondos,
el libro de la muerte
con el debe esqueletizado
con el haber fecundo
con la mujer dividida en dos tajadas
en dos mitades exactas con cien gramos de menos.

BIENAVENTURADO

el que inmortalizó al cuervo
encima de otro cuervo.

BIENAVENTURADO

el que no le tuvo miedo
al paradero de la muerte, a su vértigo
a su herradura hueca, el fervor de la canela,
a su butaca principal,
a su ecuación patibularia,
a su sonriente socavón,
a su silencio, a la música de sus piedras.

BIENAVENTURADO

el que en un altar hizo su nido
y voló bajo;
el que tuvo alas de fuego,
el verde de enjambre,
el surtido de pan,
el corto de traje,
el triple de nariz,
el múltiple de ojos,
el insaciable de boca,
el incorruptible de mentón,
el lóbrego de ceño,
el infatigable de labio,
el avaro de oreja,
el increíble de mirada,
el suspicaz de pelo,
el ralo de atmósfera,
el profundo de olfato,
el superficial de frente,
el arcano de hueso,
el sólido de lágrima,
el escurridizo de boca,
el escandaloso de superficie,
el postrero de pie,
el agónico de movimiento,
el impoluto de sangre,
el anexo de saliva,
el incomprendido de lengua
el sardónico de sexo,
el centinela, el avalador
de la muerte.

Primero fueron las palabras
y después el hombre
naciendo, atrás, entre los labios
más verde que el barro sin hervor
el mar ardiendo y el cielo:
un solo siniestro entre los escombros.

BIENAVENTURADO

el duro de estambre,
el circunspecto de osamenta,
el lineal de rodilla,
la plural de seno,
la seca de curva,
el yermo de párpado,
el infinito de trote,
el dulce mezquino de sal,
el bramador de piano,
el insondable piano y sus teclas de hielo,
hundido, pariente moribundo
en un rincón lánguido, herido,
temblando de melancolía.

BIENAVENTURADO

el perro humano
el que habla y da limosna
y lee su libro al revés
patas para arriba, estrangulado.

BIENAVENTURADO

el púdico que en la luz está desnudo,
el fuego que en la ceniza vive despierto,
el hielo que en su apogeo rueda quemado,
el héroe temblando dentro de la muerte:
el caballo detenido a perpetuidad en su galope,
el esclavo liberado en sus fusiles primaverales.

BIENAVENTURADO

el que interceptó las abejas
en su quinto vuelo
el que les habló
sin cortarles la lengua.

BIENAVENTURADA

la furtiva de eternidad,
la última de tiempo,
la sacudida de cama,
la esplendorosa de sabiduría,
la doble de nalga perpetua
la que removió el polvo y lo hizo estallar y cantar
y lo mandó a la guerra y lo levantó como bandera
y lo estrujó entre sus manos y acostó sus hijos
sobre esos racimos terribles.

BIENAVENTURADOS

los que meditaron arriba y también
abajo de la cama,
bienaventurado lo que dijo el hombre cuando estuvo
/encima de la mujer
y lo que la mujer dijo cuando estuvo debajo del hombre
y a su costado, hecho nido, víbora, naranja
pastoral con su fuego adentro y su sol mieloso
o como vidrio mostrando sus entrañas salobres
o como un huracán blandiendo los senos tremolantes
/y de oro.

Oh remansos de las estrellas que pierden su armonía
su platería, entre los cuerpos, retumbando:
sus ojos entre las miradas, brotando,
borboteando, oh mujer tantas veces caída
dentro del hombre y tantas veces herida hacia afuera
como si el hombre fuera la noche
y la mujer el dolido día y sus blasfemias más bellas
como si el hombre fuera el sol
y la mujer la luna y su sentina llameante, un sollozo
un corto sorbo del Universo!
la pareja enyugada
y clavada en sus extremidades,
sujeta en sus cruces
y sólo las uñas sobrando, sangrando
sólo una mano, alta en su angustia,
lentamente crispándose, es una ola:

derrumbándose
se derrumbará
derrumbaríase

más lenta
que la luz
rompiendo el tiempo.

BIENAVENTURADO
el hombre y la mujer
y sus silencios jadeantes, sus ayes,
sus dioses levantadísimos
que se desparraman por la comarca
de la dicha y la agonía.

BIENAVENTURADO
el que copuló con su mujer como si la estuviera matando,
como si la estuviera salvando entre los acantilados,
como si la estuviera comiendo entre los fuegos, como si ella
le cortara el cordón umbilical, las estrellas
hirvientes, con los dientes del amor.

BIENAVENTURADO
los que se izaron en las desesperadas
y terroríficas noches entre los grandes fulgores
con las bocas sueltas como soles
que no tienen paradero.

Oh amor estremecido desde la última columna
hasta la primera piedra que aún tiene vida sobre la
/tierra!

BIENAVENTURADOS
los sofistas de la merienda
y de los trajes
las cremas benéficas para el rostro
y la poesía.

BIENAVENTURADO
el sórdido de caña,
el oblicuo de océano,
el incongruente de tinta,
el pertinaz de ala,
el singular de quiebra,

el enigmático de fuga,
la consistente de ruego,
la listada de horror,
el increíble de ancla,
el lógico de trueno,
el último de bulto,
el primero de saña,
el ilícito de frontera,
el sublime de tristeza,
la especial de lágrima,
la insostenible de sombra,
la sorpresiva de muerte,
la muerte hermosa, incólume, perfecta en su armonía
en su diezmo y en su golosería, exacta en su trino,
en su albura dura aunque amplia de tenor,
espesa de pavura,
temblante en su sacrílego bienestar
tintineante de apogeo,
callada en la raíz de la lengua.

BIENAVENTURADOS

los que llevan en vilo los féretros,
los dentistas y perforistas de la dignidad humana,
el insondable de silla, el inclemente de cáñamo.

En fin
bienaventurado sea
el hombre y la mujer
y en su rostro transparente
ella y su costilla visible que es el eje del universo
y entre ambos
bienaventurada sea la dicha primeriza,
la alegría partiendo en busca del primer puente,
la sonrisa que cambia el traje de la aurora.

BIENAVENTURADA

sea toda palabra y su sombra
de fuerza mayor, su sabiduría constante,
su apellido implacable, su rebelde muro más alto,
su cifra que recorre cada uno de los dolores,
su hermandad pretérita, su asalariado trajín
su fraterna catadura, su cuchillo fosforescente.

Oh poesía juntando el silencio
y luego al hombre: su piel,
y después la muerte: su sangre
y los sufrimientos puestos a cantar
como si la luna se despeñara por los abismos
con sus luces y atavíos milenarios,
y arrastra esos zócalos, esos bártulos de plata
y sus aldeas de leche hervida y profunda.

Oh poesía de las raíces
cuando tanto es el silencio, tanto el infinito fervor
de las palabras, que por fin el hombre es una sola boca
y bienaventurado sea si habla por nosotros.

BIENAVENTURADO

el que se abrió las venas para ver el bosque
y el que en ese bosque proclamó las siete virtudes de
/la poesía:
la identificación como morada, el dolor como argu-
/mento, el ritmo
como venganza, la libertad como contenido, las pa-
/labras como
subterfugio, el método como sacrificio, la evolución
/como dictamen.

BIENAVENTURADOS

los que fueron alambre sin valor
en esas tremendas solitarias promiscuidades
sonoras de los cementerios de fierro
y ahí el hombre yace, sin cabeza, es un nudo,
un enredo, una galaxia, una lágrima oxidada a mansalva
y es aún más que eso, una selva diminuta, con todos
/los huesos
al aire, es un ángel caído de bruces, corroído, es una llama
bruta, es un fuego hecho a patadas metálicas, es un montón
de escombros, desencajado, es una lengua hablando sin su boca.

BIENAVENTURADO

el que giró, el que mugió y ese grito fue despeñándose
entre las bocas, entrando en los
siglos uno por uno,

BIENAVENTURADO

el que tuvo 15 hijos, 15 candados, 15 llantos, mil bocas
500 amados delirios todas las noches, agonizando pletórico
de movimiento.

BIENAVENTURADO

el que fue puesto a servir como relámpago y quedó
/cesante
por silencioso;
el que trabajó de horca y no sirvió por poco escurridizo;
el que fue contratado como vidrio
y jamás pudo transparentar el resto de sus entrañas
el que recibió paga por ser clavo y como clavo fue un ser
humano digno y llevó alimento a sus hijos los sábados
al mediodía.

BIENAVENTURADO

el que sirvió de vaso y se hizo redondo y cristalino
y casi como un puño miró de sed mientras la pared
/de su piel
vibraba
humedecida.

BIENAVENTURADO

el que vendió su piel para comprar un hueso
el que vendió ese hueso para dormir en una alcantarilla
donde cada rata musitó la blanda sublimidad de la
/decantación
de los principios
buscando su comestraje
la boca, la boca
de la noche encima de nuestros hombros, comiéndose
/la luz
las edades, los vestigios del
tiempo.

BIENAVENTURADOS

los que rastrearon ideas y cavaron en las nuevas inventivas
de la imaginación al rojo vivo
los que se sumergieron en los grandes conceptos filosóficos
enturbiando las entrañas pensantes en tensión, el cuero,
/la flecha

el tambor, el motor del cerebro liberándose entre los
/laberintos
crujiendo como barco en un muelle hasta que, por fin,
se hace la luz,
salta!

un estremecimiento, un borrón nebuloso,
una criatura armándose en su propia agonía,
una vida aleteando en sus frondosidades,
en su morticidad, en su atavío,
en su ejemplaridad, en su desvarío,
la vida volando perfecta en su fuga sin forma
como la muerte, pero levemente más tierna y también
más certera, aún más implacable, aún más estremecida
/en su
dureza, aún más insalvable en su naufragio, aún más
/furibunda

en su letargo, aún más victoriosa en su alabanza de color,
de obstinado volumen, que como una burbuja se precipita
en los abismos de la cabeza, entre las redes del cerebro,
entre sus agónicos vericuetos, entre sus bolsillos, entre
sus llamas detenidas, entre sus poblaciones sin nadie,
entre sus mares, sulfurados, entre sus puertas, tem-
/blando, y hay
esos pequeños abismos no más hondos que el grosor
/de un muerto
pulverizándose hace millones de años y que va que-
/mándose por
sus avenidas como un pájaro desnudo, sostenido en su eco
y ese cadáver, esa referencia, esa presencia, esa sombra,
/ese peso
esa respiración aullará entre las vísceras y los acantilados
de la cabeza, trepará por sus laberintos, pulverizará
los escaños de los sueños, doblegará tantas cuerdas
tantos muros, tantas fronteras, tantos siglos no más duros
que una lágrima, no más efímera que la oscuridad.

Y esa referencia, esa remota bandera, la señal convenida
el atajo, el bastión, el obstáculo, la puerta,
la catástrofe del hombre pensante, los vórtices
ahítos, los cráteres encendidos a todo vapor recién
se mueve como las primeras articulaciones del alba
cuando se prende a la última señal del día
y es como un golpe, como una aguja, una pala, un ataúd,

una cavidad completa, el cielo de siempre, un aletazo
/pidiendo
clemencia cuando aún no es un nudo humano
y ya está de rodillas, cuando apenas tiene la forma del
/rocío
y sin embargo contiene a todo el universo millones de veces
en sus millones de invisibles necesidades y posibilidades
y es el pedazo que aullará llorando en ese fragmento
como si el vacío lo tentara ofreciéndole
ojos a su mirada en el aire, estrellas a su cielo
de palo, de hacha fructífera: piedra que camina
y se desprende de los cascajos de sus edades
y vuela, suelta, viva
y después esos frescos ojos derramados, encuentran
un asidero colgando compactos en la cara del misterio
y son como peces, es un pez que mueve su bandera
su ajuste, su torniquete, su resplandor, su colorido
reptante a cuatro manos, la boca subiendo de su herida
como un anzuelo sin carnada hundido en la mitad
/del océano
terrorífico, en el cielo mar muerto aún
una vida, en fin, como un pez sin mano,
como un gato de fuego sin tejado
como algún movimiento antes del vuelo,
como un pájaro arrastrándose sin
alas, sin una chispa que lo mueva, sin un nudo
que lo identifique, sin una mancha que lo haga
/traslúcido en
el aire, como una voluta sangrienta clavada
en el tiempo, pero ardida en su periferia y soldadesca
como si aullara sin tener todavía los abismos propicios,
una vida como un solo riel que caminará a la muerte
/y como
si todavía no existiera la muerte al final de este riel
que no tiene comienzo ni fin,
pero donde el comienzo, ¿qué es sino
el sexo que husmea su cavidad, su rayo frenético
pero sin luces y ya remendado
petrificándose en su ardor
que se derramará a través de los tiempos y aquí
viene llegando con su río herido buscando la piel
de cada uno de nosotros, el marco de nuestra sombra,

el impacto, el candado
de nuestros huesos
caminando al azar entre la muerte
y la muerte.

BIENAVENTURADOS

los que nacieron para clarificar la especie y se enturbiaron
los que vivieron sólo para amar y fueron ferozmente
/odiados
en la vulgar soledad en compañía.

QUE TENGAN VENTURA

los inmolados en la pureza por pútridos,
los que fueron una prolija tuerca, no más grande que
/una hormiga
y entraron en los bares para borrarse de la tierra
regresando a sus guaridas y dentro de su llanto
escucharon el llanto del llanto de sus hijos y en su
/carcomido
camastro vibraron al ritmo de una ligera
sinfonía de amor.

BIENAVENTURADO

el que fue anzuelo y fracasó. Y ese que fue pez y fue
/pescado.
el mudo expulsado de todas las casas con puerta
por blasfemo,
el que fue pan y pan no tuvo y se comió la boca:

el que fue mendigo sin tarro, el que fue
motor y entre los enredados engranajes
por fin escuchó una nueva palabra como quejido de
/la pureza.

BIENAVENTURADO

el que anduvo en el infierno sujetando las cenizas,
el que en el trabajo se convirtió en miga, en páramo,
el que rodó entre los abismos hasta convertirse
en un breve charco de sudor y su sudor en un gigantesco
/espejo
donde la especie se mira una vez al año al llegar la
/primavera.

Ese que se lisió a sí mismo, dique inmortal, siendo
/chimenea
y su sangre fue humo glorioso, subiendo sueltos por la luz
el que fue proclamado hollín, llave, basura de la basura
y aún se mantiene incólume, perfecto, puro
casi como la muerte; el que embistió la noche extraviándose
entre las tinieblas; el que reptó por esa niebla y llegó
a regiones insondables temibles, agrietadas como la
/oscuridad
resbalándose encima de las estrellas y fue atacado a
/mansalva
en las sombras siendo repartido entre esas oquedades
/y fue abierto
entre los murmullos salvajes que ni siquiera fueron silencio,
sino como apagones dispersos de la voz, estrías que no
/cuajaron
en la lengua, una gota de agua con una leve sospecha de
sangre volcánica como un pétalo aglutinado
en la boca de lo que no existió nunca, y sin embargo
/se mueve
y asciende al cielo y promueve el relámpago y le pone
/movimiento
al tiempo que va desparramando esas oscuridades
esas sombras, esos zumbidos, esos silencios, esas palabras
sin sentido, crepitando.

BIENAVENTURADO

el que anduvo entre los rieles chisporroteando
con mil chispas en la cabeza y fue hermosísimo su fugaz
simulacro de estrella, el que con sus olvidos sujetó
los caminos, las cruces que sellan las puertas
de las ciudades.

BIENAVENTURADO

el que llamó al pueblo como si fuera el mar
el que desglosó el mar, separando sus olas,
el que calificó esas olas
entre el bello estertor de la espuma
y luego escuchó cada gota, cada voz, en el domicilio
/de la ola
en su profundidad en su vasta dinastía humana
como si una gran ola se rompiera de la cabeza a los pies
estallando

como si una ola general suplicara el significado
de la vida y la muerte
como si el mar fuera la vida y la ola la muerte
y la espuma la distancia que media entre estos abismos
porque el pueblo es el mar y toda su copa profunda.

Uno dice mar y nombra millones y millones de olas
que están esperando, mojadas, ateridas, avanzando
con la marea y se puede escuchar su zumbido, luego
el coro y también sus silencios.

Sus palabras son hermosas y justas y de ahí el sol
que nos alumbra, poniéndole brillo a las banderas
de las olas, dirigiendo el gigantesco éxodo transparente
levantando
la espuma, el desfile de la familia humana, gota a gota
iluminada, estallando en su poesía, transparente y sonora
y magnífica como las estruendosas cumbres!

CANTO 4

PERIPECIAS DEL BIOBIO

EL DESOLADO SOL DE TRICAUCO

Antaño, antaño —vecino—
el anciano río salía a nuestro encuentro.
Flotante sus espumas de amaranto y diamante.

Otro río paralelo colgaba
de sus terribles mandíbulas aéreas.

Era de fuego harapiento, de oro era
la ceniza espolvoreada a lo largo
de su rostro incesante, fijo y precipitado
entrando en la atribulada ciudad de agua,
incorporándose por nuestras manos, anegando
los cuerpos, derribando los ojos
de quienes fuimos sus huéspedes y tutores.

El Biobío
avanzaba con esplendorosos
y firmes cuernos de rocío
bufando estrellas
entre los belfos.

Alguna vez nos detuvimos en sus viejas
corrientes temporales como bocas despeñándose
a todo fulgor en su cristalería
por sus hielos, espasmos y heridas sucesivas.

Había nacido desde Curaño al norte
irrumpiendo en los tajos del sol de Tricauco
como una lluvia azuzada por el viento del sur
y luego exprimida, doblegada y múltiple
en su coro y su galope alrededor
de la comarca de Los Alamos.

Bajaron entonces sus verdes coludidos
también las intrépidas humaredas
sus muchedumbres despedazadas en una gota
repetiendo el galope de los caballos
invasores, la rápida sacudida sombra
deslizándose por las orillas
dentro de nuestros desdichados cuerpos
que están pasando y pasarán a la deriva.

Espejo de un día, una hora
que termina en el mar:
zumbidos del pavor y la guerra,
aguas que subieron por los pinos salobres
del Itata, fantasmales huecos huéspedes
arraigados en su verdura ahora y siempre
colgajos llamarosos, deudos pacientes
en hervor
arriscados en la hondanada, en su fritanga
de plata hecha añicos, con los peces colgando
como hojas, en la boca del Andalién,
en ese fresco corazón del río
donde nos deslizamos para caer
al mar

al mar

al mar.

AMANECER LLUVIOSO SOBRE DUQUENCO

¿Qué pasa ahora cuando las corrientes suben
dispersándose por las arboladuras de Hualqui
y su sembrado caserío donde hay
en cada puerta otro deudo del mar, otro río
recién levantado al alba?
Parecen aguas crispadas
que penetraron en el aire sujetando los pájaros
renovados cada invierno, huyendo infinitamente
sobre la lluvia polvorosa.

Partieron sin zarpar
y movían sus estaciones, sus plumas
y parlerío, seguían temblando como una estrella
en el primer día de la tierra y de pronto soltaron
su piel, una parte de su edad: corta danza
sin asidero.

El vuelo era el mismo: un idéntico canto
cambiando sus criaturas más no sus rumbos,
colgando entre los amaneceres lluviosos
de Duquenco, Pilín, Quilapalo, Rere.

Pétreos humos, nudos del hombre que también
fueron a dar al mar, avivando la tormenta
y los boteros de Cayahuene, Pileo y Espíritu Santo
recalentando
las entrañas del carbón, vacilando
entre los peces, abriendo los gritos,
los gemidos, los dientes y las bocas

que combatieron al enemigo y luego huyeron
a mal morir con sus impacientes tripas
enredándoseles como una vida que también
iba a dar al mar

al mar

al mar.

Esos materiales se desplomaron por los arrecifes
de la batalla. Combáronse en la espuma
antes de encontrar al primer hombre
en su cruz de palo, flotando
y regresan a subir por nosotros de tiempo
en tiempo, por cada uno de los rostros y tragedias.

Fueron arduas voces petrificadas
en el carbón, en la endeble huella de la ternura,
en los despavoridos chisporroteantes cardúmenes
de Punta Lavapiés,
en la dormida pólvora de la madera.

Esta es la semilla sumergida
en el paisaje de cada uno de nosotros
entrando en el bosque, espantando los
líquenes de los templos vegetales,
aullando en ese gigante desierto
verde mar líquido de los bosques de Angol
de los Confines y ahí floreció hasta que fue fruto:
tigre de árbol vertiginoso como si cada pez
en el Golfo de Arauco lo cobijara,
como si cada pájaro, el Goflo de Arauco
lo esparciera y fuera sonando ligeramente
al mar, cantando como campanas despeñándose
en el despeñadero, siempre renovadas
en el menor tiempo posible, una y otra vez
dejando de morir para fallecer de nuevo
mientras el río nos arma y desarma
ya soldados, sólo sombras, todo sangre.

EL HABITANTE DEL AGUA

El industrioso, insondable y fugitivo
río era noble, ingenuo y derramado
en su oro fluvial y desvarío
por su única edad iba pasando
y dentro de su honda muerte, vivía.

Era un artesano, un hombre sencillo
de pocas palabras de no más de unos 1.500 años,
firme de hombros, de amplia sonrisa cotidiana,
nariz en acecho, pobladas cejas turbulentas,
hijo primigenio de la lluvia de Callaqui
vagabundo parado en las domésticas esquinas
del tiempo, los sábados al atardecer
tocando su movible guitarra de agua
que tronaba en nuestras bocas
pues era el habitante que llevábamos a cuesta
detrás de nuestros amplios navegantes
movedizos y quietos ojos náufragos.

Escuchemos su campana de suculenta agua!

Era un espejo tembloroso donde iba
desfilando con su éxodo y funeral
hacia los dos frescos sostenidos pezones
de la tierra
levantándose igual que torres
en las azulosas márgenes del Andalién,
lamiendo de bruces su cadáver reciente,
el cadáver que iba dejando
al seguir naciendo de rodillas, más
adelante, siempre muerto,
más nuevo, original, alimentando el mar.

EL ESPEJO INCONCLUSO

Por eso —vecino— cuando el anciano río
escuchó los primeros golpes de los invasores
una pulsación frenética de la tierra
dentro de sus entrañas
olfateó la lejanía
separando cada una de sus aguas infinitas,
dividido cada cardumen, todo pez,
cada hilo, la plata, el deslíz de la espuma,
sus abejas en general, los pórticos y candados
las calles principales y las lentas avenidas
temibles, afaroladas, con una pareja al fondo
golpeándose en el pasto. El como si fuera martillo
y ella tal vez un clavo al rojo vivo, una rosa, un clavel
y se daban boca con boca y nalga con nalga como yunques
y se encontraban diente con diente y ojo por ojo
se iban haciendo badajo, rocío, aplausos
y se contaban los dedos en el frenesí, la memoria, los
fracasos, sus lindes y desquites, sus nidos, sus papeles
sus historias mojadas, sus rebanadas, su tajo cómplice
y comunicantes, arrebatados, todo el fragor de los labios
con resortes, con ceniza, con escaleras, con salvavidas
el elástico hirviente de los volcanes,
el andén lleno de muchedumbres pegajosas
el ser abriéndose a cuchillazo limpio
en las entrañas cantando, ay, como la rosa y el
clavel.

En las movibles colinas de Arauco —vecino—
aparecieron los
ocres
vinosos

verdosos

corceles

sólo el pecho sanguinario tal como un estandarte del
cielo que irrumpiera rostros, estrellas, terrores
el hacha de su mejor postor deslumbrante, rodeándose de
relámpagos cual nidos en su fosforescencia nocturna en
mares que traían en sus alforjas, debajo de sus ponchos
metálicos, encima de sus muertes siderales.

Bellos soles, detenidos, arriando

el oro hasta las postrimerías del río, y luego
untando sus espumas con sudor vernacular igual que si
una guitarra fuera usada como molino y girando sonara
con el alma del hombre y no cantare, pero agonizara
en todo el esplendor de la lluvia y el trueno.

Entonces el indefenso río

acaparó sus tormentos, con la pulcritud de
un anciano dando de comer a una paloma
tomando sus navíos la forma más fresca de la
muerte: aberrojos baldados
reuniendo sus hijos en peligro, haciendo bocina con
la sangre.

Las patas de las bestias

rompieron las aguas personales
desatando las corrientes
sacudiendo el río con coágulos de niebla:
vaporosos templos, veloces cristales humanos
endurecidos por la huella de la luna
callados los ojos en el horizonte
de fuego y pólvora.

Eh, gritamos, Jerónimo de Alderete

cara de cohete
cinco panes y un bonete
lustroso rayo a caballo
más contundente que
la muerte de un padre,
más raído que muela
de vieja, todo enhebrado
por la tarde
pastor de las nubes,

capitano del crepúsculo,
dibujando esas ojotas del cielo,
el pisamonedas, el esplendor y la
gloria de la tarde penquista.

Bienvenido a la guerra
Rodrigo de Quiroga
otro que bien baila
con cara de sogá
Francisco de Villagra
y su hermano Pedro
metidos dentro del mismo
caballo, saliendo del mismo
humo, de idéntica estrella
que flotara en el Biobío
espejo donde se miraba
Francisco y era Pedro
el que lustraba su espada
de diamante
sangre que arriaba Francisco
y era Pedro el que caminaba
dando voces, engatusando
la montaña solar a dúo,
andando en cuatro patas
en mil pies, pasando de
un zapato a otro, comunicándose
entre las abolladas armaduras
y repitiéndose como si su eco
Francisco no tuviera fin Pedro
y Diego García de Cáceres
metido en ese árbol
disfrazado de pájaro
chisporroteando su vuelo
con cara de águila,
cartero del relámpago
fogonero de centollas vegetales,
carpintero de las balas,
encumbrero, parafrenero, grillero,
lamparero, organillero del mar pues
lo tomaba a dos manos y le daba vueltas
y vueltas hasta que se subía como la leche
y ese era el temporal, el surazo que torcía
las moscas, las angustias, el color araucano

y luego se anidaba en su campamento lacustre
iba pasando, orondo, de pez en pez, con ese poder
de incorporarse a todo cardumen y ser parte de
la familia, dirigiendo el resplandor de la
plata, esa quilla deslumbrante que
rompía el agua y los ojos,
la malicia de una burbuja,
el horror de la guerra

y

Juan Jufré, que fue, pues Jufré, vecino,

lo hicimos añico, papilla, huesillo, le
dimos como caja, pero el caballero renacía
multiplicándose con cara de pan
como el hambre, y donde ponía su pata
no nacía caballo, aunque le pegaran con el
mocho del hacha y siempre lo anduvieron cosiendo
o hilvanando según el apremio de las refriegas
pues, era como inmortal y la muerte le entraba
por un oído y le salía por otro, y nunca la
escuchaba más de un rato, tal vez sólo como
un aldabonazo, y así fue como no menos de 40
muertes lo invadieron desde *Leucotón* a *Chirigüilla*
pero él les arrancaba los calcetones
sin sacarse los zapatos, se daba maña
para abrir la caja y desclavar el catafalco
del hielo y las estrellas huían cual mariposas
y la revolvía hasta que le daba puntada
haciéndose pasar por sapo y era caracol
y después montaba en su burro de miel
dejando pegajoso el infierno con sus
ungüentos cotidianos, bigote de manubrio.

A una de las ruedas de su caballo le
faltaban varios rayos, chirriaba el número
de su casa, de su barco, por falta de aceite
y agua, soñaba en seco, despierto,
solo frente al enemigo, dando bote
como cesante, como una cama de hotel parejero
riéndose desde el primer núcleo de la vida
hasta que expandía su optimismo, como su cráter
y por un momento el mundo ingresaba a su boca

como un velero en un dique, y luego, con su
tristeza y el coro negro de sus lágrimas lloraba
a la humanidad entera, y dentro de cada lágrima dorada
caían las criaturas como revestidas de rocío
como si cada lágrima fuera un útero sideral y el
hombre colgaba y *alguien, una avispa, lo* pinchara
y todo se desplomara, casa, mujer, hijos,
la pulcritud de vivir, el deseco de la muerte
y Francisco de Riberos más chueco que
generalísimo de caballería, arquero franciscano
porque en realidad no tenía caballo
y él mismo en persona era su propio equino
inventando un trote con dos velocidades simultáneas
y todo tipo de cargas ligeras, hasta que se
acriminaba con algún lugarteniente por
mirarle los dientes, cuando era regalado porque
sacaba coraje, abría el pecho, sus cajas de
resonancia y cruzaba la muerte a nado
y aunque se iba al fondo de un viaje
regresaba arrepentido, fuera de su ancla
y Gonzalo de los Ríos
que como su nombre bien lo dice
fue el inventor de los ríos:
los llevaba en su mochila
como pepitas de oro, *como si fueran sobrinós*
estudiando el panorama, auscultando
la dirección de la rosa de los vientos
y luego ponía su río como una gallina,
cacareando, para que lo empollara el sol
con paciencia y después partía a otras serranías
y así como un campesino esconde su
semilla salvadora, *así también Gonzalo*
plantaba su río, pequeño, de pocos meses,
hijo y tío de otros ríos que como torbellinos
preguntaban la dirección del mar
hasta cobijar el primer pez,
este dispensador de las corrientes,
este hombre ambarino que repartía
las aguas a diestra y siniestra
y el mundo era un río tormentoso
hecho de células, bisagras y ganglios
que un día se pararon, hablaron
edificaron su casa, cantaron
tomaron su arma y fueron muertos

al bañarse, al salirse la piel.
No ve —vecino— que nadie se baña
dos veces en un mismo río?

Nosotros perpetuos pastores
del rocío, éramos la herencia
lo que queda del cielo cuando pasa
totalmente el día
y cada uno partió
incorporando la alarma a sus banderas
precipitando los huesos en fila para el combate
llevando a cuestas nuestro río:
el invadido y prisionero abuelo.

CANTO 5

EL DESGOBIERNO DE LA LLUVIA

CRONICA FLUVIAL

El desgobierno de lluvia —vecino—
producía toda clase de asesinatos: un solo hombre
entre los cuerpos de las múltiples mujeres
transparentes en su dulzura
con ese dolor grisáceo de las casas invadidas
por el musgo
la tristeza
y la soledad.

Entonces aparecían en la superficie
los cardúmenes de tantos muslos unificados
como corales
los senos encerrándose
como un nido
en la angustia del placer
y esas bocas, esos coros gimientes
cuando el vino barría la pieza
la lámpara
el piano de granizo
del mortificado artista.

Era cada hembra furtiva
como una piedra que se podía abrir
volcar,
golpear
y cerrar con los murmullos salvajes de la tierra
vaciando
desparramadas quejas
como los lentos días de una condena.

Todo era escombros —vecino—
la furia del momento,
la tersura de las sombras,
la beatitud implacable de las copas,
las mujeres flameando, adquiriendo
la grandeza de una noria
y como diosas resbalaban
con su mejor estandarte
entre los huesos
siempre perseguidas por
el infatigable cuchillo
que las hacían correr a puñaladas
como un motor.

Ellas amaban esa quietud
la predisposición para desatar la sangre
y darle trote
al crimen
destrozar, columpiar los sexos
estrujarlos hasta la médula
hacerlos chirrear un segundo
un siglo completo.

En este juego, la vida se desplazaba
con nuevas leyes
porque el asesinado era el verdadero asesino
y la mujer irrumpía como una
aparición de chispas, jugos y malversaciones
del horror, el delirio, la locura persistente
de licuarse en la alfombra, junto a la
impenetrable alegría y luego partir, lavar
sus mitades, regar sus raíces
decantar el pesado cuerpo del enemigo
que les está cayendo como una catedral con cada uno
de sus dioses saliendo por la puerta de escape
abandonando el altar en trapos menores
tiritando en su crucifijo letal vibrando
con esa trunca inmortalidad que da el placer, el sonido
de las monedas aventadas en las entrañas
de la muerte, el diácono celular que agrupa
la especie después de estos acontecimientos
y junta mejilla con mejilla, fémur con tabla
y trapo con lengua, botón con alcancía
y hay otros sentimientos menores:
el vestido lunar más inquietante

que los océanos cuando se anuncian las
tempestades y el solo se abre sus compuertas
y divide las olas y borbotea su seno
acicalándose en esas desgracias en que participa
la boca humana, las heridas que tienen
calor, ceniza, precio, estrategia, movimiento
continuo según sea la tarifa, el ornato, el calor
mientras la pareja clavada
busca el nuevo hijo fatuo de agua de hielo y carne
y raspa la piedra de su ocaso
y muerde las estrellas en su inútil estremecimiento
cuando todo como cristales hirviendo es el acantilado
de las más presurosas pesadillas: cuando colgamos
de los senos perdurables, cuando derivamos hacia
los muslos ardientes cual bosques serenos
y caemos en una porción
que nos repite al unísono con la parsimonia
del mar y nos vamos haciendo fuego
en el otro séquito, en el otro extremo del peligro.

Oh mujer amada hasta perder tu sosiego
tus columnas, los pies que vienen a mi alma
a proclamar el éxodo de los hijos.
Hijos que salen a los caminos y nos miran
y nos excavan desde la noche de la muerte
y salen de nuestros ojos y terrones
y como un nuevo horizonte que nos recorriera
caen a nuestro lado y sollozan con los
materiales del cielo, con los instrumentos de las
estrellas que por último dominan los abismos.

En esas circunstancias —vecino—
se produjo el suceso.
Eva y el marinero
se disputaban el mejor derecho
de usar las únicas letrinas que dominaban
el espectáculo.

Marido y mujer llegaron al unísono a la meta
embargados por una común ligereza
por tales apremios y quebrantos
no teniendo más remedio que arrodillarse

mancomunados en este proceso
pelando sus nalgas
hermanados por la promiscuidad del esfuerzo
y los vergonzosos estertores mutuos.

Miró el galán a su apabullada mujer
casi de rodillas empezando por la tarea
de desembarcar tales materiales que le daban
movimiento, luz, esperanza, ocasión
para andar a pie, escuchar, mover la mano
hojear un libro, despedir un día, y él, por su parte
como si hubiera sido expulsado del paraíso
cómplice de la situación, comprender para ser
comprendido como si un esclavo le confesara
a otro la hora, el día y el lugar preciso
de la fuga y en un gesto solidario
no tuvo más remedio que tomarle la
mano que naufragaba y así en coro dieron fin a sus
respectivas tareas, severos por momentos, esbozando las más
delicadas de las sonrisas
captando la incertidumbre
de los ojos opuestos
satisfechos en parte
doblemente arrobados por el trance
como si un delicado dictamen
los estuviera purificando
encima de los majestuosos
excrementos.

HOMBRE PIDIENDO COMIDA EN UN TARRO

Comió el ilícito,
fraguó su armadura,
cupió su ojo en el plato,
su lengua en la sal
su alma en la tripa
y fue solemne el mordisco
de su dedo, el jugo
bestial de su cuchillo.
Aún permanece de pie
este residuo que late
con el cielo a cuestras
aún no arrancado del todo
del barro, verificado
incruento, entrando por la
boca y saliendo por la boca
en ese miserable circuito
donde hasta Dios participa en el
juego y avanza y retrocede
vitamínico, prócer, circunstancial,
y el hombre aún aletea, un segundo
durando, desde la cuchara al exilio
de esa caloría, en un altar en
que dirigimos el vuelo, la pulsación
de los hijos, la dulzura
para morir de pie,
vomitando
el
hambre.

DAMA VENDIENDO SU CUERPO

Una mujer asesinó a su mejor postor
y picoteandolo hasta comerle los ojos
entró en su aposento privado
y en él quedó guardada, un instante
según la tarifa, el arancel, la medida,
el volumen, el olfato, el desprecio, la gula,
el hábito, al porfía, la tozudez, el amor,
la desesperación, el olvido, jugando.

Sólo la estatua temible
de su cuchillo acelerado acelerando acelerándose
como el rayo-abanico, como el rayo que lleva
una mala noticia a la luz
y sólo su boca como el horizonte más completo
para dar la sensación de integridad, pero desintegrada
y movable, tal como un hombre caminando por su edad
y en ese laberinto besar, abrazar, mascando
las estrellas mientras el fuego de su luna
derrama la dulzura tan laboriosa.
Mujer equilibrada y marcial en su hartazgo
y siempre repetida, siempre anhelada y completa.

NIÑO MIRANDO LA MUERTE

Muerte te he sentido rondar
buscar la butaca
expropiarme el movimiento
la falacia del ojo, el nudo del humo
ya desatado a los 43 años, con un pie
en cada frontera, cano de alegría
nuevo de arpegio
curtido de pavores
llevando todos los días a mi edad una hora
feble como un volantín azul y tan hondo
y aún en una ronda escuchar al niño
que subió a la noria por el agua
colgando de las palomas
usufructuando del aire
alquilado en todos los vértigos
hasta empujar el mar a su temible despeñadero.
No quiero astillarme en los rosales.
Sólo una copa, para mí, el dintel florido
la poruña de una mano que me detenga
antes de ser devuelto al viento
y hablar con su ruido entre los árboles
estacionarme en mis hijos,
regresar de pronto, en otros huesos
en la avenida de sus escombros
y en el gran juego
de la vida y la muerte
parpadear, ser una señal remota
que desesperadamente
no dice nada
y es comprendida.

EL ROSTRO DE LOS ROSTROS

Rostros perdidos y borrados
y recién percidos y nunca encontrados
fuera de la edad
derivando de sus calendarios
atascados en la lluvia
palpitando en la misma semilla
donde sólo la vejez es la que crece
expandida en su fijeza
y en el paisaje establecido por el tiempo
cuando prepara la subida y bajada de las
hojas, el otoño y la muerte.
Rostros ya sin números desmadejados
ya sin nombre urdidos, sin ancla atados
y escapándose como los rayos
de las ruedas de un carruaje
uno junto al otro, perseguidos
en el múltiple eje, esparcidos
y en el único eje, sellados para siempre.

HOMENAJE A LA LLUVIA

Lluvia indivisible
de tan veloz albedrío
de tan comprometida ruptura
como si embolsicara la tarde completa
en una encomienda cristalina
y a todos nos dejara dentro de su casillero
mirando, el mundo como desde una jaula
sin fin, caminando en el mismo tren rayado
y bufando en idéntica neblina rabiosa. Porque
entre sus rejas medían los siglos, los tiempos
venideros, la sospecha de la liturgia de la libertad
y sus sangrantes muros, plumas, voraces estacionamientos
de la lluvia cuando nos sentimos viajeros de sus emblemas
copistas de sus escándalos fluviales
carpinteros de sus garlopas acuáticas
vendedores de martillos burbujeantes
pescadores de sus luces escapadizas, escapatorios
como reos que han hecho un túnel que desemboca
en el mar, como una desesperada pareja buscando el
placer al otro lado de ellos mismos y en este trance
se dieran vuelta y quedaran desnudos,
con los ojos caminándoles por las
espaldas con la boca hablando dentro de sus entrañas
y aún así aletearon, cantaran, llovieran
entrando en su corporación benigna, en su aserradero
intransigente, en su vagabundaje parricida, en el
altar de los temporales donde profita el trueno y
después lo sopla de costado, espantando sus racimos
encallando el relámpago hasta que los humeantes
testigos parecen peregrinos con llamas en el pelo.

Llamas de agua de testuz lisonjera de piélagro abrupto
como si una campana cayera sobre los arrepentidos
y se vaciara en el canto libre del agua
y en ese grito que como látigo nos arrea hay que identificarse
en cada gota que arma su desasosiego y su incertidumbre
y la lluvia nos acoge en filones, manchones, remando
nuestro incendio, la destrucción por agua
todos enredados en la misma ligereza de la lluvia
que recorre los rostros y desemboca
en una región donde el sol está encallado, rugiendo.

Lluvia metida en su cerrojo corredizo
en la factoría de los espejos y luego les pone
una repetición tardía, un eco constante, un calco insomne
su obsecada emperatriz con resguardo de vigente aduana
cuando sobre el humo, clama
sobre la plaza, grume pifia
sobre las iglesias
y sobre los montes, pía y frena
y sobre los toros va rodando con ruedas destartaladas
tal como una bicicleta cuyo ciclista llevara
al hombro la lluvia
y la perdiera y la desparramara
por los bolsillos, como una invitación, tal vez
como un volantín corcoveando en el ojo
y que también tuviere cuchare, petraña prorizonas
en sus altillos y una larga escala
para saber quien está en el alféizar
de su caída y aún así abanicase, fondéase
en su columpio nupcial y hace las curvas necesarias
crea los picaportes, elabora sus chimeneas, sus magnolias
de celeste resistencia, las copas que se van vaciando
con una sede muy gris, cuando
en su caldo hervimos y a borbotones
nos exterminamos. Humear entonces tranqueando
como tijeras costaleándose como una gaviota
que titubea en el aire, que hace un nido
en la frente del viento y nos trae a cada instante
la memoria de la lluvia y en el terminal de esos
balances nuestra alma navega tan en secano.

— 2 —

Lluvia sombría la entretejedora de desdichas
tomando la forma difícil de Rere y Carampangue y otros aledaños
sin que nada quede afuera de su ámbito y campanario

un solo árbol, el tierno destrozo habitual de la vida
ningún sombrero fluvial, ni un solo nido que levanta su nudo
en la cúspide del viento en Güariligüe, en la estación del
humo donde de vez en cuando los pasajeros son como chispazos
que abren las sombras y las soplan en el sentido contrario de sus pasos
y parten en dos los umbríos caminos de Santa Juana
no aletargados por la certeza de ningún siglo sino por el leve
soplo de los pájaros de la estación que son los pensamientos
de los peregrinos, los hitos que colman su aventura de vivir
debajo de una piel dándole movimiento, sentido y destino.
Apretujados ríos derramándose como el sopor
de la niebla que levanta el nivel de los olvidos
azotados blandos y neutros como si sus parpadeos
fueran a henchir de alegría la tristeza del fondo de la distancia.

Oh presurosos encomenderos, brújulas distorsionadas de la amanecida
cuando el sol crispa el carruaje de sus incendios tardíos
y en cada penacho de las humildes chimeneas el ojo del
viento mira llegar la estación de las horas,
la utilería que después llenará con sabores y aromas
y figuras que son nuestros deudos y sus racimos densos
pegados a los siglos, sin moverse en la piedra
que los cobija, uno por uno como los escombros de la dicha pasajera.

Un paso insondable atrasa y adelanta los sucesos
y sus ramificaciones como enlazando las guerras y el recogimiento
de los heridos, las manos vacías otra vez sin la otra mano, enamorada,
la velocidad de los cuerpos para atrapar la hermosura
y luego llevarla hasta el fondo del ser para recrear su ánimo,
la sucesión inesperada del acontecer con la insistencia y la
perfección de una ola que estaba reventando miles de años
en la misma luna, atraída y desvencijada, anciana y joven
en su porfía, como esta lluvia que mueve su taza alrededor
de nosotros, penquistas finales, presuntos auspiciadores
del éxodo, todos con una maleta como la estantería
de nuestras latitudes, como el navío que irá a parar a la isla
de su más eterno dominio, llegando de la
órbita que gestó nuestra raíz, no encima de los muertos
sino volcada, arriba, atisbando el improbable honor de la existencia.

Viene Rodrigo de Salas con su primera campana, el campanero
Jimena de Farándula con su primer hijo, la madre,
Durilo de Cándido, con su único solar, el solariego,
Trápana de Fernández, con su puerta, el portero
el ascensorista, el columpiero, el matasano, el limpianubes,

el otórolo, el sinnúmero, el sotánoso, el arabesco marino
dueño de todos los azules y grises a mansalva, viene el caballero
y su caballo de hilo blanco, infantil y sonoramente
viene otra vez la lluvia, con su blindaje numeroso y paragüero
dando bote y en esos resortes nos desvía a los coronelinos,
a los veguinos, a los aserraderinos, a los bosquecinos y montecinos
umbríos fatalmente identificados con el pez y su derrumbe de plata
llegan los jueceros, los voladores, los integrantes de las troupes
que levantarán la carpa colectiva, los salseros, los pescaderos,
los que tirarán la primera piedra, los apostoleros, los pomistas
los esgrimeros, los utilitantes, la comparsa que tomará una guitarra
y tocará hasta la muerte en su sola tercera cuerda de la lluvia
que se dobla y salpica las más hermosas armonías que pueden morder los
ebrios de Pisis, los consuetudinarios de Quinchamáli, los
caminantes de Florida que recién reciben la luz, como el diezmo
que arranca los ojos y los coloca en un altar donde la mirada
distribuye la dicha de estar de pie con un timón en la mano
orientando la lluvia entre los más fogosos acantilados de madera rubí.

¡Oh primigenia lealtad de la piedra, apenas escabullidos de la inserenidad
de las tinieblas, jóvenes y sueltos, como innovando en la dicha
de ingresar al mar por la puerta de la servidumbre, de tocar el fondo
del golfo de Arauco y escuchar en su caracol, los recovecos de toda
una historia de pescadores, soldados y colmados guerreros
cuya flauta dulce irrumpe con la lluvia que flota sin cesar
y nos empalaga con sus lienzos, sus candados sin asidero
y apenas abre un intersticio para que tomemos parte
en sus festines, en sus aproximaciones y en sus dudas ceremoniales!

Nadie registra rostro, nombre alguno, solar pretérito
de la tierra, sólo el distingo para precisar la calle, el
número antagónico de la soledad, la pared por medio de los
vecinos, el andarivel del hogar recién parado con olores de
aserrín, y camas frescas, y la lluvia de lado, paralela a la
muerte, suelta, lícita, agrupando el Biobío, y sus pasajeros
los ilusos caminantes de agua, los tupidos mensajeros con cauce
obligados a seguir durando en la edad, apurados dentro de la
piel, desde la cabeza hasta los pies, como si el sol,
se parara en la mitad de su camino, columpiara sus fuegos,
atizara sus tiznes y luego con airoso vaivén
dijera cuál lluvia irrumpirá en la lejanía del tiempo
sobre qué héroes remarará en vano, sobre cuáles distancias
sellará su boca, apenas con la sutil sorpresa de un
muerto que produce flores, vilanos, llamados de colores
movedizos, memorias fúlgidas y con alas

tan breves
que son como si un color
anduviera suelto, escogiendo
la rapidez de un fulgor que encontrará su paradero
en el preciso momento que la lluvia termine sus peregrinaciones
como esos ancianos que llevan de la mano un pequeño
saltando sobre la vereda, embrujados por la delicia
de caminar con un solo corto pie, en busca de lo desconocido.

Lluvia de hostigada mengua, en el olvido se transcribe
la posibilidad de seguir llenando las ciudades, luego
otra vez la memoria, el vago humo que se mueve dentro
de las aguas, las chimeneas florecidas,
los vidrios donde el diamante
resplandece repetido, mirándose el rostro ligero y
diminuto, picoteando la tristeza provinciana, acaso
el aldabón, el corabón, el disparo final de la noche
cuando el tren ulula pastoso
y rojizo y es el penacho de la lluvia que se parte en
dos y en otras mitades en el sueño y en la muerte.

Sostenidos dones del Biobío: el poblado duerme
y sobre los párpados apenas existe un temblor,
la melodía tenebrosa de los asustados que en el sueño
desatan sus delirios y son libres despavoridos, entrando
por todos los laberintos donde de día son prisioneros
fijos en su aureola de metal preciso, cayendo
encima de su edad y su fecha, el horario de todos los
enigmas que ahora, se suman a la lluvia
incesante como un navío que se columpiara en la
parte más profunda de los ojos y acumulara tristeza de
adioses irremediables, cuando otra vez la pareja se
desclava y despega incesantemente en ese juego de
las mareas y se atraen y se rechazan
chorreando comprensión, altivez, alquimia de la existencia
que patea los muros de la tibieza humana, y siempre
hay un hueco para el
resto del elenco, el payaso fatal que luego inflará
sus ínfulas, el boato de sus huesos, la contraseña
de caminar en la cuerda floja por los siglos de los siglos.

UNA DUDA DE NUESTRO TIEMPO

Para desintegrarnos estamos, pulverizarse
es la consigna, ir al encuentro de la destrucción,
astillarse y pasar en la porfía de las horas
sucumbir en la mujer ardiendo, en la mujer doliendo.

Pliegues azules mortales del día, sólo una ventana
mustia para mirar la lluvia
que late, el fuego propio que cava, llamas
perseguidoras, ruinas de otras luces, la silla,
una cama, el reloj, el goce.
Este fue el tiempo del deseo: hongos titánicos
violáceos, feroz juntura de las horas
zurcidas, anudadas con el ojo de la aguja
el devorado se transvasija, inútil yermo, ágil
en su acabamiento, tiene alas de cuarzo, campanas de
palo, sombras de madera, perfume hirsuto, camisa
de tristeza, corbata de torbellino, puños
de goma, pantalones de ceniza
mientras un ataúd nos señala el benéfico
camino para la sopa honda, increíble
de letras, el hueso trunco, el cuaderno sin nada
la hoja abierta del sexo donde iniciamos la
nueva destrucción, el salón que nos faltaba
para sucumbir, para cambiar de domicilio, para
darle a cada hora un sentido distinto
y por eso amamos.

Cuerpo temible donde la especie tiembla en su apogeo
en tan renovada superficie pues de la piel nos lanzamos
tal como la sombra del árbol, como el espejo de toda
imagen, badajo por cuyos vericuetos
sufrimos, delgados, y porfiamos

ahíto de constelaciones, siempre tan solemnes de catadura
pues el amor nos degüella como el sol que desaparece
con la tempestad y nos guarda en sus terribles
mandíbulas engrifados, faltos de luz, inseguros
marginados, convictos y todavía desconocidos
aún desnudados en nuestras raíces, aún después
que tocamos fondo y sin embargo falta la renovada
señal que nos incorpora al misterio, la que nos
devolverá los rostros, las preguntas, los silencios
el martirio de huir con el goce doloroso
así como una paloma abre el aire con sus dos manos
así como el aire cierra una paloma con sus dos alas
así como el hombre abre a la mujer con su sola espada
así como la mujer cierra al hombre con sus hijos.

Pozo taciturno, envuélvenos en las cenizas
del infierno de una boca anudada a la otra,
las células se cambian de domicilio, no hay
vacantes en el camino de la sangre.

¿En qué almohada iremos a parar
en qué trajes navegaremos, en qué uñas creceremos
en qué platos masticaremos las lágrimas
en qué cuerpos nos afinaremos, una hora
mintiendo con una maleta, de paso,
con una canción escapando entre los dientes.

Antaño fuimos esa sombra que ahora no usa
sonido, y se enfurece en el pensamiento
tiene fondo y forma, sosiego, el reposo del mar
y bate su excarcelación, rompe las rejas: vive en fin,
late clavada en la edad y hurga hacia adelante,
sin presente, late también mañana, pero en la piel
de hoy, enloquecida, prestada, rebanada. Ese también
es el juego del amor: transvasiar los tiempos, los más
ancianos con los más crédulos, y nosotros ya hemos
perdido el camino. Sombra de fierro parece cada minuto
que nos extermina, que nos hace más densos y traslúcidos
y sin embargo el amor nos oscurece y sólo el fuego
que relampaguea en los ojos sería perdonado.

CANTO 6

DULCE PROCLAMA

MANIFIESTO AMOROSO

Cada vez que Agosto madura sus nubes
cada vez que el temporal hace tambalear nuestro corazón
para resucitarlo en otros tambores, ríos y montañas,
cada vez que la luz levanta su sencillo artificio
y una campana nos sopla la juventud
hacia la montaña, repetimos:
—“Ha llegado el crudo invierno”—
y el invierno a través de nosotros cumple sus leyes
y la lluvia entra en las casas para nacer
así como el día y la muerte, así como el sol
irrumpe en las entrañas terrestres y después descalabra
las noches, el horizonte, el rostro de todo lo bello.

En medio de las aguas
amor, en mí desembocas
también para nacer y seguir tu curso
entre los árboles sangrientos, entre los nidos
del cielo porque lo que permanece en nosotros
siempre viene de regreso. Eres tú en medio
del mar levantado en sus dolorosos cristales
que nos dice: —“el crudo invierno
hace latir los huesos”—.
Hace latir los huesos, el fervor
de un espejo, la dulzura de una puerta abierta
como la lluvia que nos acecha
para seguir su galope umbrío.

Amor de los sueltos acantilados
cuando las hojas se desprenden de nosotros
y nos duelen una por una y a través de la sangre
van muriendo, van naciendo y continúan bajando

crispadas en la dulce proclama
de la primavera, afincadas en nuestras raíces donde
escudriñamos el hijo fervoroso
que nos asalta como la espuma del mar
y a él le cantamos hasta que la noche
pone en pie sus estrellas y todos los himnos.

Lluvia de mi vecindad, de los atardecidos rincones
de las ventanas del alma, pues el agua para
mirarnos debe iniciarse en nuestra sangre y luego
tomar el buen camino de las campanas, caer entre los
muros, tocar la aldaba del corazón y sucumbir
en su circuito hasta que su propio eco florezca
en los ojos y recién entonces la doble lluvia
nos repite en el viento que tuerce los árboles
sonoros.

Amor, también la muerte nos ha recibido
para aposentarse con su cristal en nuestra semilla
iluminando los parques donde las palomas
exterminan el cuerpo ligero de los hambrientos:
el cuerpo hecho pan, el agua miga, y el esqueleto
del hombre es sólo una cáscara dorada que de pronto
abre su vuelo en abanico entre los campanarios.
Amor, te busco entre esas migas
tocándote entre estas fuentes
porque donde está el pan,
tú naces.

Eres como el pan difícil, como la sal innumerable
y tu boca es la herida que sangra sin término
y no me besas entonces, y no me besas entonces
gimiendo entre los páramos, escarbando el llanto
y en medio de la tormenta sentimos cuando las nubes
terminan su vuelta completa y encanecemos rodeados
de estos peligros.
Lenta es la tristeza y rápido el paso de la edad,
mustios quedan los cuerpos del fuego
y el amor se aleja otra vez como las hojas de los árboles
y en todo naufragio nos estremecemos como anticipo
de la gran agonía.
Amor, entre estos desconsuelos giramos.

Tus siglos son días:
tibias cantidades que nos apresuran en la hondonada
hasta hacernos invencibles
pues cuanto la lluvia lisió y el cielo arrasó
con sus tempestades
nos pertenece
al formar parte
de las destrucciones
y nacimientos.

Nubes tiernas, nubes de los arrecifes
cristalinos navíos navegantes
que como los ríos ordenan la salida
y luego el naufragio
y sólo su vuelo
sólo su vuelo
oh tan doloroso para los ojos
amada, que nos retumba en la sangre
como aguacero sin fondo
como la eterna lágrima colgando en el infinito.

Nubes de los corazones, seres vivos de la intemperie
comunes vecinos.
¿No es de ustedes esta llave que abre y cierra los cantos?
¿A quién convocamos para desempolvar la bandera
de nuestra piel que se estremece
aún fuera del cuerpo y flamea
como el fusil atento a la batalla?

¿Amor, no eres el puente por el que cruzamos
hasta la casa del hermano
para decirle: "Iniciemos el camino que termina
en el fondo del tiempo, donde nos esperan las semillas
para arrancar los bellos hijos
de las entrañas siderales?"

Amor, hasta que la última copa de mi sombra reciba la
mejor luz de tu llama
porque solos apenas aumentamos el grosor de la oscuridad
y la muerte, pero unidos como los bosques humanos
el día cae a nuestros pies
y las campanas borbotean su apogeo, imitando otras voces
sin sosiego. Entonces nacerán en nuestra frente las
estrellas con su fárrafo de infernales diamantes tan puros
y nos besaremos libremente como el cielo y la tierra.

CANTO 7

VARIACIONES SOBRE EL TEMA DEL AMOR Y DE
LA MUERTE

AQUELLOS
que en los cuartos
circulares se encerraron
y gimieron hasta
silenciar sus ruidos
y luego partieron
y nunca más
volvieron a verse.

EL AMOR LOS REDIMA

AQUELLOS
que copularon
hasta exterminarse
rodeados de humo
una botella vacía, hastío
y melancolía.

EL AMOR LOS RESUCITE.

AQUELLOS
que ensalzaron
sus odios, la coquetería
y hasta la breve total
ilusión del momento,
y se desnudaron
y enemigos atroces
mordieronse estrangulados
cantando
y volvieron una y otra vez
sobre sus cuerpos
y jamás los encontraron.

EL AMOR LOS PROTEJA.

AQUELLOS

suicidas
decapitados a borbotones
aún anclados dentro de la muerte,
aquellos que se devoraron
frotándose como piedras
para iniciar el primer fuego.

EL AMOR LOS BENDIGA.

AQUELLOS

que abandonaron sus ropas,
las inexplicables llaves de los hogares
y borraron toda huella de vida
ultimándose uno al otro
acusándose de mutua fidelidad
y blasfemaron sobre el único
cadáver del amor.

SEAN ENSALZADOS.

AQUELLOS

que abrieron sus entrañas
y luego velaron
sus enemigas bocas
profundas.

LOADOS SEAN.

AQUELLOS náufragos

que de rodillas
pidieron clemencia
y jadeantes aún
invadidos de tormenta
traicionaron su madero salvador
y lo quemaron, aventándolo
y sobre el fuego ardieron
frente al viento
desnudos y cenicientos.

EL AMOR LOS PROTEJA.

AQUELLOS

honestos guerreros que de pie
batallaron y de pie
esperaron su sitio
en la hundida cama próxima.
Todos aquellos que perdieron
la fe, la dirección
el honor a domicilio, el dominio
sobre sus cuerpos
y por último se sentaron
en la misma gastada
mesa del amor.

SEAN BENDECIDOS.

AQUELLOS

que fueron
los primeros y los últimos
y no los intermediarios
los consumidores
y consumados.

RECIBAN TAMBIEN NUESTRA BENDICION.

AQUELLOS

que hablaron el mismo lenguaje
y nunca se entendieron.
Los confusos, los nobles
enamorados entorpecidos
por el amor, los que juraron
fidelidad y cayeron
en la sarcástica trampa
de procrear sin cesar
cada invierno.

SEAN PERDONADOS.

AQUELLOS

desgarrados en la despedida
los que murieron
al quedar aislados
y después regresaron como bólidos
chorreando comprensión
justicia, perdón, ecuanimidad
y adulterio de rodillas.

DEBEN SER ADMIRADOS.

AQUELLOS

soberbios
que rociaron
sus cuerpos con espanto
sepultándose vivos;
los empalagados por la rápida
efímera dicha
nocturna, los frustrados
en el hábito de olvidar
los que no olvidaron y sollozan
alrededor de los retardados estímulos.

AQUELLOS

que oraron al borde de los catres
junto a las rejas que parecían ataúdes
que son ataúdes y en general todos
aquellos que practicaban la indivisibilidad
del ser, la gestación como maldición,
la fecundidad por descuido,
los que se multiplicaron
industrializados
a la deriva de sus grandes derrotas
y huecos permanecieron y vacíos vivieron:
los que se encadenaron, ataron, sumaron
compraron y vendieron a una sola mujer
crucificándola de espaldas todas las noches
solitarias.

AQUELLOS

que flaquearon junto a esos cuerpos
desperdigados al alba como tarros
de basura tintinante, basura volcada por una
jauría de perros hambrientos.

AQUELLOS

que hicieron un culto de la tentación
y tentados se odiaron y tentados también
se amaron con desganado frenesí;
los que estuvieron dentro de sus cuerpos
sólo un momento, desalojándolos después
por todas sus heridas.

Los que los habitaron a medias, tímidos
blasfemos de una jornada, los que en una
noche recuperaron el amor de una vida,
los que en una vida como una gota sobre la piedra
perforaron el amor y lo horadaron sin importarles
el tiempo, imperturbables, eternos en su porfía
y luego la piedra, la mujer, se diluyó con la
primera luz del alba, de la muerte, del día.

AQUELLOS

que tuvieron casi como propia
una única mujer
y luego se les escurrió como agua
entre los dedos, como
brasa en la lengua

AQUELLOS viudos

en repelida sociedad
negros castigos a quienes la muerte
les arrancó la piel, los recuerdos, el olvido
y los descuajó de ojos, mutilándolos
y los dejó bramando entre los muros
lanzándolos por la borda de la sublimidad
del éxtasis,
los que chorrearon la luna,
los que enfurecieron el mar con sus cuerpos
retumbantes, los que apagaron el sol con sus
mordiscos, los que mascaron las estrellas
con sus lenguas, los que acallaron la tormenta
con sus trenzados miembros,
los que soltaron el rayo
con sus estremecimientos,
los que mataron los cráteres, los que
anegaron los ríos con su pobre materia
de amor, los que doblaron el viento
con sus porfiados muslos, los que emparejaron
el aire, después, con su hastío, los que
cayeron al vacío, entre los abismos, ya diáfanos,
ya puros, inmateriales, ocupando, de pronto
toda la tierra, dejándola al momento, sueltos
grumos del universo, roncós zumbidos entre
las hojas,
piel de las estrellas, esqueletos del
cielo.

Los que deliraron vestidos,
los que callaron, desnudos;
los que revisaron totalmente
el dudoso cadáver de su mujer;
y sólo a ella encontraron;
los que sembraron labios y colgaron piernas
y las fugitivas pirámides del ser inestable, los
que fueron nudos, golpes, los que interpretaron
los golpes y los que los sintieron;
los que fueron mar y cáñamo, utensilios
inolvidables en el juego, el hastío y el hambre
de los cuerpos insaciables, aunque insondables;
los que fueron trigo y garfios, anzuelos fueron
zapatos, curtidos hitos, los que se trenzaron
y nunca más se vistieron, piernas en los bosques:
dispersos los ojos, derretidos los muslos
desbocados en su petrificación.

Los que fueron violentamente expulsados en
la tarea de la posesión, los que de cuando
en cuando aman en un nicho impersonal de marmóreas
sábanas apenas entibiadas por la vida
por un lóbrego quejido que siempre llega a destiempo;
los ciegos eternos y los ciegos parciales,
los que ven a medias o simplemente
que se ven tocándose inventándose como
pequeños dioses en las pocilgas de barro.

TODOS DEBEN SER PERDONADOS.

AQUELLOS

que invocaron
la alegría de vivir
la sagrada unidad familiar,
la armonía de la sociedad,
la esclavitud, la fatalidad,
la mansedumbre religiosa,
los que copularon a destajo
y sin cesar
cuatro días
con sus siete noches
en nombre de la fidelidad absoluta,
del cero total
tritutados en el bosque de letras insobornables.

Y el arado de palo, el arado de cinco
dedos, el que redescubre los muertos, el que
deja al aire las osamentas, el sanguinario
cadáver de la noche: la cordura de la locura,
la desesperación como disciplina,
la muerte como artificio,
la vida como un coro de silencio
herméticamente callado.

Hay que considerar también
a todos aquellos que abandonaron sus pantalones
angustiados de civilización,
los que despoblaron las selvas,
cabalgaron los mares,
serenaron los árboles, computaron las heridas
frutales de la primavera, los que huyeron
de la mecanización: los únicos hechos
a mano, tajeados a pie, inscritos en el pasado
con turbio humo humano, los que renegaron
de la rueda, los que ahuyentaron el fuego,
los que sin fuego se quemaron, los que sin manos
raptaron, los que sin ojos naufragaron
los que sin dedos pulsaron el cielo,
hombres cuyo destino y designio
apenas crispó el rocío:
rocío que colmó los mares,
mares que tragan los ríos,
ríos que estrangulaban sus hijos,
hijos de la montaña, nieve salvaje
que con la piel viene navegando, la piel, la piel
del tiempo

la muerte

los días

las horas

el silencio.

Entonces
aquellos angustiados
de civilización
y mecanismo
que se industrializaron
con el fruto erecto
de sus desesperanzas.

SEAN CONSIDERADOS EN EL
REPARTO DEL AMOR.

AQUELLOS
deslumbrados
frente a los altos
puntiagudos pezones
efímeras señales
 carnales
corporales durables
 del tiempo,
los que las aplastaron
trituraron, succionándolas,
arrobados
apuntalándolas
con leche materna
y quedaron exhaustos
semidormidos
comprometidos, huecos
infecundos
y crucificados en sus lechos
ajenos.

EL AMOR TAMBIEN LOS BENDIGA.

AQUELLOS
que disecaron sus solitarias
porciones de tristeza
a lágrima viva y luego ultrajaron
el llanto
en algunos profundos cuartos
azules borrosos amarillentos
siempre con un decapitado al final
trancando la única puerta de escape.

AQUELLOS
que exterminados de bruces
marchitos para siempre
hirvieron en su propio
cristalino y transpirado caldo glorioso.

TODOS SEAN PERDONADOS.

AQUELLOS
que inventaron
y patentaron la dicha
a tanto la hora, el
milímetro y el pedazo
de blando, desvaído

seno
ya irremediablemente
sin resorte;
la pierna suelta
en su estantería
liquidándose por vejez y fin de temporada,
y la plácida música
de los dientes apretados
de la mujer
cuando se aferra a ella misma
escapando de su cuerpo
como si una tempestad
inexplicable y vengativa
les soplara los huesos y huyera
despeñándose entre los colchones
los acantilados y el mar.

EL AMOR LOS REDIMA.

AQUELLOS
con compromisos honorables
en las trastiendas del amor y sus
dependencias,
los absolutos dueños de las
llaves de la miseria,
las madres con sus brillantes pechos
chorreando la vía láctea
de la gran ciudad, esos presurosos
puntos de la noche, mendigos
del sol oscuro, el triste, fecundo
harapo del universo, agonizando
sin premura bajo el árbol original
de la luna.
Los que hicieron alarde de tristeza
y subieron los gastados peldaños
de la vida chapoteando
en la sangre lujuriosa, arañando
las entrañas terrestres, palpando con fruición
el nuevo ser imposible que no se pega
renegando de la vida y como una flecha
en el útero, que no se engancha en el carro,
desparrama las vísceras, los calientes surcos

propicios
pero sin hacerse cómplice
de la continuidad de la doméstica
tentadora y agobiadora especie.

EL AMOR LOS TENGA PRESENTE.

AQUELLOS

tributarios de sus ruinosas
ruinas espectrales,
chirreantes oscuras luces
de un día sombrío
devorándose en los catres
de perillas doradas
donde el sol atisba su oro cariado
y la solidaria pareja irreconciliable se despeña
arrastrando los últimos bártulos del amor
flotando, difuntos, dando
manotones de ciego entresí.

AQUELLOS

que integraron los lisiados ejércitos
amordazados de boca, alma y tubería, los
parcos de lengua,
los débiles de dominio, los fuertes de
injusticia condenados a romperse los dientes
contra el rocío
prendidos del tiempo, de los cuerpos, de los
abismos, de los huracanes,
de los siglos, de los hijos, de la muerte
de los días, y las noches pegadas en el cielo
el cielo pegado en los ojos, la noche
incrustada en la mirada, el sol en las pupilas
huecas de las manos llenas de amor vacío.

Oh ternura infinita de un solo fugaz relámpago,
apenas un siglo metido en su agujero,
un efímero eterno muerto saliendo de su
sepultura y ya anciano de sí mismo!

Amor, amor cómo temblamos
blasfemando cuando nos escuchamos
quedar huyendo, porque al destrozarnos
como un espantoso río de fuego
seguimos pasando entre dos columnas incesantes,

arrasando con el infierno, ensartando ángeles
demonios celestiales, evaporados dioses
periódicos, mientras da bote el payaso
cayéndose de sus infinitos
bolsillos sin fondo
y gime el ruidoso carcelero
con su manajo de insertibles llaves:
el hombre destripado caminando
de largo dentro de sí mismo,
él, más otro en atroz férrea compañía
con su inseparable y mojada
corta muerte fiel como un perro:
estrella escapando de su temible poderío:
el sanguinario vómito de un relámpago
el siniestro incendio de la especie
acoplada a la miseria desde el primer día
y hasta en la última noche del juicio final
encontramos nuestra pérdida semilla purpúrea
en la galopante cama de tres patas
y somos el pregonero
que tiene algo que componerle
huesos para soldarle a la muerte,
pies para ponerle alas,
difuntos para ser embalsamados
con cáñamo, hule, alambre
y otros repuestos oportunos.

QUE EL AMOR TAMBIEN
SE APIADE DE ELLOS.

CANTO 8

CRISTA

ARBOL DE LA PALABRA, A TI ACUDIMOS

Sol de los soles, el ojo feroz
torbellino de la sabiduría y la falacia
el náufrago de las abiertas llamas, coronado
de ceniza, revestido de sapiencia y harapos
y piedras que suenan entre sí como los huesos
redondos del primer muerto
mendigo de los cristales nuevos, inaugurado
en esta colina de los olivos diamantinos como
una nave alejándose en el mar del fuego
y por ceniza, espuma, mandrágora del pensamiento,
ideas tenues, olas superficiales de la inteligencia
clámide nerviosa, nudos de la salud efímera.

Arbol de la palabra, a ti acudimos
refúgianos en el templo decoroso donde el vino
inventará la boca y la sed de exterminio
de la palabra y sólo en silencio escucharemos.

Aléjanos de toda distancia, el cuerpo flota
colmado en el primer día, cruento en su hallazgo
el mayorazgo de tu metal temblando a la intemperie
más efímero que el rocío y sin embargo persistente
como el hongo infernal que nos alumbramos y deteriora:
sumas vítreas de los candelabros de nuestras horas
sin decoro, apenas armados y puestos a rodar
en el tiempo unos después de los otros.

NACIMOS PARA AMAR Y NOS HAN CRUCIFICADO

Núcleos persistentes.

Nacimos para amar y nos han crucificado.

Rechinan los clavos, la mano perforada vislumbra
el laberinto de las entrañas, el disfraz de que hoy
disfrutamos.

Oh Crista por nosotros

sacrificada en el somier

de dos océanos

cuyos pechos en esplendor

son como las torres

del bien y el mal

tan abruptas y serenas como una colina de trigo

donde el oro persigue la sabiduría

que se detiene en su fuga, inventa el ojo y luego

perece

creando la belleza y la desesperación de la belleza

que nos ha hecho envejecer junto a los pórticos mortales

comidos por los verbos, por el puente que nos alejó

de la ternura, por el grito que irrumpió en nuestra

memoria y con la mesa vacía y la mujer vacía

y la memoria cuenca sin uso,

desprovista de toda alternativa.

PUERTA DE TODOS LOS NAUFRAGIOS

Abrióse la puerta, luego la entraña
menor, la mano que nos induce
la que fabrica el amor, la caricia de los crepúsculos
hasta descubrir el furor de los deseos, la fiereza
y la dulzura de los recuerdos: andamios mustios
cuando en última instancia floreció el mar, la lengua
que amó los acontecimientos, la cuna que como un nido
recibió un cuerpo antes de desparramarlo
en la edad: sangre, movimiento.
El oído todavía tiene una sola orilla.
Arbol que desarraiga el olvido.
Levantándose a imagen y semejanza
de la muerte más profunda.

Puerta de todos los naufragios
aldaba al rojo vivo.
Detrás, el jadeo.
Frente a frente, la pureza de la confusión.
La llave menos propicia se llama ternura.

SUEÑOS SON NUESTRAS DEFINICIONES

Ven y lávanos nuestras heridas.
La ciudad y los decapitados te necesitan.
En las orillas las aguas sucias se contaminaron
con nuestros residuos. Júntanos de nuevo, amor.
Sueños son nuestras definiciones.
Números la altura de los deseos.
Hilachas los remordimientos
pues cuando administramos la justicia
erramos, el pez no fue ecuánime
y nadó en seco en nuestra alma
hurgándola y desarmándola.

Columnas de tu cuerpo, cilicio
de la resistencia que mantiene el día en pie
ora catedral, el pubis y la fuente del desco
ora sarcófago, pirámide en cuclillas
desbande de tus páramos, fuga de tus estremecimientos
para recorrerte, hallarte y extraviarte
como soldado que carga su muerte
y al compás de las trompetas jubilosas
corren por los andamios marchando entre
los escombros de su propia destrucción.

EN EL SUAVE ROQUERIO DE TUS DIENTES

Estaba desnudo
y me vestiste.
Hambriento
dentro de tu boca
anduve
en el suave roquerío
de tus dientes
que restallan como relámpagos
marmóreos.
Oscuro fui
y en tu luz crepité
y me enriqueciste con
tus abalorios
y en tus caderas bebí
las distancias
rosa de los andamios
pétalos translúcidos
perfumes transparentes de las algas
ambarinas
casi de metal
fueron tus poros
y como un perro te lamí
por los siglos de los siglos.
En tu espejo
bebí la fuga.
Cálmame con tu piel
y resucítame,
resucítame
en el hijo desterrado.
El que tira la primera piedra
sólo romperá sus cristales.

El que agoniza vive en nosotros.
El que refulge, nunca se apague.
Arderá con nosotros.
Multiplica el pan de tu alma
el pez de tu pez, en mi alma
que es el fuego, en tu fuego
donde se deshiela el sol
el sol, el sol de los descos.

HERIDA EN TU MINUCIOSA ENTREGA

¿Quién eres
pregunta el que te conoce
más allá de la piel
ovillándote, indefensa
herida en tu minuciosa entrega
incorporándote al nuevo refugio
de tu rostro
que registra las tempestades y hasta el miedo
de vivir y caminar
y descubrir el peligro
pues la sabiduría
se inicia en el abismo donde la vida perece
y el que cae dentro de sí mismo
nunca será denigrado por el deseo
que guardamos para el tiempo de la vejez.

TE CAMINARE HASTA SACIARME

Palabras, palabras . . .
apenas sobre la costra de los milenios
pues nada dicen
sino repetir lo que otras bocas más
polvorientas ya callaron y ahora sobre
sus voces silenciosas
una flor avanza para sentenciarnos.
Te caminaré hasta saciarme
en la maestría de tu torbellino.
La razón es más resistente de lo que imaginamos.
El que flaquea como un arco tenso tiene
una flecha que lo derramará
cuando la muerte acusa el golpe y resbala
buscando la venganza que nos acoge
la gloria de la pureza
porque sólo los cuerdos tienen la llave
de la perdición y son bendecidos
ellos, los apóstoles
de la felicidad completa.

EN TI ME TRANSVASIJO

Cuanto más te quiero
menos me demoro en perderte.
Tu bosque es numeroso, pero impío.
Tu árbol cambió de domicilio.
Tu lecho de tersura.
Sábanas son velas desplegadas
en que ahondamos nuestro delirio.
En ti me transvasijo, iluso
y regreso más solitario, muerto en tu ley
y tú vienes a mí crucificada y para liberarte
partes de nuevo, pero encadenada y en ese juego
andamos de rodillas, vecinos de las desdichas
astillándonos
porque sólo de porciones está hecho el amor.
Niéganos todo derecho en el decálogo
que escribimos a hurtadillas, gimiendo
penetrándote tal como la muerte cuando termina
de cubrir la luz en la noche entregándonos
el peso de las estrellas simultáneas y todavía el nuevo
tiempo oscuro que nos parece cubrir el ancho desvarío del
horizonte y las criaturas que pasean su tortura
tomadas de la mano.

Te aramos para descubrir el chisporroteo de
otros mundos, de ceniza
buscando la gran verdad y la gran mentira
en espejos enemigos y opuestos.

Los que te habitan andan a tientas: ciegos
levantados y vueltos a caer en la maraña
de tu voz que llama con el cántico de la única
trampa que no tiene misericordia.

Hemos de ocupar tu número, la disposición
impar, el conjunto perfecto, la armonía
para entrar en el sudario y ordenar
las otras lápidas, sentir que el reloj nos marca
con la nueva eternidad de tu venganza
cuando mordemos la distancia como un pie
enloquecido que viene de regreso, sólo
sin sentido, cuando aleteamos, cuando
nos batimos en la tempestad, cuando nos
estrellamos entre nosotros, cuando sacamos
las chispas y la *combustión demora*
el único tiempo necesario para sucumbir.

A UN TELEFONO TE COMPARO

A un teléfono te comparo.
Musgo negro, llamando.
Susurra el número de la felicidad.
Equivocado.
Combíname con todas las cifras
y los múltiplos que te protegen
gamo par, miel impar.
Los hilos son como el bosque
bajo cuya sombra te estremeces.
Anfora de acrílegos.
A una máquina de sumar te comparo.
Restadora de desdichas.
Deja que tu amado se refugie.
Deja que irrumpa con la velocidad
de los números errantes
pues tienes tantas olas como el mar, movimiento
rubro de los precipicios
suma de los subterfugios.

Apura el rechinar de las piezas
que tú adoras, células no, tornillos
bigornias magníficas
fierros como una rosa desplegados
aluminio con su tenaz perfume armado
virutilla es tu cabello metálico, insostenido.

Dónde estás rosa primera de los debe
fuego cristalino de los cómo, protégeme.
Vitales de la muerte
son tus callejuelas

venas de los acantilados,
y dónde beberé, donde saciaré mi sed
crece la muerte, alta y estampada.
No te encuentre sino vestida de perlones
mármol transparente y licuado
pies de los zapatos aullantes.
Demórate en el ámbar de las pescaderías
escamas son los sueños, oh teléfono
llamando, escuchando
el pavor de sentirte llegar
en los perpetuos, movibles números
de tu frontera.

HABIAMOS NACIDO EL UNO PARA EL OTRO

En realidad habíamos nacido
el uno para el otro.
Jamás tuvimos un "sí" o un "no".
Comíamos los dos en un mismo plato.
Ella leía, yo dormía.
La transfusión de ideas era magnífica.
La parentela se daba las manos los domingos.
Hacíamos intercambio de empanadas y de pequeños
planes sumamente económicos: comprar maní, leer
una revista, hacer un viaje en ferrocarril.
No hay que complicarse la existencia.
Ese era el slogan favorito.
Y ya ven ustedes el resultado.
Para ponerle un broche de oro a nuestra
felicidad salíamos a dar una vuelta por el barrio.
Mostrábamos nuestros querubines.
Ella de taco bajo y yo sin corbata
tal como si nos hubieran sacado de un cuadro.
Sólo nos faltaba hablar.
El sol nos revestía de gloria y no era para menos.
La radio invadía nuestro espíritu
con esos gloriosos avisos del Juicio Final, cantados.
Siempre estábamos en comunicación:
—Buenos días, ¿cómo está usted?
—Buenas noches. Bien gracias. ¿Y su familia?
—Bien. ¿Y la suya?
Pero envejeceremos juntos. De eso
no hay duda. Otros tienen su propio infierno.
Acércate porque tengo frío. Estas son
las tentaciones que matan. Te conozco de memoria.
Me conoces de memoria. El tiempo cambia, antes

llovía más seguido. Nos gustaba mojarnos. Eramos jóvenes. Léeme, por favor el pronóstico del tiempo: el norte claro...

Buenas noches, querida. Dale cuerda al despertador. ¿Cerraste todas las puertas menos una? Mañana será otro día.

Mañana será otro día.

Mañana...

LOS PASAJEROS SIN ROSTRO

La pareja ha tocado el timbre en el altar
donde la palabra "Hotel" tiene un sentido
ambiguo. Los pasajeros jamás se verán
el rostro que no tienen y pisan la alfombra
que silencia el pecado, las direcciones, los estados
civiles, el grado de la excitación, la orfandad de
los sentimientos.

El saludo es de primera categoría.
Las genuflexiones son dignísimas.
La enfermera con cofia ausculta la ternura.
Ese camino no lleva a ninguna parte, y es
el que toman los verdaderos enamorados.
Y esa es la prueba.

La cama flota a la deriva como los papeles
y las palabras de los naufragios, porque la gran
nave ya se hundió succionando todo lo que encontró
a su paso y hasta las caricias tienen un dejo
de manotones de ahogado.

El somier resistirá.

La cruz resistirá.

La puerta no tiene sentido porque apenas nos separa
de la muerte y basta abrirla para encontrarse
con ella, sentada, esperando aunque levemente
más vacía que nosotros.

Los ruidos son falaces.

Hierve el barro.

Los huesos prestan alguna utilidad.

La piel encuentra su derrotero. Nació para extenderse
y este es su oficio predilecto: traer otra piel
al mundo.

Y yo te amo. Yo te amo.

A ti he elegido mi enemiga.
Amo la perfección de tus números
odio la única pulsación que nos identifica.
Amo la piedra angular que te sostiene
odio el resquicio de sangre que te aleja.
Amo, en fin el rostro de tu zapato, la cara
de tu libro, el origen de tu risa
y odio para siempre la rutina de tu enjambre
la porfía de tu vientre, madre en serie.

Añoro los días felices.
Tesoro ¿usted se serviría otra copita?
Porque ya es hora de vestirse
de echar andar la máquina del pudor
lo mismo que hicimos al llegar, pero al revés.
Hemos cancelado la hora, el porvenir es nuestro.
Las palabras nos han identificado, crees tú?
Ni una sombra de duda, pero no subas a la colina
Desde la cúspide, el mundo tiente como el vértigo.
Los carpinteros preparan la escenografía
en medio de los densos y resbaladizos olivos.
El cielo se oscurece. Te gusta el bolero
"Sabor a mí".
"Pasarán 1.000 años o tal vez más...
Te ves hermosa cuando sufres.
Dame tu dirección.
El día menos pensado te llamo.

¿Quién eres, quién eres?

CANTO 9

EL ESCLAVO INCESANTE

EL ARBOL DEL CIELO Y LA TERNURA

Lo más pequeño de ti camina, tiene calor
dínamo, llanto y brillo en tu breve pisada,
rueda en las oraciones, palpa su desalojo, es
tierna la alcancía de su vuelo y nunca jamás
caerá en nuestro pozo, ni será despojado
de la luz para apagar otro fuego. Usa ajenas
utilidades estranguladas, terroríficas combinaciones
cuando nos trituramos para darle rocío, cuando
se alimentó con nuestro miedo y nació
como el agua. Como el agua que movería
el alma de tantas piezas, el cristal estremecido
hasta la angustia, cuando cruzó los abismos, cuando
se desprendió de nuestro faro y lo protegimos clamando
desde lo más secreto de la dignidad humana. Mínima
luciérnaga de la plata completa, sea tu bandera
libre y revoltosa como una estrella, sea tu alegría
escalonada como los niños que nos miran y por la que
no subirán jamás a la tierra y quedaron en la mitad
de la noche y cuyos ojos siguen pregonando
el deseo de ver los cantos enlazados
el honor de la vida que jamás pudo quebrarse
y por último, en un rueda infinito, proclamar que
tenemos los huesos abiertos y seguros como un árbol
sus nidos, como el cielo sus días y noches
acallados en las rondas de los hijos que salieron
a juntar la muerte y por nosotros regresan
con la libertad entre las manos
como una paloma.

ESTA NOCHE TE ABRO ARDIENDO COMO TRUENO

Esta noche te abro ardiendo como trueno
quiebro tus astillas, quemo todo cielo
que me acompaña.
No tengo número para irte sacudiendo
y lavo tus estrellas con mi saliva
y las tuerzo hasta escuchar
tus gritos destruidos por la lluvia.
Entro en ti desbocado con mi maquinaria
y tú eres la materia por donde iremos a sucumbir, haciendo
con tu dulzura los útiles del sistema, el horario
del régimen, la cárcel gobernante.

Abrete, ábrete partida en ese abismo
comunicada con esa sonrisa que cerca el amor
y somos felices cuando estrangulados por un momento
tú sollozas con los mares, y somos libres
dentro de nuestro cadáver y nadie detiene
la muerte en esa hora que cava en ti y nos busca
para repartirnos en la producción en serie.

En la utilidad de la especie, nuestro hijo encuentra
un cajón visceral, lámparas para el ordenamiento
del hombre, gemidos que son sollozos para irnos
ardiendo entre los tímpanos y los balances
que nos rodean, oprimidos en esos números, amor, en esas
ecuaciones que tamborilean en el alma y te muevo
sometiéndote a todas las agonías, antes de volver
a nuestras respectivas guaridas: yo el asesino,
y tú la emancipada.

EL ESPLENDOR DEL ROCIO

3 de los 5 cadáveres, eres tú sola
magnánima de orilla, incomunicada
en el único solar de calavera y boca
que nos trueca con perro
en la puerta y en el agua.

3 de los miles, por decir un número
por ponerle una herradura al alma
de la muerte, por contar al azar
las moscas, por dividir para reinar
entre los suplicantes, entre los
que sólo son 3 por 3 y todavía
su jugo principal rinde el esplendor
del rocío y de tanta fuente hermosa!

3 súplicas entonces y 3 bemoles
rodantes, 3 cuerpos y 3 torres
con sus horcas auxiliares y 3
puertas siempre una encima de la otra.

3 abejorros dentro de la abeja
la tranca en el corazón garantizando
la seguridad y 3 veces muerto
en una sola vida como es de rigor:
esta es la ley precisa y tan amada.

3 múltiplo de cero para el gangocho
de tu pellejo, 3 numerario de sudor
para 1.000 frentes que son menos
y en ese robo del gramo no tiene
atajo la bondad 3 veces asesinada.

3 soy, 3 fuimos y uno solo contado
al llegar al balance y uno solo
a lo largo de la calle
tapado por 3 diarios
y muerto a una sola columna.

3 veces mil no te quiero
ahora, sino una sola
una incorruptible vez
entre los ceros
y múltiplos de la muerte
y uno solo me derramo
hasta el infinito
y desde el infinito
tus miles son cientos
y tus cientos, nada
cuando a uno besas
y cuando a cero, lloras.

EL SOSIEGO DE TODA UTILIDAD

El que nos sembró en los cartapacios tiene una fibra para cada cadáver, tintas tintineantes, valores que son dolores, la interminable prisión para un solo número que se inflama, perece y gesticula con ardor de piedra, heliotropo, sal sin fondo, miseria caída de bruces hasta el triturado vidrio completo hasta la última rata que embistiere su calor, la rectitud de roer nuestras uñas y morir en la trampa de los números, el sosiego de la utilidad que nos coaguló los huesos, el tesón de tambalear en un trapecio y medir por último la fuerza de los verbos, al margen del ritmo que nos consumió hasta la última fibra, sin misericordia. ¿Cuál de tus vitales cantidades arrecia, cuál de tus infinitos ceros enfrentan su bastión, cuece sus pirámides, tantea sus orillas, bordeando su oscuridad mayor, el encuentro que nos sostiene en la realidad en el tren que parte del cielo, en la máquina que divide al tiempo en las raíces que nos cuelgan hacia abajo de la tierra en un libro que nos constata, y nos vuelve a imprimir: sellos telúricos y furtivos, en una domiciliaria agonía no más grande que una flor, no más oprimida que un vuelo, siendo uno tablón, tarro basural, asiento consistorial, breve columna de lápiz, muro suave que conoció una vez al hombre cuando lo levantó con su propio olvido, con su furia más insobornable!

BUSCANDO LA PIEL ENTRE LOS DIENTES

Pan de los antropófagos lindes,
de los floridos cuerpos
atajados y rebanados y en el migerío
la especie, yacente
atajados y rebanados en el miguerío
al hombre y su sudor macizo en el
primer descanso de la piedra y su vigilia.

¿Qué hambre, qué terror es este
que nos vuela la boca, qué alimento
infernial es el sudor del fuego
esta armadura de las frutas
y el pan volcado, como la sal
sobre la mesa del amor constante?

No comas esta muchedumbre
que nos grita en su dominio
el naufragio de la familia aprisionado
y funerario en su principal artesanía
abriendo el alma de los trigos
los espejos de los dolores
porque en el pan nos miramos
y el hombre está desnudo, ajeno
buscando su piel entre los dientes.

A CINCO EMBOLOS, MOCEDADES DEL HIELO

A 5 émbolos, mocedades del hielo
fraternidad del cielo, tijerales
de los hules, promontorios lícitos
tú y los abalorios
distintos del cortejo: un timbre.

Testuz de luna aciaga,
ciega, racimo de los lápices,
tuercas ojivales, algún plato, un
tintero, amada lumbre, descarriados
tigres, sótanos de tu garganta
musgos, oriflamas, banderas
que son cuchillos y una horma
para cada nariz y tu escondida
en el viejo cuero de los basurales
donde la especie atisba su tesoro:
la olla vacía, el insecto
del alma cavando su propia sepultura.

Muerte precaria, urna
de helada gamuza y titubeante
jabalí en las carteras, el negro
gemir de los algodones, junturas
de la ambrosía y de la miel donde las
abejas son como los trenes, son como
trenes, son como aviones, y su hélice
eres tú amada, dando miel en los aeropuertos
y runrunes, en los aserra-
deros, donde las abejas derrumban los
tablones como flores.

Tu fichero es como un gamo
desgarrado en la copia,
amor de la florería de las piedras
de los calcos neutros, porque hacia
la vida callan, y hacia la muerte, cantan.

Apurada en tus horarios,
oh estricta pasando líquida
cencerro de tu antorcha
el buen dentífrico de tus
muslos rientes o en el carcomido
cuervo de las dulces sales y no estás
ni en la noche donde el último incendio
cava su nido, y, mirándote, se, apaga.

LAS HERRAMIENTAS DE LA FLORESTA

De la ternura, la oriflama del girasol
la carcajada de ese coágulo anciano y sideral,
el parpadeo de todo músculo en las estrellas,
y aún en los hospitales, la herramienta que nos
hace enmudecer en la floresta, el candado filial, el
brusco devenir de nuestras cerraduras en la
producción en serie, en el horror en serie
al fondo de la cáscara del hombre
en su prontitud para irse a la raíz de la
sal, a la estación donde tú floreces con el
humo y eres amada como un ciego detenido
en la esquina del fuego
como una lluvia que se iniciara
en tus manos y no estamos en nuestras almas, no
retumbamos en los abismos, no repercutimos
en nuestras soledades. Y tú convocas el alimento
mayor, el asalto que bulle en el mar
la llave que nos cerraría de un solo
segundo que de pronto inflase el día y luego
su rudimentaria marcha, el éxodo constante de tu
tarifa mortuoria, de saldo primaveral, de tu
sencillo trapecio donde cuelga el amor
y la noche recoge el lado de afuera
de los frutos, el lado de adentro de las lágrimas.

DE LA OLA SU CANTIDAD, AL SONIDO SU NUMERO

Hoy vamos por tu caserío
por la piedra que te sostiene
haciéndole el juego al mar
a la ola su cantidad,
al sonido, su número.

Hasta hundirnos, amor
en toda costilla
que sembrada en la tierra
hará al hombre y a la mujer
a su imagen y semejanza
porque el hombre y la mujer
desde el fondo de la tierra
se irán sacando la piel
soplarán los huesos
y como el rocío
sembrarán la pradera
con la vida.

Devórame con otras llamas
que nos darán nueva ceniza
quiero más cielo cuanto más fuego.

Hijos adentro te busco, entre las sangres
edades quiero para subirte
oh como los frutos, oh como los frutos!

POR TU FRENTE LOS PECES

En este candado debo morir
y en su reja vivo y en sus prisiones amo
porque no es a ti ola de los fierros
no es a ti, fuego de fábrica el sostenido
de hoy, el llanto de mañana, el letrero
de tu mampara humana el que alza
su columna y por último a ése esclavizamos.

Amor y los cuantos, por tu frente los peces
y también los arrozales, sus tiznes
liquidados, la bandera de los remates
en tus brincados senos y sus digitales
llamaradas. Muchos son los domicilios
que tenemos en tu boca, y tu lengua calla
tan bramando por todos los prisioneros
que en este beso emergen de tu brebaje.

Por este abrazo en que temblamos
tú sigues siendo tantas raíces, tajadas
de alcohol, copos de súbito oro
cardúmenes del dinero que en ti planea
su aterrizaje sonoro y llora
estremecido y entre los huesos
canta solo, comiéndose su alma
de madera de palo.

EL FILUDO FUEGO, ESCARBADO ESGUINCE

En la rencorosa fila
el escarnio de un atril,
el filudo fuego de unos ojos locomotrices,
el escarbado esguince, el material lisiado
de la frente, la desmembrada altivez de una
joya, de una rotura que en tu mirada camina.

No es este el destino de la cortapisa, el
diapasón sombrío de todo lo que estalla
en nuestros resortes, el papel de un día
que vive porque nos husmea y reconoce, la
orden general para expandir nuestra memoria
y la sorda ironía de un cuerpo metálico
que vibra, empujado, anudado en la mitad
del conflicto, resquebrajándose en su pasamano
en su constante desasosiego y sin embargo
puede amar, tomar contacto con la materia
reír en los baúles, sonreír en los ataúdes
encubrir una campana hasta la desesperación.
ser vasija, mármol temible y latente
torniquete de la miel donde yaces
en ese régimen de la máquina de coser,
hervida en la puntada que nos ata,
eternos en ese nudo precario
de la costura del alma, tan remendada
como un muerto galopando al paso de su
postrer caballo.

LOS CAUDALES DE TUS PALOMAS

Con esta fuga han marcado tu escalera:
el sector benigno de una escapatoria, un dintel
abrumado por el testuz, una baratija de tu sayo,
un alto filón para tu almacigo, y media agua para
ese paso que te aleja del olvido, hondo, arisco
en el horror que nos suple cuando llega la
creciente tormenta. Aquí yace la sangre que no cupió
en la limosna del rocío, allá la frente del pavimento
hurgado hasta la roca viva, el parpadeo de tus ojos
en que está proscrito hasta la sonrisa de mimbre;
en fin, la rata amarga de los frutos encerrados
para siempre en su rápida carne. En un desván,
al término de la casa, el hombre yace encerrado en
una cuchara, saliendo por el plato vacío
que nos identifica. Abrenos tus hojas
tus serviciales columnas, diríamos tus caudales
flamígeros, tus palomas de azafrán, tus
honorables querubines de las antorchas,
dinos en qué laberinto tomaremos nuestro barco
en qué bocacalle encallará el tren,
el tren que pitea con tu voz,
con tu voz, con tu voz
con un grito
casi
humano.

LOS SALARES DEL TRIGO

Hacedor de las manos
de barro, fabrica tierra, cadáveres
líquidos, tesoros parciales, platerías
de tus senos, horarios de tus muslos,
concavidades de tu vientre, olas
de tus mieles, bocas de tus ayes,
dientes de tus hambres, amor
que nadie produce uno tras otro.

Amor que escapa por un hueso
y sale perseguido, digerido de hombres
niño y azucena, con un duro perfume
y acicate, sólo este montículo de tu llanto,
sólo cicatrices, y una herida por este lado
y una mano descuajada de caricia, zapato
de los lindes numerosos, herrera de tus
embriagues, zancudo de tu arpa y sosiego.

Amor de tus mitades,
el asilo de tu majestad
en el despilfarro del rayo
la vasija de tus brazos
enredado bosque de plata
y cuando su mielería sonare
como iglesia, se inflare como velero
¿qué bicicleta montaría su altar entre
tus pechos, como encumbrarían sus
peces, mis deseos de tu armadura,
costilla de los salares del trigo,
de los azucarados fierros
en la prontitud de tu alma copiada
a toda máquina y a todo vapor
como una estatua?

LOS ULTIMOS ROSTROS DEL SILENCIO

Los huesos de turno
nos conceden un atajo
y en ese bastión, la armonía
de tu saldo es peyorativa y crucial
pues en todo envase modificarás la aurora
de la primavera, el rigor sin escarnio
de tus jugos, el alto voltaje de la
incertidumbre, el fruto que nos emana
de la tierra y tiene sello, espesura
maligna, tambor secreto, altibajos
en el trasluz, cuerda en su horario.

Ya habrás enumerado tus compuertas
el alto filtro que grazna en la memoria
de los utensilios cenicientos: una palabra
en medio de la desdicha de las hojas
la profundidad de un ala ordenando
el silencio.

Y el azar de vernos los rostros postreros
los edificantes atrios, los compactos bríos
que nos dio la vida, antaño, en otro suelo
en ajena piel rebelde aislada de los encuentros,
severa al distribuir sus musgos
incueta de latido. Tener una mirada y levantarla
casi a la altura de los ojos y cerrarla sólo
para pasar de un olvido a otro
hasta completar su ajetreo y finiquito.

CORRERIAS, OPALANDA, PERFUME DE LOS HUMOS

Del mayor de los olvidos, uno es el pasajero:
el firme de cuero, el latente de lámpara
el de muestrario recio, el que a bordo
de la noche, suma y sigue, a veces una boca
un trapo, una tela marítima, un corcho
celular, una sangría entre las dunas,
un colosal desvarío, algunas botellas
amada, porque tú eres hecha de cristales
boticaria de las rosas, zapatera
de la velocidad multiplicada
en un cine, en una urna sola entre
los 2 y en medio de las multitudes.
Toco tus arcos triunfales, las
cuererías, opalandas, perfumes
de los humos, chocolaterías de la
sangre, y tú, en esos envases
en la periferia de la piel, marcada
exclusiva, distinta, durable
garantida como sudores de los
fierros, dolores de las aguas
donde escanciar nuestra
última gota:
el día.

HEMOS GLORIFICADO LA NOCHE

Hemos glorificado la noche
y con su cuchara olvidamos
el sabor de una luz devoradora
casi como la miel de los cerrojos
igual que la sal de los laberintos.

Perdidos enmarañados, llevando
el compás, la gravedad del universo
depositada en nuestro jadeo
cuando nos sembramos y volamos
hasta caer en nuestra propia semilla.

Arder hasta el exterminio, sentirte
numerada en tu vidrio y en el alma
con el bestial retorno
de las mandíbulas, la piedad de un dios
que escribe en el agua de nuestra sangre
y nos alza, blandidos hasta sacudir
el horror de oponer resistencia a los
días, ingresar a los alimentos,
movernos, rendir utilidades
paliar la angustia, quebrar un tizne
soplar y croar en nuestros almácigos
y buscarnos, palparnos hasta en el
mínimo arroz, sentarnos y degollarnos
en las gigantescas arterias, ser el
humo que transvasija los residuos
del alba, astillas del fuego
cruento aviso anunciando el despojo
de la única llave de la infancia
depositada a porcentaje, rindiendo
sus preclaros intereses, civilizada
en la horrible pared que no tiene uso.

¿COMO SENTIR TU HONOR VERDADERO?

¿Cómo hacer para que el agua te contenga y en su fondo, se despliegue una edad, un remoto día bien endilgado, no quebrado por nuestras sombras? ¿Cómo para sacar de tus abismos, simplemente, otro rostro y recoger un eco cuando hasta la muerte llegas y regresas transparente y caes en ese reglamento que nos hace reproducir tu marca insondable, a la deriva?

¿Cómo para refugiarnos en una brizna humana, recordar los primeros pasos de un niño que golpean ahora la calzada del infinito, el traqueteo del corazón que hace zapatos, alfombras chirreantes y diáfanas, como para saber que tú estás en este lado del muro de ti, cómo establecer ese lenguaje de las prisiones con qué estrella salpicarte los ojos y salirnos del cuerpo, de toda horma y desvarío, como sentir tu honor verdadero, tu pieza principal, tu refugio de almíbar, tus tentáculos arrendados, tu sabiduría para calzar el cuero, el papel, los dardos, las cicatrices de la ira y su escalera sin fin que nos persigue para llevarnos al infierno, y cocer sus hielos, abrumarnos de monedas comprar, vender fulgores, cavidades ditirambos y nada más que un niño crujiendo en el numeroso parpadeo de una máquina.

ALTA LAGRIMERIA DEL DINERO

Una sola moneda vive en el fondo
de tus poros, en la ranura del mundo
blandida y tintineante en su reguero
de invierno polvoriento, respiración
metálica y en la bronca espesura de tu
cabello anidado, aullando, cuesta arriba.

Trepa el alma en su esplendor
sin sosiego, el porcentaje de las estrías,
el freno de tu gozne, y el debe habitual
y el habiendo disminuido, casi como una desnuda
alcancía, abierta por las estrellas.

Ven prolijamente florecida en la dureza
del dinero, fabricada en fugitivo
estropicio, consultada en su alta
lagrimería, y tantos y cuantos dientes
y musgosos vaivenes te dan el vigor
la temperatura del amor
apernada en su demanda y en su oferta
especulando vital y cachivache.

Abrirás tus heridas para oírte
morir mucho más comprada que vendida

ENJAMBRE TRITURADO EN SU SIMPLE SONIDO

El más ralo de los motores
nos ahuyenta de la tierra
fuerza tiene ahora
el pie del sosiego, alas
la irrupida carga de tu
sueño, caravanas de las
palomas idénticas tal
como tus manos, fondeadas
de pronto, erguidas,
dirigiendo el cielo,
mezclando las estrellas
humanas, enturbiando el
diapasón de nuestras
vidas, ora lámpara que
nos consume y en su licencia
sesga todo exterminio
y voluntad para ser luz,
enjambre triturado en
su simple sonido, férula
tangente, alta y sonora
cuando volamos, y caemos
en la última cúspide
de la lluvia, prestados
en el aire, arrinconados
por la muerte y en vilo
de la más tierna ausencia.

TU LA NUMEROSA DE AVENIDA

Tú la numerosa de avenida
y circunstancial de abalorio
de bandera oscilante y zapato
trunco, escalonada en la breve
marea cotidiana.

Tú la frondosa de árbol
y seca de temporal, frugal
de séquito y maquinaria
en ascenso, túbula, cesno
escampavía de las ojeras, belfos
útiles y ganarás el sudor
con el pan de tu frente
con la levadura del alba.

Manantiales del cuero de las
lisonjas, lavanderías de las
curvas mortales, cómo arden
tus materiales de primera
sea carbón, brea y lapizlázuli
plataforma de los ascensos y descensos
usada como goma, refrán, utensilio
de la mesa diurna y del hambre
de la noche.

Después te recogerá el tiempo
inflada en tu aposento mientras
el carpintero de tu llave,
el pescador de tus dominios
te desclava una detrás de otra
y ninguna eres con sangre laboriosa!

EL LARGO UNIFORME DE LA CENIZA

¿Cuál es el mejor enjambre de tu aposento
el largo uniforme de la ceniza, la báscula
para tus labios sin término, sellados
principal de sosiego, ancla de los sufrimientos
cuando chocamos nuestros metales, la copa
amainada de tu rostro, la cerviz del
alma que rasga los productos de tu arraigo,
el soterrado esguince de una campana brusca
y bronca, efímera y carnal en el aposento
de todos los carruajes.

Bosque tétrico de las alianzas, al mejor pez
su cardumen de riachuelos, himnos son tus
escamas, astutos trinos sus gorjeos
como tranquilos ojos incesantes.

Humo febril entre las columnas varias
diurna en tu docena completa, atada hasta
el final, escombros de los deseos.

Mírame con los cristales alucinantes de
una puñalada, como una rueda que empujara los
días y nuestros uniformes y a nosotros nos
redujera, sueltos en nuestros abismos soli-
tarios en la imposible empresa de tu calle,
de tu árbol de fierro, en tu insistencia
ahogada en las botellas, en la sólida sed
de tu paisaje: ladrillo, musgo, tristeza
y tu mano recogiendo una paloma y llena
eres de gracia.

LUMBRE DE LOS RECIOS OTOÑOS

Lumbre de los recios otoños
donde vas sirviendo de dedal, hilo
del mar, aguja que a borbotones urde el numeroso
estacionamiento de la vida, postrimerías gloriosas
de la escarcha. Apenas tu sangre alcanza
para una limosna del cielo, una sonrisa
levantada hasta su más alta cumbre
y sin embargo efímera
como un vuelo en esa misma boca
en ese nido donde al noche pace
en la selva humana.

Buzo de los tejidos,
jardinera de las escaleras
cartero de los rocíos parciales
de tu rostro,
papelera de tu paso,
farolera de la llama.

Sólo tu mano,
sólo tu mano cambia de oficio
y nos mira hasta torcer
nuestro barro y si algún número
quedara
de fierro serán esos mordiscos,
de cemento los temblores
de madera tragal tus últimos sollozos
pescadora de las lisonjas marinas
intérprete de los grillos y candelera
de este fuego que es tu fugitivo rostro.

AUTORRETRATO N.º 1

Hoy no estoy
escapé de la hora mundial
y no tengo piel
me desalojé
y soy lo que voy nombrando
y voy en lo que va volando
y creo en lo que sigo mintiendo.

Muro del aire y de las edades
no me detengas!
En un puñado llevó la sorpresa
de los huesos, el azar, la posibilidad
el cálculo, la suma, la puerta de una vida,
el riesgo, la sangre que más tarde
me edificará, de paso en el trigo.
Pero sigo transparente
y caigo en mi nombre
crucificado y estacionario
como una carta en el ojo de la amada.

Soy el incongruente,
el que no calza en su espejo
el que se evade de su racimo
y desde afuera lo ataca
y desde adentro lo niega.

¡Vámonos, Alfonso —me digo—,
en la mudanza sin término
con los bártulos del cielo

hasta la muerte secreta
donde mi mujer también está naciendo
y por fin
me acomodo, tomo sus pulsaciones,
incorporado al arco de sus senos
armado en la torre de esos muslos
levantado en la honda de su entrega
y cuando por fin la completo
sé que existo,
y ya no soy sino lo que ella ordena:
una mano que escribe
y otra que va borrando.

SOMBRA, TOBOGAN DEL CIELO

¿Cuánto rinde tu sombra, tobogán
del cielo, arrecife de mi embarcadero
cuánto tu estribillo al trasluz
y tu mirada y ligereza
para perseguirme hasta la muerte
y navegar en nuestros únicos ojos?

En ti vamos divididos hacia
los mudables zapatos, erguidos
en tu beso manzanero, y en tu fruto
rielan los rieles y el cascajo de toda
caldera alimenticia de las venas.

¿Cuánto de tu sangre ilumina el
destierro de una pala, los escombros
de una trampa, el perfume de un día
que nos dividió tantas veces
como las arenas del desierto y sin
embargo, adoro el saldo, quiero tu
final, el residuo de tu alma, la
corteza de una lágrima por donde miro
la libertad y la raíz de nuestros hijos.

UNA PALOMA INVENTA LA BLANCURA

Fuimos simples con los materiales
del amor, nadie perturbare la armonía
esas tardanzas de tus remansos, la paz
de una paloma que inventa la blancura
y suelta sus nieves y arrozales hasta
tocar el primer beso. Agua sin término
que te aclamase en los tempranos designios
abrazados para sostener
la vida y su disposición nocturnal.

Mas, humo es ahora el espejo que
te traía de regreso, vano el doloroso
sentido de una silla, un lápiz
perdido en la maraña de la guerra.

Quemóse la dicha, negra tenga la
luz su destino, arrancare un muerto
el abrazo de la raíz, y el mismo
latido sucumbiendo en esta pasión
de irse armando a pedazos, pieza
monárquica, tan crispada
pues tanto nos han ultimado, tanto
fuego aró nuestras tumbas, tantas
muertes picotearon la soledad gimiente
de las cruces que, amor, para llamarte
con esas ruedas, con esos números
faltaría a mi residuo
porque en la sencillez de los tormentos
tú apareces económica, servicial
fructífera
práctica
y persistente.

TANTO CANDADO ME VIENE DE TU BOCA

Tanto candado me viene de tu boca
tantos pórticos, frenajes
insostenibles, y hasta en tu piel
resbala un tren, el horario del sur,
la ligazón de una nube, el pasmo
de un tornillo, el férreo jardín
del hierro, la más tardía reciedumbre
de tu metal, y quimera, de tu
bailable ojal donde hay una mirada.

Nadie impulsa tus despojos
tu dique mayor, el aspa que da
espuma, un tornasolado tenedor, como tus
dedos, un arpegio digno como tus pechos
de tan satánico albedrío, un ladrido
atado a tu pie, y tú aún, colgando
de esos anzuelos, carnada boreal, lustre
que apaga las sales, piano que encandila
la mano, el subterráneo y subterfugio,
el pedrusco de las palabras que no
tienes, el perezoso río de tus quiijadas
y catedrales, la oral memoria
de tu cuerpo, de tu real tormento
distante, amada, de todo lo humano
y trocada por barniz, un péndulo
una llave, una patente, una sonrisa,
algún día.

¿QUIEN RECUERDA LA CANTIDAD DE TU FUEGO?

¿Quién recuerda la cantidad
de tu fuego, el metro de tu agua
descubriéndote arreciada, montaña
eres, horma solariega, hormiga
interminable de una profundidad
que comienza en tu boca y termina
en la palabra, amor, una noche.

Metros dolidos que franquearon
tu puerta, que indujeron tu aldaba
hasta soplarte en el infinito
hasta volcarte en una sola piedra
en una tuerca trémula, y tronante
que levanta el muro de los días
y tú envejeces a lo largo y ancho
del universo, midiendo la escasez
del cielo, el desvarío del invierno
el cuerpo que te desplaza
desarmándose la sangre hasta hacer
de tus huesos harina, sal soluble
y quedar detenida en una casa
donde se refugia el hombre
dentro de ti.

OH AMOR DE LAS CLARIDADES

Oh amor de las claridades,
mueble del bienestar, armadura de los
aposentos, escalera, copa y muro
rosa impar, apresto, torniquete, tierna
como una palanca, trinche, garrafa insomne
piélago, sótano de los canastos y las
herrumbres, tea, tenedor simple, cuchara
bendita, orilla descuajada, aserrín de los
temporales, tela más durable que el
paso de los siglos, fulgor, ladrillo
espejo repetido hasta el último
rostro. Eres silenciosa como una hilera de
ataúdes antes de empezar la procesión, tiza
del llanto, barniz de los insomnios, uñas
de las catedrales, botones son ojos, agujas
lluvias ocasionales como de clavo,
yaces tranquila como un doble candado
desconfiada como un recibo, delantal
suelto de un buzón, te pareces
a una alicate sangriento, a una montaña
de tarros de conserva, revestida de copias
movida a 5 cuerdas y 6 motores.

Oro en barra son tus pezones
miel de los rieles, trenes son
tus muslos brillantes, y anudantes
como quintales de cera, curvos como un cine,
ahitos como tienda en liquidación por cambio
de giro. Tu boca: lima, lezna, zapato
de las hundidas sentinas, ánfora de los
sacudidos socorros de plata, alfileres
que clavan la noche en su sitio.

Te reconozco harina, cobre, material
que late en una cadena sin fin
porque tú también no tienes comienzo
torniquete, azafrán, sal de las veladas
moneda cuya ranura no comienza, vidrio de los disturbios
media inflada de los acontecimientos
nocturnos, liga de los tormentos, gramo
de las angustias, volumen de la agonía
a 10 dedos te quiero quilla abrupta, elástico
que no cesa, voluble tornasol, betún
de las estrellas, rouge que desbroza
tus bocas corridas como los frutos colgando
en la nada, en un cajón, ave, lino de los
parques, abierta mampara, perro de lata
te amo, te amo 34569132 y si tu 3456778152
oh maravillosa entre las
docenas y su temblor general
como el rocío, el desvarío de los destellos
y tu 123493452718 al otro extremo
de las máquinas, tu única 34518271!

LIGERA HOSTIA DE LOS ATARDECERES

Tanto de ti pan y brea, ligera hostia
de los atardeceres, el que toma los
días y los da vuelta con su propia
sangre, el torbellino del cielo, la
balanza de los mares y esa esquina;
el refugio del paraíso, la manivela
del agua, la entrada de los cuchillos
y una sonrisa, al fondo.

Aguila de las poleas, se ve
el cilindro, la puntualidad, el
más líquido esqueleto, el juego de
la mano anudada en su precipicio, la
labor del fuego urdiendo este gesto,
aquella espera, la desesperanza, el
trabajo de envejecer las nubes
y el hombre, sólo un pasajero.

Calvario del automóvil, de la
locomotora materna
y de las máquinas hermanables en su gesto
mendigo del alma de palo, de palo y miel.
El mundo no reconoce ninguna raíz, cala
su musgo, el número del bisturí, o el costo
de una tarde de domingo: sólo alambres,
cuarzo, émbolos que entran y salen
por los siglos, desfiles telefónicos
relojes triturados que le dan
cuerda al ciudadano
en cumplimiento de la ley.

TEN PIEDAD DE ESTOS CRISTALES MIOS

Ten piedad de estos cristales míos
ten piedad de este diente mineral
que todavía cuelga en el crepúsculo,
ten piedad de esta pasión que aún transforma
tu lata en auto, tu durazno en galope
el tambor en látigo, en ira, a contragolpe.

Amor, ten piedad de este sollozo y su anzuelo.
Me enamoré de tu verdura y tus llaves
y por tu marca atisbé, debajo, el alma
de los zapatos, la horca de los cordones
el gemido de la harina
el bramido del pan.

Ten piedad por esta alcancía que traba
los muslos, por ese abismo que aglomera las
utilidades y donde tú y yo caminamos como puentes.

Te perseguiré sin descanso
disfrazado como bosque y herramienta
con mis hijos colgando como horas
buscándote oh receptáculo
oh mar mío sin ceniza, oh altar
de los martirios, flechas son tus besos,
flechas son tus besos, número son tus besos!

LA COPA DE LA ENCRUCIJADA

Tirano del almizcle, se fabrica de ti
el horror, el terror de un cuerpo
el trasluz de los muros que dan
al hombre
espesor
altura
utilidades.
Diamantes son tus tragaluces
el cuentagotas del humor, el vidrio mordido
de una vida que tuvo
dolor
miedo,
osadía.

En el hundido altazor del frenesí
sentimos un campanazo ilustre, las fibras
desbordantes que recorrieron tu bolsillo
y rendimiento y después la cadena
de los hijos hasta el fin del tiempo.

Hoy busco el dividendo de mi asalto
muscular como decir los ojos de una herida
la ganancia de los ríos, la senectud
de los puentes: oro que no da fuego
gramo que castiga su intemperie,
su peso fatal.

Ven con nosotros caracol, caravana
de las mieles cuando la dulzura frecuenta
las rayas del horizonte, la fuente
de los linos, el arpa mayor de los altares
y tú sigues confinada como una dirección
como una hoja
cayendo
sin que nadie lo sienta
ni nadie sufra por ella.

QUITAME EL ESPEJO DE LA PIEL

Los inviernos de tu raíz
son los soles de mi lluvia
y el remo de tu cuerpo
quérame, exterminado.

Por esta cruz
expiramos y un clavo ardiendo
nos transparenta las manos
y la porfía de tu boca
hace el primer día.

Cuáles son los productos
de tu piedra, el esqueleto
del pie armado en la casa
humana, en la llave animal.

Quítame el espejo
de la piel como la nieve
el apuro de toda ceniza
archívame en la copia
de tu copia, en el número
de tu hallazgo, en la sílaba
final del silencio.

SEÑOR DEL AGUA Y LA JUSTICIA

Atraviesa la calzada el individuo de sucesivas
frentes
de hoscas pestañas, cerúleas
arrugas
golpeándose los vericuetos del
rostro
sus numerosos rifles a la espalda
en el pan cotidiano, en su copa personal
y en todas sus unidades y en el múltiplo
de su bote trunco y en el remo aciago
de su arroyo gigante y en su cauce ajeno
y en los gastados pantalones de la vida
y en la llave que abre y cierra
el alma, y en la gruesa llama atascada
en la puerta de los ojos del universo.

Hay un ser con un cuarto de ventana,
y una tajada de flor nacida en el cemento
con un sólo mínimo brazo colgando en el muro
y medio hijo llorando
y una ceniza, padre del hombre.

Existe una sola mujer de 100 tormentas
unos huesos tramitados en el trinche
de la dicha como huellas a la deriva
y varios millones de cuerpos hervidos
y una herida por donde cruje el mar
y expira la especie a medianoche
una sola vez y para siempre.

Ella está aquí con sus vaivenes prematuros
y toda su pasmosa vitrola circular
son flechas lanzadas
en el intervalo que dura el éxtasis
puñaladas que la van acercando
a puerto seguro, volcanes a quemarropa
alegrías movibles con la durabilidad
del mármol por donde sube la sangre
con señales de humo
y besa.

20 gramos de su hijo sujetan el mundo
los pilares de la civilización
a lo largo del cielo, y una porción de estrellas
condimenta su locura mientras ella se licúa
sin pausa y sin prisa quitándose un sostén.

Eva de la media agua y de la media tinta
perpendicular como las torres, vertical
como los montes, llevando los cadáveres
como volantines al solo mar
el cadáver divisionario de tormenta.

Le falta volumen, barniz en el cabello
pintura en la mandíbula
y tambores para anunciar la prueba mortal
cuando desnudo, el hombre de piedra
se tira al abismo
y cae entre los brazos sollozantes
de la mujer de barro.

Y tú átomo de las cenizas
exterminada en completa extensión
como el tiempo que contiene un día,
múltiplo de todas las cosas
y señor del agua y la justicia!

LA HERRAMIENTA DEL PAN

Todo pie crece en tu verde planta, cada versión
del castigo de tus besos, cada turno en tu frente
como los iguales abrazos de un émbolo, fierro
entre las cejas, un toro en los zapatos y una
abeja dentro del habla tasada como el invierno
de lana, nieve de los pocos.

Arbol de las tuercas, oración visceral
sean teas tus venas y tu hijo
caramelo del fuego, madera de demolición,
antena de azúcar, ceniza del lunes
humo, reloj y sombrero. Dame tus
infinitas contraseñas, el delirio
de un ave desmenuzada, el grillo
de los ataúdes, la herramienta
del pan, el fervor del vino
y la montaña escarpada de la sal,
la sed natural del llanto,
las tijeras de tus ojeras
las curvaturas de tu piano menor
el dolor de un perro
sin habla
la agobiadora vereda
de una rebanada de luz.

Oh si camináramos con nuestras propias ruedas
si las iglesias se vaciaran
oh como otros productos nutricios
parecidos a nuestra alma!

EL ARTIFICIO DE LAS PUERTAS

Cualquier cascajo de tu gleba,
el infortunio de un fémur usado
como vidrio, el impersonal solsticio
que succione el cemento, la voluntad
de una galaxia colgando en la mandíbula,
el artificio de las puertas, el torrente
de los candados, el temporal de los punteros:
ese es nuestro derrotero.

Hoy de ti obtenemos las tajadas del mar,
un besamanos, la curva de humo de una bomba,
los plisados de un pecho llamando a la
guerra, el tarro vacío de la cesantía,
el techo de hormiga de la muerte,
el zócalo de oro de la vida.

Mutables peces corroídos por el agua
el vientre de los papeles
los músculos de los adoquines
el furor, la ternura de una polea
que nos arrima hasta gastarnos
y en su piedra inventamos la felicidad
el beso de la madera con la miel,
la tortura de una nube de aluminio.

Ojos de la sepultura, resortes
acicalados en cualquier entrepiso,
en la montaña de las escaleras,
en el sobregiro de las angustias

tú deshollinador de los diamantes,
dedos de las luces, sacos de los truenos,
harapo de las esperas, parches de los sudores
no nos arranques estas máscaras de hueso
porque en el basural de las estrellas
alguna mosca nos inventa, filuda, eléctrica
y desde un trapecio
se lanza a buscar otra hormiga
en el doble salto mortal
en el amor, en el amor, dios mío!

CANTO 10

FOLIA COTIDIANA

LA MARCA TEMPORAL DE LAS EDADES

Célula viva, ordenamos armar la casa,
poner en fila la butaca, la marca temporal
de las edades, urdir el ardor, mojar la
tapia vecina, condenar las moléculas, alzar
la copa del átomo armar la boca
ordenar la rapidez de las horas
calafatear la saliva de toda la noche
en la raíz de una hora anhelante.

Buscarás la celosía, la mano contraria
para el amor, el fémur tangible del equilibrio
perpetuo del cielo, la sotana arrebujada de
las rosas, los labios del edificio humano
la carrera del trigo repitiéndose con el pavor
y la alegría de los hijos, el sopro del sexo
que nos eleva hasta el infierno, la ternura
de la última ceniza arracimada en el corazón
mientras tenemos voz, vestiduras, estambres
una memoria para el mar y otra para el
olvido, la salud a contrapelo, la campana
arraigada en los sótanos del ser —vecino—
y movemos la mujer como si fuera
una catedral,
haciéndola sonar con las riquezas de la tierra
gimiendo con cada uno de sus terrones.

Amor, tuyo es este nudo que va
de célula en célula
interrogándonos
el puente que nos hace
vegetales y animales
cuando estalla nuestro bosque

en esplendor
y tenemos cicatriz, estigma
y pedimos socorro, primeros auxilios: hombre
que resucita y camina muerto entre sus propios andamios,
mujer que sale al encuentro de sus destrozos
y así acicalados dan faena a los naufragios,
acoplan sus atrocidades, sus densidades florales
y carnales
como las piedras.

Por esta sola mitad de ti, amor
hemos sido ungidos en todos los maderos
y te vas anticipando a la muerte
siguiente, doblando el aire,
filtrándote en la luz
abriendo el árbol caído de bruces en el alma,
con dolor de estar de pie, tener espejo
y crepitar en su hondanada, y ser humilde
al pie de las heridas, bordear los alimentos,
el dinero, salir de paseo, quebrarse
tener vacíos, morder el anzuelo, ser el anzuelo
capear temporales, apurar la altura de los
nudos, redondear las cenizas, calibrar el
almíbar, amor y tener en la piel
de esta hora que nos desnuda por completo,
ríos halagados
en esa pulcra melancolía del paisaje donde tú eres
la nube que sostiene la luz, la multitud
de la familia que copia con los ojos
hasta la primera raíz de la sangre
incorporándose a tu llamado
y al completo galope del silencio.

LLUVIA PERPETUA QUE TERMINA EN NUESTRAS MANOS

Núcleo, tú debes iniciar el avance,
calzar la lengua,
instalar el dique y su avispero,
transar, besar, emigrar
darle forma al frontispicio,
tomar volumen, buscar la víctima
propicia, acercar
tu sortilegio y vestidura
y luego el techo y la mediagua
tu misal, el pez de oro que estruja
las entrañas y sobrevive
el pez que le habla al oído a la muerte
soltando tu testuz, la única sombra de
la piel de los hijos venideros:
grumo suelto que busca
su origen y despeja la incógnita
y ya tiene farol, un diente, molicie
un programa de gobierno y se perderá
y arderá hasta el fondo de las raíces
inventando su cuchara, su cuaderno, una cadena,
el sol, personal, sal, hambre
por instalar una columna dentro del
edificio humano y sonreirá con color,
altura, densidad en el acopio de profundidad,
rebeldía, tomará su bandera y todavía será
un punto infinito que recién comienza
virutilla del escombros
que cortará la oscuridad y sin embargo
aún no tiene forma, letrado, apremio
casillero, cartapacio, posibilidad
de usar una locomotora,
bálsamo, la marca desnuda en las

pedras. Pero a ti volvemos núcleo
de todos los núcleos, el más prisionero
por liberado, sol que cabalga por dentro
vórtice y aldaba, vidrio insular, el sopor
de la muerte cuando con otros pájaros
huimos y nada nos detuvo sino
la carnadura que le dio el oficio,
vejez, unos ojos y el deseo de caminar,
arrancarse los clavos, quemar la cruz
aletear y ser feliz al internarse en la
lluvia perpetua que termina en nuestras
manos.

LES HABLA EL TUTOR DE SU SOMBRA

Les habla el tutor de su sombra pared por medio,
el que usa ancla, sangre para sujetar el muro
una ampolleta para ampliar su cárcel. Moscas,
el atril de todas las columnas
que alimenta la civilización para que el hombre
camine, tenga pulso, anfiteatro, colofón y mendigue
una soldada, su piélagos, su escalofrío
y todavía añore un recuerdo lúcido, una vana cantidad
de gramos por delante, preso en los zapatos,
volando con 20 uñas, ejercitándose en el uso del fusil
en los huesos y en el horrible presupuesto nocturno:
en la breve pócima que lo anuda a las estrellas
antes que quedar fondeado en su bolsillo, heraldo
de su camisa con un solo cuello ahorcado fértil
codueño de su vaso, arcipreste del vino.

Pensar que tiene brocha, un tarro, ataúd ligero,
soñar que es oblicuo, lisiado, inmaterial
recadero de su antifaz, que arma su mano
inventa los nidos, el cabo de la sangre
con la aguja que ata su cáñamo, el azufre de su ángel
el que se licúa en la silla, el que se desintegra
en medio de la tormenta y tiene ligamentos, nudos
ideas metafísicas sobre el camino, un dédalo,
olvidos que le son fieles hasta la muerte,
sin perdonar la sal de su copia,
el cardumen para su lengua
y todavía como un náufrago puede entornar la
antorcha, desalojar la llama, inventar la mujer
trocarla por humo y vidrio incompleto con dientes
sostenidos en el columpio de la nieve. Y penetrar con
ella en el vacío, dar bote, ser arponero

de su embate, cambiar las ráidas luces de sus
noches, desnudarla en medio del llanto, clavarla en el
cielo, sofocarla con todos los soles soldados a sus
manos. Entonces abre una puerta, una música, tiene
miedo, planes, corta la sangre, sopla la ceniza, la besa
diluyéndose a ambos extremos de sus senos
reptantes, inventando flores, paraninfos, piedras
que de su boca salen cayendo,
y entonces la comparamos con el infierno
y los nebulosos pájaros del estío, dándole
dirección, rueda, velocidad para el apremio
la hacemos palpitar junto con el relámpago
mientras tocamos, asediamos el trigo, su mampara
su media cortapisa, el anzuelo solariego erguido
en el bienestar, en esta costumbre de los apremios fugaces
en ese desperdicio del alma por donde entramos
para no salir ya nunca sino rodeados de hijos aullantes
y marcar esos hijos con nuestros ojos, seguir viviendo
dentro de los pequeños latidos de sus pasos,
levantar la casa, subir el fuego, borrar la ira,
inventar la lluvia: un bote trunco con musgo
en el reloj, en las estaciones, en la almohada,
respirar profundo, tomar un tren,
silbar, ir en busca de harina, contar la plata
enumerar las mujeres entre las cuales nos edificamos,
adorarlas al trasluz de la muerte, cambiar sus resortes,
vaciar las máquinas, ser serviciales, prácticos, clavar
un cuadro, hundir un cuchillo, estar al lado perenne de la
libertad, borrar una proclama, buscar el equilibrio
y el caos, ser el caos con sombrero y freno
hacer antesala, ser juez y parte, marcar tarjeta,
inflar las venas del navío que nos acompaña
y además tener tenedor, doble cuchara, trinche,
un espejo trunco que nos devuelve la imagen, fugándose
una gata que incorpora su ratón, un león que ruge
despedazando el resto de la tarde, inflexiones,
la dulzura de la danza en el chasquido de la fuga,
la herrumbre del movimiento, el tizne de la petrificación,
el nido solemne de la garganta. Subir hasta la muerte,
ponerle oído a las olas, saber que es el mar quien
nos interpreta y con sus gritos llegar a las remotas
regiones de la pureza, y en la soledad articular el
desprecio, el volumen de la incertidumbre, sacarse
por fin los zapatos, los recuerdos, el papel del día
archivar los seres queridos, mascarlos

con un porcentaje, cambiar pan por charqui
darle varias vueltas a la victrola
y a la cola de la orfandad,
verificar otros signos, gustos, techos, entradas
escudriñar la libertad en la triste sopa, rimar
los ríos, zarandear a los vecinos de tajo, callarles
su teléfono, comerles su pasto, beberles su jardín humano
que nos muestra los dientes pelados de la porfía, el eslabón
que nos pone en fila para bien morir y ser felices
en este árbol, en ese perro, en todo tranvía.

Nombrar el árbol y ser el árbol, afirmar la costumbre
de recibir el apremio de los muertos poniéndose a
iluminar los frutos vivientes y levantarlos
hasta la última semilla y así pasar transmutado o alquilado
y no tener perfiles ni condimentos, entrar en todas las cosas
y no permanecer sino en el recuerdo del olvido, en la esperanza
y desesperanza y en otros quiméricos juegos de palabras.

Montar en bicicleta, perder un hijo, escarbar otro
entre las galaxias, inventarlo a gritos en cualquier
calle, llevarle material para sus dientes,
proporcionarle sal, aceite,
ruedas, alas, pupitre, darlo a conocer al mundo
incorporarlo a los beneficios de las blasfemias, ponerle
mesa, cama, bolsón, trompo y deslumbrarlo con los
hongos atómicos en boga.

Estar en el trigo y en la procesión, amor, sacar más
provecho de tus furores, arrendar todavía una letra
de nuestro reducido abecedario privado y familiar
llevarte y traerte en un torbellino, un motor, en todos
los materiales que se han inventado para quererte
puertas afuera
para humillarte en el gramo de cada uno de los alimentos
pues a naranjazos caminamos, pues a manzanazos tomo tu
brazo, y tu boca para irme a morir contigo
desmenuzándote, otra vez, como si fueras el mar
que recoges con tu sonrisa y alejas con tu llanto.

CANTO 11

UNA DEGOLLACION DE INOCENTES

DEGOLLACION PRIMERA

EL NIÑO

Hallábame instalado en la pulcritud
materna, mirando el mundo desde la colina
de la sangre, dormido todavía en esa palpitación
etérea de la idea del hijo, del nudo filial
asociado como el grito a la boca
como la rapidez del agua a la rigidez del pez
o el sonido al movimiento, el número a la casa,
el disparo al muerto, el ave al ala, el ala al ave
urdido en todos los enjambres terrestres y celestiales
en la tibia capital diamantina donde los senos
dan a la luz redondez, arrobamiento despliegue y ámbito
carrera, velamen, desenfreno y martirio
tal como los intersticios donde el sol trepida
con sus coágulos invernales, medalla fueguina.

Hacia abajo los correntosos pies de mi madre,
los ríos de siempre, las raíces de los siglos
ora de llama, ora de piedra, movibles
como el trigo y silenciosos como la distancia
que cae en los ojos y adentro se expande
crea el cansancio, el infinito.

Madre de la vasta cintura, de la cítara sátara
como un sembrado que recoge la desesperación del viento
y tuerce sus árboles, arremolina sus pájaros
despliega sus dolores, la danza del fulgor del trueno
el puño pegado a la semilla, el hijo que interpreta

la tierra y sube victorioso con el polvo de los muertos y en su nuevo circuito sólo apura los frutos, los días, la corriente natural de las palabras, el caudal correntoso del silencio.

Te sorprendí en mis ojos, juntos nadamos en los mismos laberintos, en los tiernos vaivenes de la ternura cuando los seres es transvasijan y quedan consumidos para siempre por el amor.

Oí el borboteo del galope:
belfos de cuajo, palillos interminables,
vi el enemigo, el divisionario y su magra espada.
Recógime en el claustro de tu sangre, fui niño por nacer;
deseo fui, latido fui mientras tú me llevabas en vilo
como un muerto la vida columna perpetua.

Huimos a raudales, hasta que la espada
puso fin a nuestro común estacionamiento
dejando a un lado tu edad de mis días
quedando desamparados a campo traviesa
ya dislocados, otra vez adultos y solitarios
cada uno con su propia muerte
enemigos atroces
en este nuevo nudo
que terminaba en tus pies
y seguía en mi carrera.

DEGOLLACION SEGUNDA

MASACRE OTOÑAL

Una mariposa riela,
brama el árbol, tremolante, estalla el rocío
las pestañas infructuosas del césped, la sombra completa
de los toros idílicos, los cuernos tornasolados, redondos,
el trapecio de los pájaros, su racimo delirante, el fragor del río
bien de fuego, bien de hielo, cuando
el vapor eleva sus catedrales de plata: espejos simultáneos
y la cerrada campana de palo,
llamando al ayuntamiento y todo el valle
se acopla con precisión alrededor de la hermosura
y el decoro bronceo de los sauces y el equilibrio
de una paloma escurridiza en su nieve perfecta.

En estas circunstancias irrumpen los soldados
con su florido tricornio y espada de agua
zoquete plúmbeo, ligeros de estulticia
parcos de agarradero, rotundos de entendedera,
francos de ligereza, apenas con los ojos
caminando por una hilera de miradas asustadizas
en el frontón principal del miedo.
Mas las madres aferrábanse a sus hijos
discípulas de víboras marmóreas, entrelazadas
protegiendo la entraña menor, al querubín estampado
tantas veces en su rostro, flotando.
La soldadesca orientaba el
rumbo del ganado, las nubecillas breves
del espanto, un rostro incrustándose en el
otro, todos los pies en un solo camino,

las lágrimas en la noria donde un buey
hace girar el dolor y lo tritura, indefenso
las manos de barro tapando la boca
de greda, la atmósfera gris rosácea
del crimen colectivo, el que va pasando
de una sangre a otra, la angustia domiciliaria
y todavía atrás, el humo de las gavillas,
la puerta a la espera del peregrino
el cielo sin el hábito del vuelo
el vuelo sin el sostén de los pájaros
los pájaros sin el resorte del vacío
el vacío sin la tortura del hombre.

Avanzaban los caballos de cáñamo de dulce nube.
Como un elástico retrocedían las cenicientas
beatas: artificio y ceniza, silencio y cuarzo,
el mimbre de las arrugas con su relámpago torcido
hundiéndose en la penumbra de los huesos mortales
hasta que la caballería irrumpió
en esos ojos donde el agua capitulaba volando
blandiendo los querubines y sus trompetas
en una ensortijada explosión
de sangre y los sellos tan urgentes de la muerte.
La piedad se aferra al odio, tal como el río al agua:
ya cuando madre e hijo tienen su propio espanto
por separado, angustia solitaria
y muere por su cuenta cada uno
con su porción distante y sin embargo
tan anudados en la desgracia
más allá del polvo como si recién estuvieran naciendo.

Consumado el sacrilegio, los jinetes
ordenan la polvareda, gemas tintineantes,
diamantes apuradísimos.
Parpadea el resto de la campiña
sombrosas adelgazadas.
Cambia el
rumor del humo, el oro de las abejas
y sólo en la espesura del aire
sigue caminando la muerte
como dentro de su propia casa.

DEGOLLACION TERCERA

EL JINETE

Pinares, cunas estrepitosas de los aromos
torres sin sosiego de los manzanares, atriles
victoriosos de la otoñada, hojas de libre albedrío
velocidad trunca, estacionamiento azul, vacilante
humedad de las copas frontales de los álamos,
abajo, el valle movable, el molino y su buey
irremediable, su cola midiendo el tiempo, el vaho
sonoro que lo recorre como otro buey aéreo,
la pulsación de las flores de súbito, paradas,
el zumbido de los hachadores quebrándose como fuego
de un solo perfil y el humo principal asilándose
en su litoral, largo, el tren ruidoso de los cerdos
croando como escombros de rosas, las palas escuchando
en su metálico oído el sopor de las horas, el arado
como un abuelo triste, solo y sabio y en general
la atmósfera clerical de las campanas, su ancha falda
sonorosa, su picotear ilustre, su pátina canora
rociando la verdura del momento.

Iba yo noticiado de la inocencia, como si
enfrentara sólo la sangre y no la vida, sólo
unos huesos sin domicilio y no la ternura,
el diapasón del amor, números, órdenes sin apelamiento
corazón que debía ser invadido, hurgado,
oídos bajando otra vez al polvo,
cruces del entendimiento.

Crujió astillándose el caballo transparente
incorporado a la angustia, espejo de los niños
ayes de los trenes humanos, filones, vetas
brazos, muñones, la vida dispersándose como si
el ser perdiera conexión entre sí, extraviara
su domicilio, su piano, perdiendo la promiscuidad
celular el orden, la armonía del cuerpo que se triza,
troncos por donde un volcán expira
muslos de las catedrales, páginas sueltas
de los recuerdos, fragmentos del ayer, astillas
ferruginosas, saldos, pleitos del entendimiento
y la gran copa de la especie dispersa, trizado
el puente, colgando el andamio, nadando la
fisura, la herida, la distancia, la discordia
de la fuga, el alejamiento del olvido
el flujo y reflujo de la muerte pues mientras
los últimos vestigios rodaban otra porfiada
fuerza armaba el cuadro, la solidez de la vida,
la estatua, el timbre de la voz, el enjambre
del dolor,
de tal suerte que mi espada escribía en el
agua porque un misterioso resorte rearmaba
los despojos de los inocentes
de los huesos para abajo, y de los
huesos para adentro y aún sigue el
combate. La espada cada día más pequeña
y los muertos, siempre más reducidos.

DEGOLLACION CUARTA

LA MUERTE

Del otro lado del alba
viene la carnadura del tiempo, élitros de la mañana,
la estatura de los días, el volumen de las horas, alimento
para el ojo, sílabas gozosas para la boca,
terreno para el amor, giro para el abrazo, silbido
para el pastor de la noche, ala de los pavores.

Uno avanza sosteniendo el hilo de la escena, el saldo
de la batalla, el vacío del aire por donde caminó
un cuerpo que miró, sustentó una tensión, brindó, tomó
comió en un movimiento sideral, y de pronto, calla
su ojo, riela su nervio, hunde su vino
desparrama su inútil alimento, y por los pies
parte al infinito, por la garganta vaporosa de los
amargos cantos que endulzaron su corazón, por su
cansancio extremo, el nido pilar de sus pifias,
errores de la altura, trueque de las esperas:
todo el andamiaje que se mueve cuando el hombre
ama, el pulso trizado, el feroz volcán cuando la
idea cunde en el cerebro y forcejea y se ve el
deshielo de la rosa, no su espina
la intención, no el crimen,
el tajo, el extremo del cielo
el vuelo de la puñalada
no el ojo fúlgido
el acero galopante desamparado
el esguince de la ternura

y no el niño
la boca
la boca vacía esperando el beso
que empujará la vida, luces de la especie.

Muerte de todas las profundidades, la más sola
alimentando su viento nutricio, detenida
llegando al poblado, desbaratando su campanario
ilustrando el hueserío de la atmósfera, madres
reducidas al último nudo, animales pegados
otra vez a la piedra, sol de nuevo devuelto
al hielo, amor al olvido,
dientes de marmóreas fuentes confundidas
lenguas en callados rumbos emancipadas
rostros sin paradero, sombra sin alimento,
almas vaciadas por la velocidad de la vida,
flores que perdieron sus muertos
ventanas que tapiaron sus ojos
oh como si de pronto el velamen de la piel
llegara reuniendo sus polluelos, las estrellas
de las entrañas, iluminando el hueso trunco,
el bolsillo vacío,
el río viudo,
la paloma cuenca
la palpitación en hervor ordenando la
vida, su número impar
y esparciera el orden, la armonía
la soltura de la belleza
y de golpe cada madre amamantara
la fruición de su fuego, la piel
de su viaje y la frontera de su muerte.

CANTO 12

LOS NUMEROS ERRANTES

EN SU PERPETUA CUNA DE PIEDRA

En su perpetua cuna de piedra
y lodo —vecino— el asilado despierta
en el tibio vuelo de la noche, arañando
el cielo líquido, nadando
entre los sucios meteoros
pidiendo
prestados los gangochos de la luna
pelando su
hueso original, empeñándolo el lunes
recuperándolo el sábado, en medio
de los altos
soles enemigos oceánicos y maternos.

Hay una gota
de la noche
suelta
inundando el cielo,
el cuero del viento,
en el bosque silente, agrio bosque
de las estrellas, humanas estrellas.

Y esas estrellas somos nosotros:
descuajados diáfanos habitantes de un solo día
huesos rutilantes tirados a la basura sideral,
husmeados por los rabiosos perros terrestres,
cascajos de algo, de la luz;
sobrantes escombros del agónico sol de agosto,
revueltos en el desorden de las mareas
en el estricto orden de la harapienta
vida milenaria.

¿Dónde nos llevan cadáver adentro
en la tormentosa ebriedad de los siglos?

¿Quiénes somos sino prestados números errantes,
silbidos agónicos, siglas en esguince,
tormentas detenidas a contrapelo,
bocas calladas como un vidrio roto,
dientes perlados por el huracán de las nieves
mas, desiertas?

Oh desamparada semilla emigrante.
Afina el oído y escucha
—viento afuera— el zarpazo de las corrientes,
la gastada fuerza de la luz, preparando el día,
la roída tempestad, su primer roto relámpago,
la miseria, su primer hijo.

Ciego guerrero
perdido entre los intersticios
de la muerte, cruzando sus abruptos cráteres
sollozantes volcanes humanos, manos sin amor,
cadáver sin autonomía.
caminando por los oleoductos
de los añejos años, ajenos
fervientes cloacas incorruptibles
y los cadáveres anudados como cardúmenes
de una cosecha espléndida
uno junto al otro, prisioneros,
ojo con ojo, diente con diente.

Entrará el asilado en las iglesias
blasfemando
derribando su propio santo tutelar
de palo
hirviendo en su flaco fuego
y saldrá urgido monarca llevándose
a sí mismo a cuestras.

Y dejará su sueño en la cúspide
para regresar a buscarlo
de nuevo, reincidente,

puerta a puerta
a domicilio,
paragüero, carbonero,
hojalatero,

y avanzará en su carro
criaturas circulares
que gastan el camino,
ojos en fila, a la orden;
intestinos de uso industrial
coágulos de sangre
rodantes, chirriantes
buscando otro trabajo
con su inmortal estrella al hombro
con su efímera guitarra sin cuerdas
al cuello.

Subirá otra vez el desvencijado héroe
los altos, impenetrables
peldaños
devorando su breve ilusa nube vacía,
el carcomido sol de los domingos
y ascenderá a su calvario
arrastrando la cruz
que le nada, suelta
por dentro:
cruz de hueso
corta pescuezo!

El soldado —vecino— deambulará
vaporoso de hambre
llevando su gastada lumbre
pero descenderá hasta extenderse
como una bandera:
mar y cordillera en un único cuerpo,
saco, pala, crestas tajantes
con una sola piel para todas las desdichas
salpicando la tierra donde el polvoriento
y tibio abuelo nos espera.

Y dejará su muerte en la montaña
como un hijo

y bajará como los turbios ríos
decapitada nieve de una hora,
de un día cayendo sin cesar
en los acantilados.

Oh iluso pata de perro
formado por las huidizas gotas
que irrumpen en el cielo
escanciándose, de regreso
en el rocío de segunda mano
de la tierra.

Apenas un sudor filudo, un puente:
porfiados cristales,
obstinadas lenguas
de la espantada luz del hombre!

Así es —vecino— bajamos sedimentos, audacias,
tesones, alegrías,
subimos semillas, cráteres, vetas oscuras:
bajamos voluntades, deberes, ambiciones, metas,
hilos de fecundos naufragios:
subimos leves sombras, cortos prados, burbujas
polvorientas
maderos inconclusos, rostros hollados,
en mudanza. Subimos —vecino— trazas
de una mano; bajamos cosechas, la comida
pobre de un día pobre
la luz de la orfandad, la incorruptible
esclavitud de los horarios:
subimos himnos entremezclados
entre ceniza
y la escoria subterránea
bajamos
consignas
estigmas,
cifras casi ciegas.

Y después —vecino— ¿qué chispa nos identifica
en la tormenta terrestre?
Algunos muertos en su destierro perpetuo
áridos cadáveres, volando,

callados mares, desbocados
caballos que tropiezan, erizados
con el otoño fecundo, la caliente materia
para el amor, una brizna de olvido humano acumulada
en un pétalo, en un pétalo esclavizado en su terrores
un perfume licuado en incesante masacre,
una ceniza

tapando
el único
ojo
fugitivo
de la noche.

Cada hombre —vecino— lleva hasta la cumbre
una porción, un fragmento de su límite
como la cuerda de un ahorcado
y la arrastra entre aguas y fuegos
como si fuera una bicicleta atrasada
avanzando con endemoniado patinaje
buscando alcanzar su sombra
compasivo espantapájaros de sí mismo
espectro transparente
que desemboca en un traje,
en una bandera izada a media asta
antes de su funeral:
en el intervalo de su sepelio.

EL VASTO DESTIERRO DEL MAR

Mar, dame el pavor, la armadura
de la sangre, el resorte de tu alma.
El violento vuelo de tu pescadería.
Tu fuga naciendo dentro de mi calma.

Mar cotidiano, espuma de unos huesos
escalonados que altivos se derraman
en la muerte. Apurados sin regreso!
Ola detenida en el fondo de una llama.

Tuérceme por fin la mano de esta porfía
de acumular el mar en el espejo
de la sangre y en el breve puñado

de la vida. Porque si me alejo
del mar que emerge a mi costado
a tientas crece tu sola compañía.

Mar, hijo mío, a ti acudo.
Suelta tus ruedas de mudanza incesante:
hermanos, deudos, anudados, encadenados
por la luz diaria y su concierto!

Nadie sabe dónde, mar, pero en el ojo
estás flotando
como en tu más inestable segura morada
y en el viento viaja el condimento
de tus rostros ya lisiados.

Mar, padre mío, cuyo hijo es apenas una ola
la última, la primera. La que romperá sus iras
en el vaivén más puro. A ti vengo, segundo
final en este tráfico de quedar pasando
de morir viviendo, en el estallido
de las blasfemantes espumas, coronado
de líquido funeral.

Oh padre sollocemos asidos
en la tempestad, sobre nuestras
etéreas muertes.
Tú la gran ola anciana
viéndonos correr, batallar,
caer y cantar
levantando
nuestros intactos escombros:
olas rotas, aguas íntegras,
corrientes interminables, incesantes
y temporales, diferentes, iguales.

Madre mar, escúchanos en este vasto
destierro
de una impostergable hora
entre el andamiaje boscoso de la tierra.

¿De dónde venimos sino de tu vasija
donde tiembla la quieta agua de la muerte?

¿A dónde vamos fuera de ti sino a derrotarnos
revolcados
entre las estrellas
cesantes,
sin domicilio conocido
corroídos de horarios
con un caballo sin patas a la puerta?

¿Cuál es la alarma del que no duerme
porque es trasladado a su patíbulo predilecto,
el sagrado predio de uno y medio por dos?

Y pasa del brazo de nadie, hablando solo
pero acompañado,
y entra en las celdas, mas es liberado
entra en la máquina siendo triturado.

Estos son los despojos: hilos, botones,
raras muestras, una melodía
que enturbia la doméstica desdicha
la mujer devorada en su propia sal
anudada a la eternidad
con su vieja
imposible
máquina de coser, desvencijándose.

Entonces, vecino, en medio de la oscuridad
alguien que ordene los terrores
los licuados peldaños de algo,
los envasados rayos,
alguien que nos libere
de este núcleo que nos aferra
una llama en el vacío, colgando
nosotros mismos en el abismo
como el primer vuelo de la Primavera!

Somos —vecino— una partícula de metal ardido
en una costra ligera como el rocío,
una herramienta como el sol.
Padre mar, en plenitud, en naufragio
recorre otra vez estos dispersos hijos
muchas veces destruidos
y armados de nuevo como las tempestades.

Recógenos padre total, dispersos
pero siempre unidos
en tu sola muerte.

No nos dejes triturar.
Multiplícanos
espéranos en tu gloria salvaje de vivir
como la espuma
y mirar en su transparencia
la lenta vida que pasa
y aférranos a esa vida, fijamente.

CANTO 13

LOS ARTESANOS DEL ROCIO

EL BUROCRATA

Pegado entre las sábanas, hoy
día de gloria, de ramos amarillos
giratorios: yemas ciclópeas,
ruedas abruptas, peces dislocados de inestable
estacionamiento, yace el funcionario
el gladiador de la tinta,
el usurpador de la goma,
el tenebroso de corchete,
el rábula de papel carbónico,
el omnipotente de estampilla, mago de dos trajes
de cartón piedra, solitario de camisa metálica y doble
cuello celular, listado de orgullo servicial,
motores tiene en la columna, bisagra en los tobillos,
goznes en el alma, dividido en seis partes
operático de sentimiento, blandido de humor,
aceitoso de zapato, jubiloso de corbata arbitraria,
cárdeno de escamas superpuestas como los muertos
en el tiempo, servicial de lápiz, arbitrario de
paciencia, dúctil de bicicleta, aciago de ombligo
y barniz que le tapa el lomo, el muro de los ojos
archivados, el césped del alma extendido casi a hurtadillas
en su casillero fortuito, en su catálogo vernacular, en
su pasamano agreste, en su tintero ambidextro, en su
hoja inmaculada de servicio perpetuo, con una sola
ventana boscosa, paragua de media tinta,
abrigo montañoso, sol de medio pelo y tías
montepiadas, arbusto laminado, libro de cortafuego
esqueleto en blanco, sobregirándose.

Alguna tarde clamó en el desierto raspando
su propia tibieza, la soledad, erecto
en su demanda satánica
cuando por una ranura pasó al abismo
tartamudeando, gota a gota
por una caliente galaxia en la mano
mirándose pero sin empezar, entre los dedos,
con cero años a la espalda, y todavía sin
sueldo fijo, leyendo el diario a hurtadillas
en su núcleo principal, en la nada burocrática
de todos los vacíos del universo.

Y todavía blanco, golpeándole la corta
aldaba del infinito, embutido en su carpa sideral
hasta que por fin desfiló de rodillas su rostro
libertario, el andamiaje fugaz de unos huesos
interrogando, buscando una respuesta, la tibieza
de los papeles, el orden de los sentimientos,
calor de hogar para este resumen del hombre
la pequeña porción del hijo diluyéndose
como la trágica nota de un arpa, como el agrio
badajo de la frustración, meteoro sin asidero
con el alma sin violencia de sí mismo
empleado público, ahogado público,
carcelero colectivo.

Mas de tales sortilegios, de pronto, unos muslos
colgando de la carnicería del amor,
el asiento esplendoroso de la vaca
que puede derramarse gratis, en el aposento
amarillo, depositando su mar en el
lecho de piedra que habla y pide pan, pide
mesa y no casa, no silla, no puente, no ternura
no argolla, no revólver, no niños delirando
en el horizonte de la paz hogareña, no, no amor
sí un tronco para el hambre, sacarle el jugo
al tobillo, sí al predio menor, a la
tajada victoriosa del ombligo, sí a la altura vertiginosa
del pubis, sí a la sombra de las ranuras
sí al oleoducto, al acueducto que nos confronta
con el alma, sí amor de los no, sí plata, no lengua,
sí frenesí, no hay cambio en los repuestos humanos,

retumba en el tórax si se locomotea el frontis de los
pezones, diamantes, sí, en los dientes, ráfagas,
superficiales de la eternidad, no, ojos,
labios dispartados.

El Oficiante prepara su doble preservativo
con remiendos,
sopla los agujeros perforados por el mal uso,
los gritos todavía callados,
los llantos aún imposibles
empozados en la prisión de su mesada carnal
y en la temeridad de la especie.
La belleza de la visitante no conoce
el peligro de la desnudez quincenal
sólo las cortapisas de las junturas
el *acoplamiento repele el furor del mar*
y él se descolgará por su oreja
con ese resorte para odiar, para irse por ojo,
para trasapelar el goce, para ponerle estampilla
al oído, y por último abre sus cuatro piernas.
Su muslo N.º 1456900, sus cinco paredes
y después arman esas conversas que no tienen
comienzo ni fin, reina la armonía
cuando en la silla yace la perfección
de la ínclita pareja, los pantalones soeces
las medias transparentes como la dicha de la creación
y un olor ocre de volcanes que han respirado
y de agua que han soportado el peso de surtidos naufragios
y de dos fatales espantapájaros que no se conocen
y por cuyas *fugas corre el domingo*
el último del mes, cuando en los bolsillos
silba la soledad, la orfandad de la luz amarilla
y los amantes rejuntan los escombros,
completamente huérfanos en su incrustación
hasta que una vecina los despega
tirándoles en el lomo
un salvador jarro de agua fría.

EL AHORCADO

Hoy un hombre se subió a un árbol
y el árbol bajó por el hombre.
El ascendió por los frutos
las hojas bajaron por sus ojos.
El hombre levantó las ramas.
La sombra quedó colgando
en un atado de pájaros
esperando más cargamento,
otras identificaciones,
nuevos espejos,
más coloquio.
No ese significativo
trepar y meterse en la corteza
y luego seguir esperando el otoño
con la lengua afuera.

EMPLEADO FILIAL

Hay un proceso natural en la miopía
de su cuadratura, en la lenta explosión
del papel rayado, en el lastre de su
lente obtuso.

Una atmósfera sobrenatural
del siglo 18, un color sin aire
como si de pronto fueran a aparecer —y aparecen—
ángeles en torno de su tinta
y madonas
orondas en la escenografía de su archivo
muselinas tenues, pliegues autoritarios
en su magro escape estanteril. Hay una línea
difusa que no encierra a nadie y en esos
círculos flota, orondo, como un piano
en su humillante teclado, estéril
en su vertiginosa arpa, implacable
en la olla sepulcral de sus números.

Jamás percibirá un atisbo inteligente,
el socorro de una idea que rebalse sus poltronas
su corbata idéntica, su tranco trunco, su parsimonia
mecánica, artificial y durable. Ni una sola
sorpresa en el cálculo. En su pétrea oscuridad
cada latido es el preciso,
y camina completamente cero
cuajadamente neutro
sonoramente blanco.

Ya pasará, ya pasará el pantalón y su largura
el alma y su carruaje, la carroza
mayor, unas flores blandas,

un perfume usurpado,
un caballo ralo
un remero baladí
y una cifra incorrupta
porque no tiene hueso
sí
sombbrero con sebo,
zapato agujereado
bolsillo con pocas migas.

YA VIENE EL CORTEJO

Echamos a volar el muerto
pastoreando las flores
de los vivos
en el circunspecto ataúd
con ruedas y con dientes
y era el mejor velero
de la estación.

Angel castigado tan blanco
que quemaba, tan rígido que
corría, tan fuegino que helaba
montado en su completa pulcritud
dirigiendo el tránsito mortal
en su doble escampavía.

Benéfico, discursivo
en su presentación, ya no
dañado por el pago del gas,
sin velocidad bancaria
y cayéndose de los ojos
de cada uno de nosotros
los deudos de ocasión.

Lo vimos entrar a la muerte
como a su propia casa
interpretado por su perro
aposentándose en el recurso
final de una silla, como un
ancla apremiada por la fuga.

Después perdimos todo contacto.
Cambiamos de señales y de ropaje
él con sus rosas y diademas
nosotros llevándole la tierra
y el abono tan visible
de las lágrimas.

Ahora vivirá escuchando
la respiración de las estrellas.
Abrirá a lo mejor un emporio
donde el será el único cliente
y dispensero y el mejor
comprador del polvo que le va
quedando en su suelta
estantería.

EL PESCADERO

Se puede inmolar en el fuego, recibir el trato
incierto de la sangre que camina y repica
el altavoz infructuoso del alma
blandir el cuerpo
aserrarlo, comerlo vivo, transeúnte
del lento infierno cotidiano
vaciar, en fin, su traje, ultimar unos zapatos
en ristre
desvaciar los senos enemigos
sonorizar los muslos
y en su sexo abismal entrar aullando ecuménico
rosáceo y bitumínico egregio y mojado
como la primera tierra del universo.

Uno puede rectificar su número, la
agónica historia, comerciante ambulante
canastero bifronte, brifias doradas
escamas otoñales desleídas, el magro
rostro como un arbusto, enarbolado
y el asidero del hambre, moviendo el
conglomerado de las tripas y aun
marcar el paso, dentro de la
propia casa del hombre.

Pero meterse, hendirse en el
Golfo de Arauco, calar la
vela, soplar el ancla, inflar la madera
moderar las sales, crispas las espumas
poner en orden los peces
usarse uno mismo de carnada
y luego picar, estremecer el anzuelo
eso ya trae algunas complicaciones.

EL PELUQUERO

El ruido de las tijeras chapucea
un oscuro ordenamiento y corta
la peluquera raíz poral, la copa
del árbol terrestre, la cúspide
de la altura, el estacionamiento
secreto del aire.

Crece la uña, el arraigo, la profundidad
del ojo, la oquedad de la voz.
Disminuye el diente
se gasta la sombra ambarina y férrea
trustra su pran el cortadero
y uno se siente rebanado, lentamente
de mayor a menor
como una pirámide.

La mujer —dice— fue desmontada
y cepillada en el álgido ciclo mayor
por el cónyuge trifuso áureo y válido
vacíandola por completo, de un largo sorbo
ja, ja, ja. Se puso las espuelas
y con esas estrellas la acicaló
5 veces seguidas.

Molicie impertérrita, un cortafuego
barroco para las palabras: 100
botellas conversadas de un viaje
y el caballo de tres patas del domingo
el gol sacrílego y feriado

la urna sebácea de los naipes
y los dados redondos, cuadrados
saltando entre la vida y la muerte,
cucarrientos.

Tiempo de la cortanza y la tardanza
cuando ya el hombre no crece
para ningún lado
y se va para adentro, blanco
con su solitario velero y huesero
y cruje su estantería
y el cielo lo aplasta
y es como si un día fuera
demasiada carga para sus huesos
y sólo le crece el pelo y su galaxia
redonda, flameando, sin término.

LA AMANTE

Sobre este oficio
opino lo siguiente.

Uno se desespera, pierde el tren
y carga su desgracia
y se acurruca en el otro
ser como un pasajero
de invierno en tercera clase.

Luego regresa al regazo
curvo, pequeñito,
y se va doblando
con huesos y todo
y se queda quieto
9 meses de
adelante para atrás
y la amante lo esconde
y le da de beber
su propia sangre
y cumplido ese requisito,
terminado el plazo
sin pérdida de tiempo
lo devuelve a uno
a su papá.

EL CABALLO

De todos los insectos
el caballo es el más lento
y crudo y fatalmente se partirá en dos.

Le falta a esa altura
ropaje metálico, aureola
de altar, no masca la madera
el músculo duerme sin tuerca.

Abrase su escapulario
su troterío
y agíteselo tres veces
antes de volar, muerte arriba.
Nótese el ancla a cuatro
bandas, el periplo vago
el navío a quemarropa
y diríase molinos,
ruedas de fuego
cuadradas.

Mírele usted la cortadura
circular de los dientes
la bicicleta suelta que le
anda por los ojos,
la carpa de cuero:
ese rumor del mar
amplificado
y en cada remo
un bote
y en cada bote
una ola
y en cada ola
cuatro numerosos anchos zapatos de payaso.

PARA MENTIR Y COMER PESCADO

Para mentir y comer pescado —vecino—
hay que tener mucho cuidado y también
para envejecer, cuando los viejos se ponen cu-cu
y andan con el disco rayado y las tejas corridas
y los alambres pelados transmitiendo
en onda corta y larga. A esas alturas de la vida
los ancianos se levantan por las puras
con deseos de pegarle una patada al sol
pero uno se arrepiente —vecino—
al sentir el calorcito de la vida
cuando aún el corazón cucarro da bote
como quien no quiere la cosa
y por el declive del guargüero desfila
para adentro el fuego de la pitarrilla.

Tenemos la impresión que le damos cuerda
al revés al reloj y a la memoria
cuando se arma ni que medio enredo con los
siglos, los días, los rostros y las horas
de tal suerte que confundimos países y volcanes,
hazañas, números, acontecimientos, bautizos y duelos
y todo anda suelto en el coco como piltrafa de
vieja que se quedó para vestir santos
y las guerras se enciman, un soldado se mete
en el compartimiento de otra escaramuza, nos vemos niños
en vez de ñatos ñoños, y andamos con la brújula perdida,
con el calendario atravesado, interfiriendo la memoria
armando ni qué pata de pollo con las fechas
y las efemérides, entrando y saliendo del tiempo
y sentándonos en la diferencia como si un río
echara marcha atrás y llegara a la cúspide

de la montaña y se hiciera un puñado de nieve
y ahí terminara su vida, sentado en un banco
de la plaza, leyendo el diario, cobrando su
montepío, jugando los domingos su compeonato
de rayuela, llevándole flores a la viuda
el Día de los Inocentes, hasta que se le cayera
la chaucha y se pegara la cachada y se diera
cuenta que estaba haciendo el ridículo y tomara
otra vez sus bártulos y llenara sus maletas
con agua y partiera como malo de la cabeza
guardabajo tentando a cuanto temporal se le pusiera
por delante, prometiéndole aumentos en los
salarios, casa propia, repartir a fin de año
las utilidades y así llegar otra vez al mar
pero no sin antes dejar la escoba a su paso
tapiando las casas, llevándose al apa los
puentes, arrasando con bueyes y truenos.

En estas inundaciones, los gallos la ven con tongo.
Son los primeros en poner el grito en el cielo,
gritan como serrucho, como si les pisaran
el dedo gordo del pie, y van puerta por puerta
llevando la mala nueva, encuestando al vecindario
averiguando cuantos fulanos duermen en una misma
cama, hechos un solo nudo.

Por eso el poeta Alfonso Mora optó por lo más
sano. Agarró su gallo, fondeándolo en un sótano.
Jamás le volvió a ver el ojo a la papa y la luz
nunca leyó su partitura en un calendario,
le quitaron el reloj pulsera,
el reloj de arena,
y quedó sin tiempo y espacio.
Se le borró de la memoria todo vestigio
del paso de las horas, le daba lo mismo
que el sol entrara por su izquierda o por su
derecha y de la luna sólo escuchaba su espumoso rumor
distante y del cielo tenía un vago recuerdo
de infancia. Mas si por haldas o por mangas
se filtraba en su impenetrable jaula un hilito
de luz se ponía a gritar como si lo estuvieran
cazueliando, como si lo estuvieran cogoteando

desorientando al vecindario, patas para arriba
todos andaban cucarros, ora de blanco
y luego de negro, a explosiones, sin tiempo,
perdidos, ciegos, a tientas en las horas
saltando como de un trampolín al vacío
mientras el maldito cacareo
desordenaba el cielo, el furor de las
estrellas, las mascaduras del fuego,
y del día a la noche, se pasaba de un
cerrar de ojos, y la vejez era como un relámpago
llegaba de golpe a caballo de la luz
y la muerte se paseaba a través de los siglos
por culpa de este cacareo tan mal acompasado,
y los viejos terminaban en la cuna
y los niños tenían barba y bastón tan pronto
dejaban el útero de los infiernos
y parpadeaba el viento, los árboles,
blancos y negros y morados y veloces
y hasta el humo andaba en bicicleta
y hasta los trenes tenían alas,
rieles las gaviotas, estruendo los minutos,
todos caminando a saltitos
como en las películas mudas
como si alguien empujara a la multitud
con una picana, y los bueyes parecían gamos
hasta que el rey del gallinero ofendido
en lo más íntimo se cortó las venas, tomando
también algunos barbitúricos, colgándose
de un árbol, dejando una carta al señor juez
que decía: "Me voy de este mundo.
No culpo a nadie de mi fatal decisión.
Después de ésta no hay otra. Oiga,
en confianza: ¿Me puede decir
la hora, ah?"

Por solidaridad con el suicida
todos los gallos del lugar se hicieron
el harakiri y el último en despacharse
ése, fue ladrón de gallinas.

MIGUEL ENTREAMBASAGUAS, AHUMADOR

Miguel Entreambasaguas
ahumador más ligero que el aire
para anunciar el día
con sus poderosos pies de barro
y luego esas manos que enredan el cielo,
el topacio de sus rojas miradas saliendo
de la casa lunar,
curvado por el peso del sueño
como un navío plantado inmóvil
en medio de la tempestad.

Eran siempre de oro esas escamas
derramándolo
con una finísima escalerilla
donde rondarían abejas rodeando
el traje turquesa de su alfarería
ese muro para sus carcajadas
como un recuerdo vasto y detenido
en la profundidad de los ojos
y la torpeza de su pelo
petrificado como escarcha ambarina
cuando aumentaba el furor del fuego
y luego lo soplabá como un tornado
como si el viento se saliera del mundo
y cayera
por falta de pájaros
atrapado en su inmovilidad
pereza, desasosiego y muerte!

Astillaba sus cajones tempraneros,
la bosta vacuna,
el residuo caballar,
los escaños universales,
para hacer arder la hojalata,
las paredes del cielo,
el frío nuboso,
el sol quebrado, hecho astilla
apurando la nudosa humareda
como si un gigantesco tren
bufara dentro de sus pulmones
y este pescador, entre las brasas caminara
elevando las llamas gigantescas
trenzándolas
haciéndose invisible junto con el humo
y las lágrimas del fuego
que se desprendían
de su cuchillo fosforescente
tal como si un siniestro hiciera peligrar
el rumbo de la noche.

Feroces eran los bramidos
mientras el templo de pescados esperaba su turno
para caer en las brasas de ese infierno rabioso
entrando por un ojo para salir por otro.

Tal era la atmósfera del poblado
todo como entre aparecidos
mientras los fantasmas abrían el horno
para que se lamentara la familia
y su sombra hecha pez:
los tritres nadando en este nuevo mar
de humo polvoriento
uno encima de los otros
como pescados de mil hojas
incrustados en un impresionante
desierto que no tenía tiraje por lo tanto
se estacionaba este océano negro de avispas incendiarias
y no había lugar sino para la muerte y su runrunco.

De vez en cuando cruzaba los muros
su mujer Dominga Cañahueca
también vestida de humo y ceniza

con otra tostaduría menor soplándole
los elevados pechos
como si fueran chispas sus resplandores
de sus salados pezones de tizne.

Entonces

las manos del ahumador se parecían al océano
dándole a la carne
del pez un tierno color rosáceo
como un farol que revoloteara
entre las tinieblas.

El ahumador y su ahumadora se amaban
en esos límites prohibidos, abalanzándose
sobre los pescados y el fuego
mezclados con los tritres y las sierras
como si utilizaran de colchón
el mar,
y al irse hundiendo se aferraban a los peces
que encontraban por el camino
es decir de las estrellas,
mejor dicho de la nada
y cuando el movimiento era tan desbordante
con sus gemidos y soplidos
apuraban el andar del fuego
y con la bendición de la cópula
todo ardía en grandes brasas diamantinas
hasta que Entreambasaguas recogía las redes
salvadas de este diluvio
de la carne imaginándose
que él era un anzuelo
y su mujer
un pez
muerto
de
hambre.

TORO MUY NUMEROSO

Toro flamígero de los hirsutos andamios
navegando en el mar menor, de confusa
cestería, en su diadema coronado, altísimo
en su desenlace bajando a caminar
entre las aguas y como un apóstol separando en dos
el fuego de los cristales acuáticos.

Fuga que rayaría las aguas, que las desordenara
en columnas perseguidoras de plata carmesí
con una rabiosa asta parecida
a un campanario que hiciera sonar
todo el mar y todavía flotara el
espantoso rubí de su oro pobre
retumbando
en los parches sucesivos de la espuma.

Volaban las bestias —vecino— aferradas
a los abismos en su líquida distorsión
cuesta abajo irrumpiendo como lava
—nadando en la nada— arañando ese poder
menor del aire vacío, inclemente.

En esas circunstancias
los pastores marítimos embestían el borroso
volumen ocre de los animales, incendiaban sus
ojos chisporroteantes como una locomotora en vilo,
soplaban el agrio cardumen de su costillar hendido
y la sangre reliaba sin urgencia

aumentando el grosor de sus sombras
y en cada uno de sus terrores
el peso de la especie huía
sin caminar, en la porfía de sobrevivir
a trasmano, más abajo de la piel
que abandonaban en la fuga.

Entonces al extremo del fuego —vecino—
comenzaron a destrozar la bestia
pataleando en el orín suelto de la muerte
cayendo de los cuernos al mejor repertorio
del silencio, escarbando en el andamio
fugitivo en el mismo orden de la sucesión.
de los días: fragmentos ilusorios,
energías magnánimas, huesos a contraluz
entre las llamas, de rodillas
hasta que el animal fue pasando
de boca en boca aislado entre los dientes
con su corta estada entre las mandíbulas giratorias
sintiéndose extraño en esos muros humanos
aislado en el mordisco, pero dando vida
ímpetu, crimen, temperatura, memoria,
chispa, fecha, patrimonio, velocidad
ya desmembrado, como el estallido de la ira
marítima, separando al toro
de su continuidad, de su tubería, de su
única carpa y repertorio, de su techo
principal, de su cuchara completa,
de su libro compacto, de su mirada
tirante, de su línea alterna, de sus
dientes en fila como la nieve, de su
estación fija, de su peso inexorable.

Así separado de sus aguas divisorias
en el divorcio de su lengua
aún vivía, ya vecino de sí mismo
como un eco de otras parcialidades,
de sus grumos y descomunicaciones,
sin poder armar su número, su timbre,
su campanilleo, su riel, su patente
agreste, esperando que la humillación
terminara a media noche.

En la borrachera final
los comedores se abrazaron
y dentro de sus entrañas
reunieron de nuevo a la bestia.
La pegaron con cáñamo, le hicieron
un nudo ciego, remendaron el toro
pieza por pieza, en su jocosó
rompecabeza, cada uno aportando
su limosna, su envió, su zarpazo
su residuo carnal,
el músculo opíparo
el gazzate graznando
el despilfarro animal
de una boca dentro de otra boca
buscando puerta por puerta
la atiborrada perfección.

Pero sumando esos saldos,
dejando el oído en el aire
era posible escuchar claramente
el llanto de la despedida
por separado:
una lágrima breve
que entre las tripas enemigas agitaba
su abejerío sangriento
y en el coro póstumo
cuando los hombres del fuego
zangoloteaban el vino
el toro sobrevoló los muros separados
la mezquindad humana, el asilamiento
animal, la frontera aciaga
dando un grito vertiginoso
reunido por fin en su coro absoluto
antes de irse
pedaleando por su cuenta
desintegrado para siempre
en tan distante y separada compañía.

FLORENCIO DIAZ, "EL CALLACA"

Déjeme hablarle —vecino— de Florencio Díaz
también llamado "El Callaca"
alto de numen,
vigoroso de trote,
aunque breve de tranco lunar
esparcido en el desparramo de sus tumbos
en la bocacalle de los fluviales espantos
precavido, altamirano de los frenados diezmos,
alfilero de los bravos terrenos del miedo,
ojos desperdigados en suma armonía
es decir, surtidor aciago
como si fueran galaxias esos apresuramientos
de sus pupilas, las estrellas que van con frío
debajo de su frente cenicienta
alrededor de su mandíbula de nieve
y todavía su ancla clerical
ese uniforme de sus dedos
las mamparas de sus entredichos
esas balanzas de sus ditirambos
alfarero de verdura mayor
cuando gira su corazón a tropezones, cuando
bala acampado, tira humo, llama pájaros, arrea
nubes, proclama la lluvia y la sella con
su mejor acantilado de fuego, lumbre y otros
rocíos.

Tonelero a tus toneles —le decían—
después de vivir 51 siglos entre las pipas
bronceado por el humo y el uso y el zumo
de la herrumbre de oro achacoso,
eternidades completas navegando por ese lagar
que las mariposas van dejando

entre las luces impasibles del hombre
arqueado arponero de fuego breve
medianero de los rostros que te van
en zaga
temible cuando tuerces el cardumen
de tus catedrales
llegando de repente cuando abres
las espitas
y se vacía la sangre de la humanidad
y la tomamos haciendo crepitar las copas,
los hijos, la garantía del doble miedo,
la numerada armadura de todo lo que circula
alrededor de la muerte
y como el sol se detiene
apóstol de las venas por donde vamos
a buscar la sal, el pan que frasca
la ferretería de tus bodegas, de tus bodegas sudorosas
de las sotanas moradas y bebestibles
de tus mujeres desnudas de mosto y temblando
triples y cuádruples según sea la habladuría
de sus senos tremolantes cayendo en nuestra
garganta y en las rápidas llagas que abre el
gozo en las únicas rosas que el dolor permuta
por la mejor locura de esta vida crecida
en el alma y que bebemos sentados
con el avaro cucharón agujereado de la muerte,
salud!

EL HUESO SALINO RENIEGA DEL HUESO AGRARIO

Para morirme —vecino—
me gustaría parar las chalupas en Tomé
sumarme al blanco silencio de su patio mayor,
quitarme la piel en su vecindario marítimo
y desmenuzarme
polveriento
en la quebrada virutilla de sus cerros
porque en la frontera de la muerte
el estacionamiento es breve: un disparo en la tierra
un grito omnipotente en el mar, las olas en ascenso
el entredicho del agua en descenso
y el rayo más estridente zumba en los
resquicios de las raíces y echando humo
empapa las estrellas sumergidas en las estrellas
con doble filo, numerosa lumbre y centenaria resonancia.

Nunca estaré quieto en el anzuelo
de la madera, en el féretro lunar
áspero, seco, no aéreo, anclado
en la lamparería de la oscuridad tovecina
sujetando el aluvión de la hojalatería del cielo
el conflicto titubeante de la espuma.
Más pared por medio aún escucharé
la tentación de vivir
el desesperado ajeteo de las parejas
apurándose mutuamente las bocas
la explosión del sol levantado
en las pescaderías de la tarde
en las bodegas clandestinas de la noche, en las
borracherías del crepúsculo donde el vino tinto riela
como un ácido pez restallando en las bocas

y el sorbo seco, áspero irrumpe como
fritanga entre los dientes de los dobles borrachos
de los triples toneleros, de los numerosos
pescaderos que arman y desarman el mar
y luego, se abrazan y se van de espaldas
con el último sorbo de sus correrías.

Oh el desterrado en su doble volumen
asistiendo al perpetuo éxodo migratorio
hasta que el mar sube a nacerlo y deshacerlo
a batirlo y gastarlo otra vez pues el féretro
afirma su astillero, el ancla más firme de sus
células y el que fue sembrado y sellado
empieza a desovillarse, memoria por memoria:
días abatidos hasta el último horario
la boca en su manufactura
agonizando como un rosal
hasta que cae la patente, el andamio
la monarquía de la edad, el resorte invisible del sexo
polvo adentro, inmaterial, indefenso, pacífico:
ganglios vaporosos, columnas que hasta ayer
levantaron el día y el ruido cristalino de los
pájaros; saliva y barro, quebrazón de los ojos
mustios y la cantidad de la muerte se convierte
en peso marítimo, una gota abrevada en su
sucursal anónima, gigantesco esplendor.

El hueso salino reniega del hueso agrario
titubea el ojo, el alma, el olvido
la lengua armando su embarcadero movable
y el velamen del sol, entremedio,
rugiendo.

La disputa es un tira y afloja
porque de pronto toda la muerte
queda en el mar
y al momento sube por la avenida pinar
y los pájaros quedan nadando y los peces
volando en esos entredichos agrícolas y
correntosos, en la temible línea demarcatoria
y el muerto marítimo zurce el traqueteo

de las aguas, el suspiro de sus vapores,
el deleite de sus resortes, la crispación
de sus temblores, el hazmerreír de sus gaviotas,
el tambor de sus diamantes, la garlopa de sus
catedrales y el difunto al incorporarse
a la tierra, abre la puerta de los árboles,
se incorpora a la uva, una por una,
al más pequeño de los mundos
en el universo de los curados
y después parte como malo de la cabeza
poro por poro inundándose, en bote
remando con las manos de su propia muerte
inflando el pulmón agrario, cambiando la estantería
pasando de la vida a la muerte sucesivamente
hasta tirar el ancla y fondear de nuevo
en la mitad del viento.
—Hágame ésa, ¡vecino!—.

DARIO VALLEJOS EL CARA DE MEDALLA

Vecino, qué me dice
de Darío Vallejos, el cara de medalla
rondando su propia barba
encendida día y noche
como un altazor de su morada
con la quilla de su nariz reptante
y los confusos caminos bifurcándose
por las guías de su frente
como el destino de su ancha cara
como la bondad
castigada por la dureza de los años
cuando se empozan los dolores
corcovando en el atril de las
marejadas de los días
cuando avanza en medio de las garrafas
siglo adentro
de vino en vino
como el hombre que huye y retrocede
a través de los hijos
y así cubre la distancia de los años
como un torbellino sin memoria.

Hoy nos asila el metal de sus
provechosas ramas, el silbo alado
detenido en la tormenta
borrando la dirección de la última
furia del hombre.

MARIA ESCOBAR DE DIEGO DE CHAVEZ

Septiembre, mes numeroso de los asaltos
y del temible trueno de la noche primera.
Evaporada oscuridad de los balbucentes trigos
los que fueron plantados en el alma, en el
peligro del fuego, en el corazón de la ceniza.

Venía del norte la semilla
como un velero, como un pájaro delgado
buscando su nido en la almuerza del terruño,
husmeando la vida en la tierra
como si toda la especie se sembrara
para escucharse después en el oído del viento
entre las raíces, hasta sentir que en el fondo
de las entrañas sureñas,
renace.

Como un silbido final cruje el núcleo en el
arribo de doña María Escobar de Diego de Chávez
en la señal convenida para regresar
al cielo empezando el descenso entre las
verdes capitales, subiendo por los otros
tormentos, arracimando sus velocidades, vaciando
el hambre para asediar la tierra con tales
fecundidades y delicias, de tal suerte
que hoy por hoy no hay boca del trigo que
por ella no hable, que no la esté proclamando,
que no la esté izando, blandiendo, azucarando
y salando, mirándose en sus corredizos espejos

de oro, adornando su casa donde el pan es como
el rocío y allá abajo, raspando la olla, ella
no deja sino recados, nuevas direcciones para
que el trigo lleve estos mensajes a otras bocas.

Es en estos navíos que florece
doña María Escobar y en la cúspide del trigo
tiene una estatua flotante
insostenibles abejas, avispa
que va cantando nido por nido
llevando la consigna de la abundancia
conectando los trenes,
que pueblan su dorado estandarte
su ejército que no conoce el consuelo.

¡Oh trémula inventora de los relampagueantes
y los fluidos incendios trigales
donde sus hijos van hablando minuciosamente
de su catástrofe luminosa y su batido mayor de oro
porque mientras exista una sola espiga
esta mujer con cuerpo de harina
y pies de levadura
seguirá encumbrando sus huesos
y la escucharemos palpitar entre los frutos
terminando su piel, la enredadera de los tormentos
el caramelo agreste de su galaxia, derramada.

Bendita sea la dulzura crepitante de sus despojos
su insobornable sacrificio sin prisa que nos vigila
y hace nidos en nuestras bocas y madura los cantos!

CASOSE LA LINTERNA Y EL TINTERO

Déjeme contarle —vecino— la historia
de una familia pudiente de hacendados
de cien mil hectáreas cada uno que casó su toro
con la tora, el pez con la pesa
una lombriz con su clavo y así
sucesivamente hasta 100.

Fue un matrimonio por conveniencia
para aumentar el número de estacas
conejos, escopetas, caballos, predios,
pastos, incendios, bestias y almas
y puede decirse que a la esposada
la ofrecieron en verde, en pleno
invierno.

Ella aumentó rápido la prole
pues el toro fue también padre
de familia y en la fiesta de la remarca
había que contar un rato entre
tantas nuevas criaturas y azadones.

El río se enamoró de la ría
el sauce de la sauza.
Taza y tiza, trigo y traga
también llegaron al altar.

Pero es un hecho reconocido
que en la luna de miel
cuando las dos partes pusieron
las cartas sobre la mesa, ella
resultó más perjudicada!

FABRICANTES DE JABONES

Antaño —vecino— los perros andaban
con el credo en la boca y los alambres pelados.
Ninguno tenía la vida comprada. Se lo pasaban
tomando calmantes, vivían donde el psiquiatra
contándoles en el sillón su vida de perros
y no era para menos
porque al menor descuido
iban a parar a la olla de alguna casa honorable.

Los adobaban con perejil
y por medio de mil engañifas, mostrándoles
su espejito, su collar fantástico de vidrio
bruto, los llevaban a las brasas, a un gran
fondo de fierro, al infierno familiar. Los
ponían manos arriba como el revólver al pecho
y una vez confeso los dejaban
encerrados en la paila, en medio de los
horrorosos gritos de las víctimas. Y luego
los perros comenzaban a soltar la sustancia,
el resumen de sus memorias, el esplendor
gozoso de su alma, los paisajes acumulados
en los ojos, los caminos reunidos en sus
patas, las cópulas que como argollas
o aureolas de santo se les acumularon
bajo el vientre,
las pulgas que trasladaron gratis
como estrellas en su peluda galaxia
y hasta los ladridos borboteaban
difuntos, dando la última voz de alarma
a todo hervor.

Se consumían los perros en esos
herméticos aposentos
expiando sus culpas
hasta que sus huesos y el resto de su
indumentaria se convertía en una gruesa
pátina, casi como el cielo:
un llanto duro
más plano, menos rodante
más delgado
como que los tiraban por debajo de una puerta
con modales realmente encantadores
y con sus ojos chatos como un lenguado
y más plano que busto de solterona sin uso.

Como había que disimular el crimen
adobaban el extinto con sales aromáticas,
profanando su acre olor universal,
su perfume natural como el aroma del mar
y encima de su alma indefensa caían
clavos de olor y así eran
crucificados en sus cuatro patas
junto a otro par de perros ladrones
para convertirse por último
en una frágil y voluble pompa de jabón.

Mas si por descuido, alguna
matrona, a la hora del baño
tocaba alguna de sus heridas recientes
no era raro escuchar sus lamentos
sus ladridos en medio del agua y la espuma
vivos aún, llenos de ojos, ladridos y garras
vigilando cuidadosamente
la casa del hombre,
su mejor amigo.

¡VIVA TIBURCIO MEDINA!

Viva, viva Tiburcio Medina, hojalatero
de todo oficio —vecino—
estudiante de los alambres umbríos
de los rosales de lata
que nos sacan a relucir el alma.

Nueva es tu escoba pastoril,
tu harapo nupcial,
esa ligereza de tus ojos
para adelgazar los muros,
los caballos,
la infancia,
esa satánica boca
que pone movimiento a la muerte,
alegría a la estatua final
de la copa,
en el concho de la miseria,
en el vidrio vertiginoso de tu casa
estrellada por arriba y por abajo
parchando sus diamantes
corriendo con ese paraguas roto
que navega en los abismos
desalojando algún pan duro,
y un gallo rojo y trepidante
haciéndose añicos en tus ojos
a medianoche; al mediodía.

CAHUIN CON OBISPO Y GENERAL

Morir —vecino— siempre costó mucho trabajo.
Clausurarle al difunto el enchapado de los ojos,
la caja de doble fondo, la alcancía, el motor.
Pagarle la cuenta del gas y de su luz,
cuadrar sus sueños con la triste realidad
y sobre todo, en el balance final, comprarle
un pasaje de ida solamente
para instalarlo en la gloria del Señor.

Algunos precavidos compraban acciones en verde.
Diezmos, velas. Vivían con cara de santo
y junto con darles la extremaunción
les cortaban las bolas.
Se iban como cohetes al cielo.

En los tiempos antiguos los camposantos
se levantaban junto a los hospitales.
El enfermo entraba por una puerta
y el cadáver salía por la otra.

Así se ahorrabán energías, porque la tracción
era a sangre y todo el mundo andaba a sangre.
Revólveres, los buques, las escuelas, los
bares, las moscas, los tranvías.
Los autos de entonces no usaban fondo
y su propietario arrendaba
un par de ociosos con cara de rueda. Ellos
se encargaban de levantar la carrocería
avanzando con el chofer en vilo.

El que tenía cara de bocina, trabajaba de bocina.
El cara de freno, trabajaba de freno.
Cesantes oficiaban de techo, de poste
telefónico, de jaula, de mampara porque la mano
de obra era sumamente barata. Y sólo los pobres no
se podían dar el lujo de tener un propio imitando
una puerta, una tuerca o una cama que eran
los trabajos más piñufientos .

Las matronas de entonces retiraban
a las huérfanas de los conventos para que les
lavarán las patas y el cogote y como había
algunas muy voluminosas necesitaban media docena
para que les lustraran el trasero.
La ceremonia era como sigue:
colocaban a la gigantesca ballena en un
terraplén y las fámulas se ponían unos
zapatos con clavos del porte de un buque
para escalar a la susodicha. Y cepillo
en mano empezaban a sacarle lustre.
Unas, en dirección sur, otras por el oeste
resbalando por esos catastróficos lomos
hasta dejarla soplada y lustrada.

Como le iba contando —vecino—
los huesos de los pobres iban a parar
al camposanto llamado San Juan de Dios.
A los de medio pelo los fondeaban en la
Capilla de la Caridad y los que tenían santos
en la corte, esos aterrizaban en las Iglesias
que era su último paradero.
A todos los finados les ponían el mismo mameluco:
los hábitos de una congregación religiosa
junto con la llave del auto o con la picana
de la carreta y un reglamento del tránsito
para que no tuvieran dificultades
allá arriba con don Jecho.

Los pobres de solemnidad, los que no tenían
dónde caerse muertos, se iban en monopatín
o también a dedo.

En una ocasión, vecino, paró las chalupas
el meritorio coronel del ejército
Manuel Zañartu Santa María que en la
guerra de la Independencia hizo humear al
enemigo. Al llegar el momento de contar sencillo
el uniformado confesó que no comulgaba con
ruedas de carreta y entonces se armó la mocha.
El obispo de Concepción, José Hipólito Salas
le dijo que lo mandaría a la parrilla,
que nunca volvería a Gath y Chávez,
que jamás le vería el ojo a la papa,
que jamás se le pararía el ñaflé,
que se le daría vueltas el paraguas,
que su mujer se vestiría de rojo para celebrar el duelo,
y dio una orden tajante para que nadie se muriera
hasta que se aclarara este enredo, de modo que los
difuntos se lo pasaban volando, a la espera de la
rama donde se posarían para echarle su manito de
gato antes de partir al patio de los chist
y jugando a los bomberos, hacerse humo.

La ciudad se dividió en dos
bandos los cuales tomaron al extinto
de los extremos del ataúd
y empezó el tira y afloja
mientras por dentro el consternado guerrero
se imaginaba que seguía la escaramuza
y en medio de la chamusquina
ordenaba el ataque
todo envuelto entre nubes de incienso.

En eso intervino el Regimiento
Carampangue y bayoneta en mano
se abrieron paso entre los curiosos
y más de una vieja fanática
quedó enganchada en la punta de una lanza
pataleando
hasta que los soldados en fila india
llegaron al Panteón y no hubo fuerza
humana o divina capaz de detener el ímpetu
de la carrera que traía el flotante patriota
y de un viaje llegó a la sepultura. Recibió

los honores de rigor y se escuchó en el poblado
ni qué medio cañonazo y el obispo terminó debajo
de la cama imaginando que por venganza
en vez de pólvora estaban disparando con
municiones de verdad y por eso le volaron
la santa cabeza.

Pero aún cuando el general había tocado fondo
continuaba dándose vuelta en su canasta.
Arriba seguía la pata de pollo
al extremo que el canónigo dio orden
de que los auténticamente creyentes le hicieran
un desaire a los laicos de remate
y los deudos tenían que partir con sus muertos
al hombro en busca de otros cementerios
y algunos fatalizados con tan mala pata
todavía siguen buscando un hueco para enterrar
sus huesos y en esa tarea llevan varios siglos,
volando, ubicando el casillero?

El obispo juró que de la tumba del glorioso
general saldría humito y fue condenado
a las brasas para ser devorado por el
dragón infernal.
Mas con el correr del tiempo se supo que
el difunto era muy picado de la araña
y donde ponía el ojo, dejaba la bala.
Por esta causa el morado
lo tenía entre ceja y ceja.
Pero cuando le tocó el turno
de ponerse el pijama de madera
la guardia de palacio
en vez de usar pólvora
empujó al obispo por el agujero del cañón
y todavía andan juntando sus pedacitos!

LA SERENA ESPUMA DE ROLANDO REBOLLEDO

Recordemos —vecino—
a Rolando Rebolledo
maestro zapatero del oro y el vino
ojos de tizne marmóreo
flor era su cabeza
alta y durable
quejosa la lumbre de sus pies
la dulzura, acorralándolo.
Campana de la campiña de sus hombros,
el fresco dulzor de sus trabajos:
tornasolero, arcabucero, carpintero
de fuerza mayor y mano de relámpago:
ríos francos fueron sus manos de disparatada
albura entre la aguja de su sombra,
catedral fue su solemne traje verde
de permanente vibración cereal
abierta la copiosa guía de su mandíbula
el bote menor que lo derrivaba
hacia la tarima más alta de su recorrido
el freno final de sus zancadas
la serena espuma de sus martillos
la mejor arma de su boca rodeada de tachuelas
como de estrellas el cielo, pero estallando.

Hoy el azul torquemada de sus flancos
se acribilla en el solo cristal de sus suelas
empujando al transeúnte por la borda
empequeñeciendo la distancia
guardándola dentro de cada zapato
como una avispa!

FELICIANA FRITIS, NIEVE LEVE

Feliciana Fritis
la de violento pajarerío
brincando dentro de la luz.

Agrio voltaje es el que mueve tu pelo,
el trigal en ti alojado
dando puntadas con
esos perfiles partidos de tus piernas,
esos abismos que llevas en vilo
en la sangre, domésticas harinas que conviertes
en nieve leve, nieve que vas depositando en el viento
de los álamos, lustrando los rieles de tus labios,
en la estación donde esparces toda la alegría
de la tierra y donde te quemas como la rueda
de un molino, lentamente y donde la multitud
te levanta y repite y multiplica, Feliciana
azucarada, amargo estambre
que como una red detiene la cavidad de las
estrellas, entierra los deudos de la salud
del agua y la vejez del fuego y con su lengua llena
de luces amaga la cumbre de los diamantes
de cada uno de los besos.

LOS MAESTRITOS

Para atrás, para adelante
pataplín, pataplán
como en el juego de la urraca —vecino—
dice el cara de gusano rayado
recordando que antaño era como un álamo
pero se puso a raspar el sueño,
la oscurana, el musgo del rocío,
el cachureo de la luna para atrás,
el polvo del mar, para adelante
y comenzó a gastarse
así como un anciano tira el ancla —para adelante—
se pone blando hacia atrás
así encogían estos maestritos
reducidos por el sudor, a rebanadas
a burbujas, a rodillazos
perdiendo peso, volumen, espesura
aprisionados por el goteo de su triste
piano
que les sonaba sólo en la frente
y en el eco de la basura esplendoroso
que iban descontando con porfía
de tal suerte que su piel
era como tela de cebolla
o papel de volantín
y aunque reforzaban los envoltorios
poniéndole entre pera y bigote
pegándole el picotón al vinagrillo
cayéndose del piso más alto de sus altares
se empequeñecieron a tal extremo
que era más fácil que un camello
pasara por el ojo de una aguja
antes que los familiares
de los maestritos dieran
con su diminuto paradero,

HABLEMOS SOBRE EL MAQUINISMO

Sobre el maquinismo aún no
se ha dicho la última palabra. En un extremo
se coloca al hombre y sale por el otro
lo que usted mande
según sea su cariño.

Todo entra en la colada: la corbata,
es decir, el vestón; el falso orgullo,
la ramplonería, el hazmerreír de la especie,
el rostro mirando para el sur, los ahorros privados,
la sabiduría mezclada en una sola mercocha,
el hombre de canillas peladas, las hostias
como carretas, los cuervos, los principios
insufribles, poner la otra mejilla, la otra mujer
y envejecer —vecino— por encima de todas las cosas
aferrándose al último botón, a la patente matrimonial,
al pío pío de los montepíos, a la pezuña
infinitesimal de la gran bestia, al puré de
quijada, a las 3 únicas lentejas de la honradez humana
todo mezclado en el siglo de las luces donde usted
trabaja de antorcha, de petróleo, de luz a gas
pobre donde usted anda con tongo y a pata pelada
echando humo barato. La familia se ilumina como para
la escena del juicio final donde cada rostro y cada
costilla se llena otra vez de carne
y se levanta un gigantesco cuero que el mecanismo
de la época ha de repartir copiosamente tal como
el milagro de la reencarnación y librenos Dios si
no nos pilla confesados por alguna falla del fichero.

Nos sobrar cuero y nos faltar armazn,
edad, das, costumbres,
las herramientas que utilizamos antao
en este valle de lgrimas
producindose otro desequilibrio en la inmortalidad
por exceso de equipaje, clulas y vestiduras
vindonos obligados a improvisar otra vez
el argumento de la vida.

Por esta razn es muy conveniente
que cada uno se lleve al otro mundo una aguja
y mucho hilo y cuando se produzca el milagro
de la transfiguracin
lo mejor es empezar a coser, con desespero
para que nada de su cuerpo se caiga
para los lados y se vaya por ojo
para que todo el terror y la angustia
entren con justeza
en la exacta crcel de la eternidad
en la carta certificada de la beatificacin
en el candado de la dicha
y aunque zurcido y parchado
andar muerto de la risa
rodeado de querubines
tocando la flauta
y el violn, dndose
con una piedra en el pecho.
Qu felicidad, vecino!

CANTO 14

MADRE ESTUBIGIA

LAS MADRES DE CHILE

*Que soy dos veces suyo: por el adiós regreso.
La cierro al retomar.*

Vallejo

Las madres de Chile no se detienen nunca
y desde sus sueños a los ojos viven girando
y en eso se lo llevan: pariendo,
gastando el jabón, la complicidad de la madera,
atizando la edad, comprando sal, llenando el
hueco de los vidrios, columpiando sus menores
que bajan hasta sus pies como tempestades
llevando su recado, el dolor, el nuevo hijo que
usufructúa de tales latitudes, siempre con el ombligo
como una tierna proa y no come, para que exista
el cielo y no reposa para que viva la tierra
y pone sus frutos cacareando al alba para levantar
el sol, cepillar sus rostros y lustra sus betunes
maternales sin cuento. Va con su canasto vacío
con lágrimas y apremios, no estufas, no tibieza
de los relámpagos, no cocina, no escoba flamígera
y cambia sus vacíos, sus nada por pequeños
peces mondados, del humo hace tripas y de las
tripas corazón y de un atadito, crea la majestad
de la luna y de la ternura humana y no usa puerta
y hace de un grano de maíz merienda para mil batallones
y con un poco de nube, perejil y cilantro
prepara banquetes para regimientos y con una sonrisa
del hijo mayor se alimenta meses y lustros completos
y por carcajada usa sus dolencias
y por escoba sus largas penas

y barre, barre las moscas que son como diminutas
sinfonías de la dura miseria que retumba como
el acero
cuando protege con sus tripas
el rocío de las entrañas, cuando cose su mano
para que la lluvia no interrumpa ningún camino.

Madres de la aguja y del hilo raído,
de la batahola frugal,
tan callando, tan cantando, tan sufriendo
interminables como si después de su hueso
recién comenzara la recompensa de la vida
como si después de su muerte
naciera el resorte que nos hace brincar
hasta las galaxias y retornar de esos soles
y con esos escombros, rehacer otra vez la marcha
de sus días, el paso acumulado de su sangre.

Así nació Estubigia, esta madre campestre
hija de los árboles y las piedras
acumulada en el fondo de las mareas y de todas
las madres que fueron sepultadas, pero sólo un instante
porque Estubigia las iba cosechando, acurrucando
y con la salvaje canción de cuna de su rebeldía
les ponía árbol y lumbre, la sombra necesaria
el alimento de la inmortalidad y ahora ha subido por la
tierra con todas ellas y éstos son sus nidos y éstos
escombros forman parte de sus puentes, frutos y
canciones
y por su muerte estamos resucitando y ella sigue
como en una noria levantando el agua de otros testigos
de otros dolores y hasta el día de la justicia
tendrá, luz en su frente, un hijo en sus brazos
un fusil en el vientre.

LA COPA DE LOS DOLORES

Cuando murió
Estubigia —vecino—
cortó las amarras,
partió una vez por todas
sin dirección conocida
sin decir dónde se iba temporal adentro
sin avisar con qué íntimos, olvidados parientes
se arrinconaría
en la larga interminable inútil vejez sin nadie,
envuelta completamente en algún humo solitario
en la negra, espesa manta mortuoria cenicienta,
lenta en su hueso, oh férrea columna vencida
por el uso de vivir todos los días unas horas!
postergada y ladrada de erizados perros nocturnos,
como si ella fuera un préstamo del olvido
una despreciable limosna de sí misma!

Era la copa que nos contiene
y en los dolores por ella sostenidos
escuchamos la penosa marcha del universo
sobre las temblorosas criaturas,
las débiles columnas flotantes:
la perpetua noche que le falta al día!

Cómo te hemos sentido cacarear
cuando encontrabas arañando
el único gusano, el último alimento
de los siglos y nos llamabas
con un corto canto, el de tus
lágrimas centelleantes.

Entonces celebrábamos el hallazgo
encima de la tierra
abierta con tus manos
en medio del fango:
pan milenario, pan
de piedra que tú bendecías
pero sólo era de tierra.

Estubigia, fina mustia
vieja polvorienta madera
de los naufragios sucesivos
cuando anuncias el camino
de los himnos que cobijas
en las entrañas!

En ti todo repercute
—oh huesudo espejo—
eco donde se mira
la vida antes de nacer!

Oh deidad sollozante, alguna vez
lanzada a volar como los vilanos.

Vieja y gloriosa espuma de la tierra
caminando casi sin tocar la luz
anciana como el cielo fresco!

Mástil vetusto
corroído por los años venideros
fabricada con los despojos
de los nacimientos!

Espiga cuyo oro inestable ya no refulge
y bajo su peso se doblan los días encanecidos
trizados con arrugas y combates.

Con tus cantos huyó el hambre
girando en nuestras bocas
como pájaro flamígero.

Oh tutora, trunca abeja persistente
silenciosa
más sonora
que la tormenta en plenitud.

Mudos nacimos para cantarte
en las cerradas bocas de la noche,
victoriosos nadamos entre los crispados eslabones
y todavía aquietaste las ásperas aguas.

Madre difunta

Rosa renovada

Rosa circular

Errante

Tibio navío

Errante

De olas y espinas

Abumada

Oh tutora, huso rápido detenido
en los colores crepitantes de la tarde
rojos, blandidos crepúsculos.

Abeja transparente
de porte ardido

Metálica abeja

Tierno
fuego bullicioso
vibrante llama aérea
sin asidero
antigua zumbadora

navegante

Cómo nos fuiste tejiendo
hebra a hebra
con todas las pequeñas cantidades
del mundo!
En qué raíz no golpeaste
al alba para despertar
los árboles y subir luego
madura, cantando en
los frutos luminosos!

Fuimos la errante rosa
y tú la piel, el nombre, la forma
la cantidad, la unidad, el comienzo del fin.

Fuimos el número y tú el orden
la posibilidad
el turbulento perfume
de la salud
y el bosque sangriento
cuyas hojas semejan multitudes.

DONDE HAY AGUA, HAY VIDA

Estubigia
quién te ha visto
sangrando en el oficio
de navegar los hijos
porque donde hay agua,
hay vida.

Desde 1523
cada vez que tus críos
zarpan a la ventura río abajo
te los devuelve el viento
al puerto de origen
a tu doble tremolante pecho
nunca desmentido.

Subiendo los cauces
van recorriendo
náufragos de tu naufragio
sol vivo de la ceniza
cardumen de tu atado
persistente.

De las olas hicieron
su escudo
flechas del cielo,
ojos de las estrellas
y del río, lecho.

Y tú de sus manos,
silencio
y de su llanto
tajo de los ojos
dulzura de otro
puerto.

Recíbelos ahora
con su pródigo velamen
entrañas resucitadas
que devolvieron
repiqueteando
tu sangre
en el eco
sepultado.

Hijos que te alargaron
el alma, el olvido
de la boca
anúdalos ahora
abejas del fuego
recogiendo tu escombros.

Río arriba
porfiado candadillo
que te cierra la frente
y clarifica la luz
dividiendo en dos
el único día y la muerte.

LA VISITA DEL ASILADO

Algunas temporadas invernales —hijos míos—
el asilado anunciaba su visita
pasando veloz entre los muertos
más frescos
anclándose en su desvarío:
calvo de tiempo,
urgido de huesa,
polvillo separadísimo
minúsculas criaturas,
poros ignotos,
manos atrapadas en su nacimiento,
ganglios enmarañándose
en la selva lunar
coágulos anónimos, miradas
malignas pegadas a los muros,
la ventisca subterránea
de la gran familia
que acecha uniformada
en su rigor vulgar
volados los ojos.

A veces una mano de arcilla
se arma y desarma en la profundidad
de la tierra sonora y callada:
es un ojo astillándose
un tajo de piel no nacida,
es un pétalo destrenzándose:
la vaporosa pulverización de un número,
rostros vaciados en plenitud
incompletos
en un solo basural esplendoroso
carcomidos los números sin concierto

peso, volumen estatura y caos
y sin embargo gritando otra vez de nuevo
verdes en alguna defunción perpetua
tiernos en agónicos martirios
desplazados de horarios,
enfurecidos en desorden insobornable
sin multiplicar los pasos vacíos
del torvo asilado.

Ahora vemos esos testigos por separado
—Madre Estubigia—
diluidos en su solitaria eternidad
flotando en el útero fúnebre
de los socavones: hitos, filamentos
y tenemos la sensación de irnos vaciando
muerte adentro
torciendo enemigos candados
crizadas puertas
inhóspitas ventanas,
ilusos síntomas de la luz,
el pasajero que garabateó su paso
en las descascaradas paredes domésticas:
testimonios finales
asalariados para bien morir
incrustándose en su núcleo
y puestos a volar como el sol!

Oh naufragio de una sola sangre
rota y distendida
y multiplicada en arbol!

Una única gota llamando de nuevo
en los anchos pórticos nocturnos,
sangre de una grandiosa lágrima
cascajo de totales luces rotas
hormigas mancas
de pronto, hervidas en su concho
abajo, al final de la botella
desintegrándose en su *ovillo de oro*,
hilos, ríos estrangulándose
río que devuelve sus lágrimas,
ojos secos sembrados en la tierra mustia,
cadáver que se acumula hoja a hoja
esperando por fin su reposo pertinente,

la jubilación integral
tocando fondo:
nada entre los todos, pifa
entre las sombras ajenas
mugre, miga y semilla
deshaciéndose en la combinación ritual
de yacer, abiertas las venas,
espolvoreando su satánico granizo
ahuyentado de semilla en semilla:
pez que estalla en el aire seco
pájaro nadando, mojado, en la boca
en la feroz trémula terrible noche
solitaria.

Labios, vivos torrentes
obstinadas raíces del hombre!
Bocas tan calladas que una flor
entre los dientes, paze.

Pétalos endurecidos
por el olvido,
astillas cosechadas en un solo
sonido,
tierra comida por el cielo,
esclavos de media cama sin resortes,
obstinados mancos hambrientos
con cuchillos de palo para comer
desnudos sin muro
barajándose cada 30 días,
soplados a domicilio
humillándose en la cruz
que nos sirve de almohada
anudados como un pez
a su pescado, mortaja envuelta
a su irremediable pellejo!

Nos van cortando
con la misma tijera —vecino—.
Somos los fabricados a destajo o en serie
sopeados en idéntica desdicha:
una sola piel para los interminables trajes
mortales, una sola boca para tanto

grito

una sola materia para la

muerte

una única mujer para todo el amor completo
una sola mano para cinco dedos.

Una sola mirada y el vacío total
un solo ser para infinitas temporadas
todas las muertes para un sólo cadáver

exclusivo.

Oh destartalados escombros
los que *esperan* quebrándose
fuera del cielo,
al margen de nuestros sucesivos rostros
al otro extremo de los huesos fronterizos.

Oh aciagos emigrantes
que sostienen con su ternura
la sombra de las estrellas,
la oscuridad de la pobreza,
la oquedad de la tragedia,
la elástica piel del universo
que ahora duerme!
y sólo queda el imposible pronóstico
de alguna doméstica eternidad
perseguida a trasmano:
las ruindades del amor,
constantes calumnias, desmentidas,
solemnes desvaríos,
jocosos pedidos de socorro,
los ayes sincrónicos
los miedos letárgicos,
la angustia de bordear
los 40 años con lo puesto,
la miserable atracción del fuego,
los sombríos balances emocionales,
la costra gigantesca del hogar
y su futilidad
filudos dientes descuartizados
por el hambre
y esos compactos bloques
de la carne.

¿Se ha fijado cuando otro testigo
cae a la olla —vecino—?
Aumenta la combustión, el pálido
color de la llama, el calor benéfico
de la materia prima que arde
por arder, son como cenicienta rutina:
testigos cosidos con la misma aguja
chisporroteante.

Algo pasa y los deja temblando
hasta formar esas montañas remotas
de líquidos pellejos que aligeran
la carga de la espuma terrestre!

Aciagos pastores, confusos deudos
trizado está el musgo de las portadas
subterráneas del rocío!
Asilados terrores humanos
amarrándose a la dignidad de la pobreza
lanzados a vivir, mas sin techo
puestos a vivir, pero sin piel.

Madre Estubigia, despierta
otra vez entre los siglos

tiernamente.

Fuimos tus hijos predilectos
y en pétreas coronas nos acunaste.
Aquí estamos de regreso, abrumados
de vejez, heridas y dolor incesante.

Arbol terrestre
somos tus nuevos frutos,
la irremediable llegada
de los efímeros súbditos en tránsito
espumados desde el fondo
de la muerte, sazonados
en el destierro
despojados de toda venganza.

Amamántanos en tus entrañas de verde sacrificio,
distribúyenos entre el rocío

entrérganos a cada uno la vida para defendernos
del fuego o el viento
indícanos en qué número, cuál rostro
usaremos cada día
guíanos entre los anchos espacios
muéstranos el camino
las puertas, los signos
y llévanos en regazo, sangre arriba
a vivir otra vez
en la incesante cosecha del alba!

Oh Madre Estubigia sólo con golpes sordos
de huesos nos entendemos!

Un solo zumbido en los aullidos del polvo
entre el polvo vivo de la muerte
que nos amamantó de estrellas,
y ahora corre al lado de tu sangre
destrozada por la tierra.

Oh madre
en el pellejo del viento
tus hijos te sienten temblar
carcomiendo el aire en medio
de la ventisca del hombre partido
y armado a trechos, a mascadas
como si los despavoridos cuervos
trajeran algún iluso sonido
del primer infinito, incruento
llanto humano de hierba y también de lodo.

Madre Estubigia, recógenos,
ármanos, por fin para partir al alba
entre las tremendas insobornables
aguas de al noche.

Crujen los huesos, estalla el cielo
grazna una parcialidad del aire
retenida fugazmente en el hucco
rugiente del corazón!

Asílanos en tu campana de hondo
sacrificio y vámonos sonando con tus lágrimas.

Resucítanos después en tu sombra en hervor
retumbemos fuera de tus huesos
seamos ríos como la ira del fuego
convertido en rayos
líbranos de nuevo en tus mares
engéndranos con tus espantos
tíranos al aire de tus tormentas

llorando!

mécenos en el cielo y en tus infiernos

cantando!

úrdenos con todas las piedras del universo

cantando

cantando

cantando!

LOS TRANSPARENTES CABALLOS DE LA MUERTE

Madre Estubigia ayer destruimos tu agua insondable
llevándote como una dispersa muchedumbre
vociferando bajo la lluvia suelta del invierno.

Ahora regresamos a ti
armando otra vez la frontera,
seres completos con su río total
de piedra, saludables de estrellas,
moradores que vaciaron sus peligros para curar
las heridas, nuestra bandera.

Aquí seguimos pasando
por tus trémulos edificios pocos durables:
la familia en el hogar de verde y azul
persistencia y parsimonia,
frutos, sí, fatales, licuados
ya no guerrilleros de la aurora, sino
débiles criaturas estables
en el tinglado de rápido polvo errante.

Gloriosas y sufrientes espumas!
Caudales completos de la vida!

Cada una de nuestras muertes siguen sonando
en la gran caja del cielo:
soldados que son al río, como el río al mar
fuertes columnas insobornables
enloquecidos soles clavados en la piel
del día, en las manos deslumbrantes
definitivamente reintegrados
en la corriente del nuevo esqueleto
el largo, esperado imperecedero
cuerpo del agua!

CANTO 15

PRELUDIO DEL HEROE

POLVO QUE DORMIDO VA ESPARCIENDO

Polvo que dormido va esparciendo
los seres como semilla impalpable!
Minúsculos poros de raíz inacabable
todavía desterrados siguen viviendo!

La perpetua tierra se extingue subiendo
sus muertos: la pradera interminable,
los huesos predilectos, el imperdonable
sol de Arauco que sucumbe latiendo.

La costra mineral permanece herida
reúne el agua, el carbón, la madera:
manos que ahora son doradas flores.

Asciende al polen humano y perdida
entre los metales, la carne como bandera
tiembla al viento y esparce sus dolores.

SIEMPRE NACIO EL OJO ANTES QUE LA MIRADA.

Siempre nació el ojo antes que la mirada
al inaugurarse el aire, el sorbo de la vida.
Siempre estuvo en el cielo la frustrada
luna. El dolor persiguiendo la herida.

El hombre se empecinó en la encrucijada
al llenar los huesos con su carne reducida
aumentando con su pobre luz la llamarada
para después agonizar en cada despedida.

Primero fue pez dejándolo abandonado
en los frutos, invadiendo la tormenta
díscolo viajero, cuerpo incesante.

Fue cadáver de su esqueleto enarbolado
reuniendo sus rápidas cruces en la lenta
agonía de tener los siglos por amante.

EL APOSTOL DE LA BARBA MARITIMA

¡Llegó el día, llegó el día!
Este es tu aire privado, la nube personal.
Da la orden correspondiente a la porción estable
de la vida,
su cantidad de movimiento,
la porción de vigilia.

Dale cuerda a tus zapatos y a la memoria
de medio siglo: la colección de huesos es la justa.
La sangre toma su arrobadora curva
como la noche completa la posibilidad del cielo,
como
el sol su navío que rompe la tierra
y por último empuja la implacable edad del hombre.
Y tú vibras inconstante meteoro
y recoges los ojos, detienes los dedos
el tremolar de la lengua, el crepitar
de tu pelo, la transferencia de tus vacíos.

Nace un sentimiento, una sensación volátil
de color, la pausa de la atmósfera, el
delirio del aire araucano recogíendote, informándote
trémulo total, servicial y preciso, expandido
en la planicie de una hoja, incorporado
como un mástil, aleteando en la suma
de tus días innumerables,
la cópula atroz y leve, el mar unido en el
traspicé infernal.

Si entre las cenizas apareciera el héroe,
mendigo cantando, soldado llorando, hombre
temblando, muerto viviendo callando
si uniera los muros de las edades
multiformes, ordenando la celda del ojo.

Otro sería el más anciano, el
irrecuperable, el baldado, el sometido,
el apóstol de la barba marítima que se mueve
con las espigas del tiempo y golpea la angustia,
fronterizo en su fuga
arrancando de cuajo todo movimiento
y lanzado a las estrellas
libre y póstumo.

En el horizonte ríela
el agarradero de la sinrazón, el pensante
vórtice sin atajo y en esa juntura huye
una nube, el perro de los
acantilados, el hombre que regresa a la
tabla, a la sangre, al jubón, al altillo
feble, al diente roído, al labio mustio, al
brazo de lagarto, a la cofia del mendrugo
y aúlla sinfónico, pateando su trunca caterva
y con su alma agujereada
hace girar el valle de *Chivilingo*.

Este es el resorte del pan,
el ancla del vino, la garganta que desparrama
los muertos, en la alborada de la tierra
el mejor delirio de la sabiduría
el bote,
el remo
el agua
el movimiento
la partida
la fuga
el misterio
el comienzo.

Este el es comienzo —dijo—.
El júbilo de las trompetas
sopladas con la suma del polvo callado.
Y este es el fin, confesó Hilario comiéndose
los ojos, la edad infinita inundando

el atril póstumo, el escalofrío magnánimo, el hueso
insomne. Este es el primer vagido, el sol descalabrado:
la fisura de la razón entre los piélagos,
la ruptura del horizonte, el hombre sumergido en
la piel. Y alisó su número, pulsó la semilla, las
edades de la nieve, el primor del fuego, el
espacio para la trampa y la ira, la coyuntura para
los laberintos terrestre, los ríos caducos, los
hijos de la dulzura, el atisbo de las distancias, el
nido pretérito, la inundación de las emociones, el
cuchillo de soslayo, la horca suelta.

Hoy no te irás al abismo. Hilarión Gaspar.
Tienes un número de fuego,
pulsaciones, reminiscencias, altibajos del carácter,
hastío, porfías, gestaciones heroicas
porque sólo en ti reposa
el músculo del cielo
como un racimo de piedra.

Elige la máscara
el escudo efímero,
la porción que gastarás entre las horas:
plusvalía satánica, el seso removiendo
la pereza del descubrimiento,
vital en serie.

¡Musgo de la florida rosa de acero!
razón
del crecimiento!
Y al dar el primer paso cruje su engranaje
la cesantía aborígen, el verde dulzor
de una mueca,
y sólo la nariz críspa su árbol y aproxima
el peligro de la nueva hora y te incorpora al universo
enarbolado en tu pellejo
manufacturando la espuma lúcida de la mañana,
ciudadano del caballo roto,
dando tumbos dentro de tu disparatada sangre
engrosando la durabilidad del infinito.

Abre los nidos, las tumbas, el compás para la única
sonrisa de la historia, mira la silla que te quiebra
en cuatro, la camisa que te ahorca, el traje que
te inflama de temores, recorre tu zócalo, el barniz
de los andamios humanos, este nudo, la queja, los
harapos y dinteles de la miseria insobornable.

Escucha tu somier cuya virutilla metálica
es como una galaxia. Aún jadea el glorioso sudor
de tu sueño, la tensión de los kilos, el vetusto
anzuelo de la mirada, la fe, el buen criterio,
la orfandad del delirio, la horca zigzagueante
del tiempo, catafalco del progreso, dientes adentro
en la empalizada de los huesos, el bolsillo yermo.
No hay pan.

Se terminó la sombra.

La mujer se fue

con su hilera de hijos hechos

con vidrios rotos, cartones, filones de tarros cuencos.

Las tetas colgando como cada gota del día sobre

la edad y la muerte, las curvas rectas angulares

como barcos que se están muriendo, como bandido

que está baleando, como mendigo que está estirando

su violín de cartón, su sol minúsculo, su jadeo agónico

donde las alas parecen de oro untando

la catástrofe del hombre, humeando como recién

salido de la cáscara, protegido por la envoltura

lunar, donde un pez desordena la paz contenida

en al última lágrima. Atroces fueron las ternuras

de esa mujer cuando fue puesta a servir, a hervir

a cortar, a partir, a gastarse

cada día sacándole una tabla,

una piel, un hijo, una silla,

un dolor, una olla vacía, un piojo que tiene

el aterrador zumbido anciano del relámpago.

El fuego también perdió la memoria y desovilla

el linde de los humos sonoros, racimos de satánica

corpulencia, todo visto como a través de una noche

pared por medio. Primero el ojo, luego la oscuridad

la libertad de la luz sobre un campanario:

el grito de estas campanas, despedazándose
contra este muro y se escucha una filtración
un gemido llegando a nuestros oscuros
silencios
que siguen el juego indescifrable.

El que fabricó la casa del hombre
no tiene casa
ramas tampoco, el avispero
y el amasador no panifica
y el lechero no brinca
y el lunático está en ascuas
y el borracho no tintinea
y el guardador no cierra
y el policía no pitea
y la lavandera no aclara
y el cobrador no timbrea
y el buzo no fondea
y el jardinero no rosea
y el número no estalla
y el camionero no camina
y el domador, ruge
y el león, rumia
y el canario, trota
y el sastre, sobra
y el águila, zangolotea
y el verdugo, verdea
y el capitán, charratea
y el búho, vibra
y el campanero, calla.

El esclavo tiene
cifras ambulatorias, arrecifes calestiales.
Aún redondea la madera, estira
el papel, las catedrales, sopla el molino.
Hace los caballos, transpira rieles, escofinas,
peces, zapallos, brama cordones, alfileres.
Croa sartenes, botones, pianos y cunas,
gime vidrios, vacas, techos y columnas,
calla túneles, ataúdes, salmones, esperas
brota volantines, canales, océanos, chimeneas
y siempre al final queda con las manos vacías
y si te he visto no me acuerdo.

Porque el abismo es letal, el terror vandálico.
Por ejemplo. Crece el mar en su oreja
la civilización en su pie, el progreso en
el bolsillo de su alma, canta el gramaje de
la plusvalía, el músculo elástico de su tripa
que come cemento y produce casa
que traga saliva y rinde muelle, que toma agua
y crea tempestades. ¿Quién se queda al medio
dirigiendo este tráfico de los más y los menos
quién pone al hombre en este abismo y con una
cuchara empieza a rasparlo por dentro y le
resta las vísceras para estucar el frontispicio
de sus heridas y en ellas nos cobijamos
y desde ahí, desde esa cúspide estamos
cantando!

CANTO 16

ARENGA DE LA SAGRADA FAMILIA

La sagrada familia
está sentada en su
silla de gangocho,
en una silla de hilo
en una mesa de mano
en un pellejo de cielo.

Está en su urna completa
con prestada luna tarifaria
con fuego temible
lamiendo la llama eterna.

Tienen la piel sonora
un agujón en el alma
y el hambre en la muerte
y la muerte en la boca.

Refulge el diente mineral
la costilla revestida,
el áureo párpado del otoño
la sal en cuatro patas.

Es la hora del apremio:
el fruto en el ojo,
la naranja en el pecho
el hambre en el pie.

Hora de la col y el almácigo,
la nube y su columna vegetal,
la muy sazónada muerte
en cada uno de los rostros.

Padre de las barbas de ceniza
de los rizados sueños
de los heridos ojos
de los completos cantos.

Madre de la sombra abierta
del llanto escanciado
de la copa con lágrimas
y la ternura, bebible.

Padre de la amarra útil
del naufragio invicto
de las manos en cruz
y los clavos ardiendo.

Madre de los callados tilos.
Padre de los serenos aromos.
Madre de los radiantes ayes,
padre de los duros gemidos.

Hermanos de las cucharas
de sangre
de los rostros
de estrellas.

Madre de la ceniza
erizada.
Padre de los benditos
ríos.

Madre profunda
de las cacerolas,
padre eterno de los cuchillos.

Padre de la sangre
en el plato.
Madre de las entrañas
vaporosas.

Madre de la verdura
humana.
Padre de la verdura
aciaga.

Hora de las recogidas
cebollas.
Tiempo de los fugitivos
accites.

Habla padre de las piedras
que de piedra es tu alimento
y de piedra nuestro llanto.

Hambre convicto
que nos viene del alba
para comernos la noche
con las manos de la muerte.

Hambre del universo
que hace volar los huesos
y las bocas deja bramando.

Padre de los sudores
ese látigo en la frente
la impotencia de tu rayo
hace crujir los dientes.

Hambre que muge en el árbol
como fruto de palo.
Ese que brama en el corazón
como ancla ardiente.

Ese que está en la mesa
sentado con su tridente.
Ese que en cada ojo
saca chispas de acero.

Ese que apaga los cristales,
el que porfía al fuego,
el que rompe el rocío
el que desautoriza al trueno.

Madre de un solo pan
hundido en el alma.
Madre de una sola leche
y su pezón de nieve.

Y su pezón de tierra
y tu leche de ira
y tu fuego de pólvora
y tu lámpara primera.

La olla es un ataúd
entre siete velas y ceniza
es el agujero del mar
por donde gime la especie.

Madre ni un pez
en la boca
ni un pez
en tu lámpara
ni un pez
en tu ardido sollozo
en tu sombra trizada
en tu mantel y navío
en la hora solemne.

Recógenos con tus cucharas
y tus sales
a la hora de los trigos
humanos
hora de los cuchillos
flamígeros.

Padre de los mares
iracundos
tu barba espanta
los trigales.

Padre de los campanarios
trémulos.
Padre de los incendios
hambrientos.

Pan, sol de las barricadas.
El hambre nos está llamando.
Y el soldado en la colina
tiene el trueno en la mano.

Oh guerrillero
de los frutales estampidos
de los jugos intrépidos
de los árboles en tránsito.

Oh muerto
de los acantilados.
Levántate y camina
con un pan en cada mano.

Pan difícil
de las raíces.
Pan posible
de los nuevos.

Pan último
de los viejos
y una tempestad
al fondo de la vida.

Pan, en el estallido del relámpago,
pan, pan en la boca del alba,
pan, pan, pan en las bocacalles
pan, pan, pan, pan hasta el final del horizonte!

CANTO 17

LAS BANDERAS HUMANAS

PARTIDA Y TRASLADO DE LOS HIMNOS

“Empero, cuanto más los oprimían tanto más se multiplicaban”.

Libro del Exodo

1

En el norte —vecino—
morirse era deporte.

2

Los perros cuando ladraban
en la pared se apoyaban.

3

Nadie lloraba
en seguida se le secaba.

4

Nadie gemía.
Porque ardía.

5

Eran cientos de cientos
pasando el mismo sufrimiento.

6

Las oficinas se cerraban.
A los cesantes enterraban.

7

Les ponían unas cruces toscas
y después se los comían las moscas.

8

Los que subían al cielo
regresaban a buscar a su abuelo.

9

Los que disfrutaban del limbo
andaban comiendo huevos chimbos.

10

Nadie vivía, todos se aguantaban.
Y sin comer de a poco se elevaban.

11

Parecían volantín chupete
y de rabia estallaban como cohete.

12

De pura ira mordían el sol como pan duro
mientras en la luz vivían sus días más oscuros.

13

Uno tenía tan flaco el cogote
que parecía lingote.

14

Otro era una aguja
con cara de bruja.

15

Otro cuero de vaca
jugando al taca-taca.

16

Uno, Fermín, se hizo aserrín.
otro, Diego, se arrendó de fuego.

17

Uno dijo: "Esta es la mía".
Y otro se arrimó donde su tía.

18

Unos tenían hambre.
Otros muchos calambres.

19

Algunos dolores.
Nadie, amores.

20

Viva!
Muera!

21

El que manejaba el látigo
ahora sí que está frenético.

22

El que fue lunático
ahora sigue muy hermético.

23

En el viento la arena andaba suelta
y a tropezones corría en la tormenta.

24

El hambre rondaba.
Las bocas vaciaba.

25

Nada por este lado, nada por este otro
y la furia del pueblo parecía un potro.

26

El sol era una brasa ardiendo
y por la pampa iba rugiendo.

27

Por ahí tiritaban unas flores
y sólo eran los colores de los dolores.

28

De huesos eran las cenizas
que incendiaban las piedras calizas.

29

Nadie se repetía en los espejos.
Sino que sus sombras se derrumbaban desde lejos.

30

Las casas eran un peladero.
Apenas un perro, un uslero.

31

Las casas tenían algo de herido
como pájaros que dejan su nido .

32

Las casas se terminaron muriendo
pero sus lóbregas ventanas seguían tosiendo.

Lejos, el mar se pertrechaba
y con sus surtidas olas, apuñaleaba.

Las campanas de los pobres sonaban de un solo lado.
Y la mayoría de las veces tañían para callado.

A los nortinos la pura piel les iba quedando
y en el cuerpo les colgaba suelta y flotando.

El corazón de los muertos se ponía polvoriento
y a la larga terminaba llevándose el viento.

Muchos sentados esperaban a la parca
que se hacía rogar para dejar su marca.

Un calichero corajudo dijo con acento pendenciero:
—Que levanten la mano los que quieran morir primero.

Preguntó otro: —Teniendo dos pies para caminar
quién avanzando hacia el sur nos podrá atajar?

—¿Qué esperamos entonces? rugió Juan y Medio.
¿Por qué no hacemos algo para romper el tedio?

Tomemos las banderas —dijo doña María—.
Enarbolándose en su rostro la alegría.

Y el que se ponga por delante —maldijo un minero—
irá de un viaje a dormir el sueño eterno al agujero.

Larguémonos en seguida —dijo otro con desplante,
sabiendo que tenía todo el horizonte por delante.

El que nos tire con balas dijo un barretero precavido
apenas tendrá tiempo de arrepentirse de haber nacido.

Un anciano recordó: —Nos dejaron en la cuerera
y ahora nos tratan como quiltros que van a la perrera.

Otro dijo: —Con nuestros hijos aramos el cielo y la tierra
y con el saldo de sus vidas tendremos que hacer la guerra.

Levantaremos las trincheras codo a codo
dijo uno que le buscaba a la muerte el acomodo.

Armemos una barricada hecha con tripas y pellejos
dijo un mudo dejando a todos muy perplejos.

El pueblo como el mar desbocado inició la marcha.
Sus altas torres interminables brillaban como escarcha.

La sangre se derramaba por sus venas como trueno de fuego
y antes de partir las ancianas hicieron un último ruego.

Aquí nacimos —dijeron— aquí crecieron nuestros hijos
y dejaron la mirada puesta donde el viento estaba fijo.

No había nada en los árboles, nada en las mesas
y hasta las nubes parecían tener las patas tiesas.

Como piedras sonaban los aullidos de los animales
quejándose con ese ruido con que se quiebran los cristales.

Sólo el sudor parecía levantarse de las sombras
con el agua de la vida que la vida ya no nombra.

Ahí estaba su nieve navegando en la frente del cielo
y cada estrella era una gota que brillaba en su vuelo.

Y el hombre ¿qué era? sino un palo seco, un hueso con pañales
descuajado y despoblado como los jardines otoñales.

¿Por qué Dorila se doblaba como una campana suelta
y con el mar en la mano llamaba a gritos a la revuelta?

¿Por qué tanta hambre, por qué tanta libertad encadenada
hasta obligarnos a hacer de las entrañas, barricadas?

Ahora los mineros parecen estandartes y flamean como banderas
raídos testigos son, escombros recogidos en la primavera.

Nadie detenga sus ríos, nadie puede cambiar sus voces
sino para escuchar el chirrido de sus huesos feroces.

No tienen sombra, no tienen nada y en la procesión
con la última muerte que les queda se hacen ilusión.

Y por todos lados la vida se les escapa airosa
y los retiene con nueva piel siempre más impetuosa.

No hay quien los mate. Cuando uno cae, otro crece
lo mismo que el rayo cuando el relámpago perece.

Están todos conectados, ligados, amarrados y anudados
y una aguja los cose por dentro y los mantiene iluminados.

Una luz los alumbra, abriéndoles ventanas y sufrimientos
y como pájaros a la distancia parpadean sus sentimientos.

Y una risa baila de boca en boca como un pez en un anzuelo
mientras los más jóvenes recogen a los que están de duelo.

Y la risa no está cortada y la furia tampoco, ni menos el fusil
que les brota de la tierra como cargamento de trigo sutil.

Y uno dice fusil por decir algo porque el hombre es un fusil,
y de pronto tiene muy poco de trigo y muy poco de sutil.

El es la mejor arma de hierro, fuego y pólvora inmortales
y cuando estalla es como un siniestro de estrellas infernales.

Y él apunta con sus entrañas medio a medio al corazón,
y ruge, suelto, desbocado, en su propia urgente caparazón.

Va directo por el desierto, el pecho descubierto, emancipado.
Y en la propia flecha que lo contiene y los retiene, es liberado.

Y dobla la espiga, sopla las cadenas, hace trizas las prisiones
del carcelero que al sentirlo avanzar cree estar viendo visiones.

Y la columna es un río inestable: como un fuego son sus imperiosos caudales.
Y a través de la noche escuchan sus cantos como antorchas los clericales.

Y a su paso, hombres y mujeres se van sumando como la luz al día
y al sorprenderlos los custodios del orden van perdiendo la alegría.

Así pasan por campos y aldeas tocando a rebato los campanarios
y sus tañidos humanos asustan aún más a los crispados cavernarios.

Dejaron atrás estaciones, secanos y plantaciones de zapallos
y al escucharlos zumbar parecen infinitos cantos de gallo.

Roto el rostro, las banderas trizadas, el cuerpo les colgaba suelto
pero seguían con ánimo altivo y el pelo como páramo revuelto.

Muchos cielos pasaron sobre los soldados, sus fusiles y sus huesos volanderos
mientras la noche pegaba en el viento unos terribles gritos vocingleros.

Era la tempestad del mar que una por una las olas levantaba
y para estallar su espuma en otra violenta espuma se apuntalaba.

La marcha parecía un solo hombre recorriendo todas las muertes, volando
y desde el fondo de la tierra surgía sin pausa, la vida, clamando.

Era profunda su eternidad y los días ya perdidos no tenían memoria
porque con el primer esqueleto anduvo encendiendo la brasa de la historia.

Ahora el mar viene llegando y cantando en la boca de los insurgentes
que recorren su eco y en la nueva voz del alba tienen una llama diferente.

Es el pueblo numeroso que como los ríos y los días no tiene acabo
y vive dando vueltas como perro queriéndose agarrar el rabo.

Y cada muerto siembra a su hermano en el cosmos y en la tierra
y nada más puro que su pecho con rosas y galaxias atajando la guerra.

Nada más verdadero que su estrella encadenada
alumbrando sus infinitas edades y con su propia luz encandilada.

Hermano, le dice desde el fondo de los abismos, el soldado
que entregó su muerte para que otra vida naciera a su lado.

Y así como el sol mueve sus torrentes de fuego y tambores
el guerrillero quema las cenizas de sus propios rencores.

Y avanza, inmortal, porque como los mares y los ríos furiosos
el hombre no tiene atajo en su interminable destino glorioso.

Y sus banderas son como la piel de los pueblos infinitos
que en el polvo de la muerte aún levantan su último grito.

Y en el bosque de fusiles sus huesos parecen hojas clamorosas
que hablan entre sí y en la verdura emergen sus bocas victoriosas.

Voces de los limpios soldados transparentes igual que cristales
abrazándose en un solo coro como si fueran fecundas lluvias invernales.

Tú que llamaste a la hoguera rayo y al rayo silbo incierto
porque con otro nombre fuiste inventando la tempestad y su concierto.

Tú, inscrito en los muros y rimado en el viento y apagado de ojos.
Ahora que buscamos tu corazón recién encontramos tus sueltos despojos.

¿Dónde está la primera estría, el hambre que sumó los nudos predilectos
el que apuró el destrozado andamiaje entre los soles, encubierto?

¿Dónde está el que zurció la sangre con los huesos y entre las piedras
sembró tus sueños desterrándolos para siempre en la primera hiedra?

La trepadora, la que reúne los pájaros y los dispersa uno por uno
y dentro de las venas tú los sientes latir y escudriñar como ninguno.

Tú detenido en la noche como un grito, como una brasa plañidera
que cree ver en cada estrella los pétalos de una rosa lastimera.

El que apuró el fuego ahora en la piedra anda por dentro más ligero
y es una antorcha que mantiene viva sus cenizas con vaivén lisonjero.

Tú dueño de las cucharas, del alba y también de las hogueras
alimentadas por otros esclavos que como leño quemaron sus quimeras.

A LO LARGO DEL CAMINO

100

El hombre fue el comienzo, la estación, un paradero, ala de algún duelo:
el primer esqueleto que armó la vida para poder iniciar su vuelo.

101

Sólo tenía las manos y después el amor se las curvó como el rocío
y transparentes quedaron como agua aromada por el dulzor del estío.

102

Esta es la piel y sus prisiones para resistir el tiempo y su recado
de sombras, el muro que sin edad nos aprisiona como el pez a su pescado.

103

A ti acudimos, muerto hace millones de años, para sentirnos despiertos
pues tus muertes siguen palpitando como cada una de las arenas del desierto.

104

Eres inmortal como el pueblo que resucita sin cesar muertes y sudores
y crece con el hombre a la espalda, cargando cada uno de sus dolores.

105

Nada se pierde porque cuando un soldado quiébrase, otro lo arma rugiendo
y en vez del esqueleto le pone una espada para que con ella siga combatiendo.

Hace de sus dedos, ríos; y de sus amores, canto; y de sus muertes, volcanes que después de girar por los siglos de los siglos se convierten en huracanes.

Aquel perdido en la cumbre regresa a sus raíces y tiene en la frente la pajarería de la primavera que se levanta de sus ojos como de una fuente.

El hombre rompe sus fronteras siendo artesano de la pala y de la lluvia verde y es sometido a tantos rigores que no hay cadáver que no lo recuerde.

Ese que partió con su llama ahora está aquí con sus últimas sombras diurnas. Fue tirado como basura, pero al caer como un relámpago alcanzó su meta
/profunda.

¿Cuánto demoró en subir los peldaños y por qué surtidas lágrimas fue
/avanzando
hasta extinguirse el puñado de su muerte dentro de sí mismo siguió navegando?

Oh avalancha del ser, torrentes humanos que encontraron sus llaves salobres. Tú el artesano de la piel, el carpintero de la tinta, costra airada del cobre.

Tú buzo de los papeles, sastre de los acantilados, ciclista de los vapores albañil del humo, hojalatero de la nieve, ebanista de los colores.

Tú lustrador de los baldíos caballos y de los tiernos mármoles, pirquinero. Tú blandido domador de la decapitada nieve y de la muerte, breve jardinero.

Tú, el de la cuna de piedra hace sonar los escurridizos sueños en los escaños.
para que por tu fusil nos llegue la verdad irrumpiendo a través de los años.

Nada se pierde y el corazón mordido por la muerte aún levanta sus quejas
y sus verdes venas son como esas tajantes arrugas que rodean a las viejas.

Antes, el hombre se desmenuzaba en los abismos como un torrente de quejidos.
sonando como relámpago que al encenderse en su propia luz parece repetido.

Tuvo su primera sombra y el aire sin término como fácil derrotero
hasta que cerraron su sangre y después cayó de un viaje al despeñadero.

Sus hijos eran ecos que por el tiempo lo paseaban con voces y cantos
y cavaron tan hondo en la profundidad de sus ojos que le brotó el llanto.

Todo era de él: sus manos, el día y la noche, sus huesos y el trabajo
y en la piedra dormía su eternidad haciéndole un profundo tajo.

El paisaje era propio; cada árbol y los frutos mirábanse en su espejo.
Las ramas de oro y los arroyos corrían como inquietas orejas de conejo.

Suelto en el mar andaba, suelto como la marea. Nadie lo compraba o vendía
y cada una de las olas se encargaba de repiquetear cuanto era lo que valía.

El ojo a una cadena fue atado y la garganta al silencio urdida
porque mirar y cantar era como partir y morir por una misma herida.

123

Después descuajaron sus entrañas y muñones y lo fueron multiplicando y hasta la última gota de su sangre quedó prisionera y temblando.

124

Después le sacaron la cáscara, la piel y el techo dejándolo desnudo sueltos sus tambores, libres sus angustias, convertido en indefenso nudo.

125

Alguien lo empleó como lata, como columna o como arena suelta para que en cada cuadrada bicicleta de palo diera la última vuelta.

126

Fue encarcelado como toro, como tinta y también como candado debiendo enterrar a los últimos difuntos que pasaran por su lado.

127

Fue piojo, escalera, pintor de brocha gorda y mano huesuda y con su propia desgracia iba levantando su briosa levadura.

128

Lo arrendaron como pez, como paraguas, como mimbre y como resorte y de noche, para soñar, entraba callado al dormitorio de la consorte.

129

Y tocaba sus medias lunas y sus naranjas completas y perales pero al despertar regresaba al pesebre a dormir junto con los animales.

130

Fue usado como eco, como arpón, como papel y también como suelto hollín y en el sótano de la especie vivió como despreciada escoria de aserrín.

131

Fue la basura que bota la ola, escombros regalado con dos heridas implacables como un sablista que de tanta hambre tuviera que tragarse los sables.

Bajó hasta tocar la raíz de la noche y otro subió por su muerte
trepando hasta alquilar un dios que le prometió cambiar de suerte.

Por cada sudor trizado en su interminable frente alguien nació en cuna
/de oro
y por cada escombros de sus huesos desquiciados otro amasó enormes tesoros.

Uno puso la boca y el otro el pan y los intermediarios el trabajo
que consiste en sacarse las entrañas y comérselas como escarabajo.

Uno trabajó de hormiga, otro de abeja, de rayo y también de zapato.
A otro lo amarraron en la quijada de una negra ancla que parecía gato.

Unos eran floreros, baratos trigos y ligeros pájaros de fierro
y para volar tuvieron que hacer pedazos las prisiones del destierro.

Sólo el amor, en la noche, temblaba en la tierra como movedizas cadenas
y al apurar sus pasiones gemía igual que habitantes de una colmena.

El hombre fue una estantería, un ladrillo, a veces un tormento
y donde descansaba emergía su borrosa huella sólo un momento.

Una huella veraz que con el humo en el cielo iba escribiendo
la historia de quien se quema a trechos para seguir existiendo

Verbo de las estrellas, palabras que parpadean en el firmamento
y al pueblo le dicen: —Prepárate que ha llegado el momento!

Y el que fue rueda, el que fue tizne, riel, y el que fue tea
 arrima sus ancianas cenizas para que el fuego desde lejos lo vea.

Para que levante las llamas el que fue salitre y también cobre
 y forme con esos metales barricadas con los huesos de los pobres.

Ese que sujeta los colores, el que escancia los frutos de la temporada
 ponga rápido tinte a las naranjas y a la pólvora, en su luz enamorada.

Muertos de la hondonada, polvo del infierno, ahora resucitan las campanas
 y al chocar entre sí, la muerte más viva le da paso a la muerte más anciana.

Es un solo esplendor el delirante despertar del pueblo en los amaneceres.
 Es un sol, es un sólo sol, es como el sol radiante de los atardeceres.

La marcha de este fuego cuyas llamas ya son tan altas y temibles
 alumbran miles de leguas a la redonda con su tambor imbatible.

Hijos de la prisión separados por la espada y expoliados por la lumbré
 no en vano caminaron con su muerte en vilo: ahora tienen quién los alumbre.

Tú esclavo del terror desemboca precipitadamente en los fusiles
 estallando con premura como las banderas sonoras agitadas en los desfiles.

Irrumpe la vida cargando sus trigos, tejiéndole la piel al trueno
 haciendo latir los restos del pueblo que surge como levadura de pan bueno.

Los cuerpos infinitos son más anchos que la espesura del hondo cielo
y nadie puede detener esta avalancha que desde el fondo del hombre toma
/vuelo.

Vendaval de las campanas, suenan otra vez estremecidas y galopando.
Ahora el hombre se quedará para siempre amando y repiqueteando.

Ciérranse las cicatrices y en este crepúsculo distinto de la otoñada
la siembra terrestre levanta sus lustres en la pradera recién lavada.

Oh campanario de las venas, oh licenciados de la muerte, eternos navíos
de las temibles tempestades humanas naciendo con nuevos y floridos bríos.

Raíz primera y última, perseguida voz que entre el cielo y la tierra perdura
y como una estrella eterna, el guerrillero de la vida acelera su premura.

Llega la noche, la hermandad de los corazones y sus más altos latidos
y al dormirse el murmullo del silencio del pueblo es un solo sonido.

Calma que como una aguja enhebra la especie a través de sus constantes
/edades
y hace caudal de su cosecha y expande por último sus infinitas claridades.

Férreos mares que a los tranquilos ojos de los siglos siguen abrasados
y al abrirse, el hombre en la urgente mirada de la espuma canta enarbolado.

Noche de los tormentos que se acerca al pueblo buscando un latido
porque en la oscuridad más profunda encuentra la luz y su sentido.

Noche desmenuzando al hombre entre los días, invadiéndolo de murmullos
haciéndolo cantar como las piedras de los soles al empezar sus arrullos.

El hombre que es sol sancochado con espantosos borbotones tiranos
recoge sus ruinas de fuego para anudar la primera estrella con la mano.

Un sol que se despeña arrancándole de cuajo la piel al tiempo perdido
mientras los esqueletos más obstinados parecen cenizas de algún aparecido.

El hombre estuvo ahí, hecho nudo fugitivo guardado en el útero de las
/estrellas
no más grande que los soles a la deriva buscando el origen de su huella.

Sol con un cuarto miserable, las manos para vender y el techo agujereado.
Llegando la noche tenía que partir a la casa sideral del infinito finado.

Un finado con cara de luna cuyas largas lágrimas parecían candelabros
detenido en su leche dura que le daba a los ojos milenarios un aspecto macabro.

Oh tu Hilario encerrado en la nieve y prisionero de la lluvia inclemente.
El hacedor de todo lo que nace cuando habla el sudor cayendo a torrentes.

Tú que horadaste la tierra y al encontrar el cobre te quedaste sin ni cobre
iniciando el salario del hambre, la eterna y repetida historia de los pobres.

Tú que anduviste prestado dentro de la muerte y la usaste como hueco velero
ahora ninguna tempestad soplará tus huesos al navegar por los siglos
/venideros.

Cómo cantaste en el alma de la piedra, y aún en sus raíces fuiste rosal
y nadie te desenterró en los jardines ni te usó para iniciar el éxodo otoñal?

Tú, hijo del hombre con cara de fuego, tarima de hueso y chimenea de niebla.
Muerto y recuperado, caminante que sólo se triza, nunca se quiebra.

Dejaste sobre la tierra el sudor como navío que partiera a su suerte,
y al regresar encontraste tu frente como paloma que hubiera volado a la
/muerte.

Tú que levantaste el trigo con las manos y por el trigo descendiste al suelo
ahora que buscas el resto de tu cuerpo, tu interminable esqueleto está de
/duelo.

Es la hora de los sucesivos siniestros cortando el viento con sus fogatas
mientras a su alrededor los caminantes parecen tener ruedas en las patas.

Se despedaza el fuego en sus rostros y los cava con el desvarío del diamante
estallando una dulzura que se desliza por sus ojos con apresurado desplante.

Ora parece de oro, ora de aluminio y también agua rota por un caballo
que viene galopando desde el vacío de la noche entregando a cada santo su
/sayo.

Los días pasan sobre los insurgentes y los insurgentes invaden los días
y el coro que llevan en el aire repite el ronco afán de su algarabía.

Sus pies van latiendo en la tierra y la tierra late en sus corazones.
Sus barbas triguales son, sus manos campanarios en el viento hecho jirones.

Nadie había visto antes un torrente de juanes y fermines de rosas y matildes
pero ahora como rayos en las venas rugen sus infinitos cuerpos humildes.

El polvo de la caminata parece lata zurcida a las banderas raídas
que de tanto sudor pegado a los cuerpos son como muñones de la vida.

En un alto de la marcha los caminantes curan sus heridas y sus llagas
y los señores de la tierra hablan de la invasión de una plaga.

Los ojos de los caminantes están unidos mirando el horizonte vacío
y siguen avanzando como breves insurrectas llamas de despeñado rocío.

Esta es la fuerza que mueve el vuelo de los pájaros y dirige el canto
del trabajo donde el hombre deja a diario su pellejo cuajado de espanto.

Y estas son sus manos y el caudal de dedos que fabrican las rosas
y dan al perfume su hondura que cae al alma y al abismo de todas las cosas.

Son de barro bruñido y algo de oro les aletea en la sangre como buitres
y jotes que desamparados de la muerte convierten los cadáveres en salitre.

Detenida la caminata uno hace un llamado y la calle de su rostro queda
/desierta.
Así como la mirada se abre en el ojo, el hombre en el pueblo despierta.

Entrega sus huesos al vecino y lo invita a sentarse en su silla de guiñapo
como si fuera el trono que aspira el que sólo tiene remiendos y harapos.

Y como la noche sucede al día y la vida a la muerte, se dan la mano
porque reuniendo sus tormentos, dolores y sufrimientos parecen más
/hermanos.

El que flaqueó, el que fue novio de la muerte y gime entre los laberintos.
El que pone muros al vendaval, un día aventarán su fácil vino tinto.

El último y el primero se reúnen en una avalancha de parecidos sentimientos
y saben que antes de vivir de rodillas es mejor tirar los huesos al viento.

Y abren las bocas apresuradas como si fueran horas y el rugidero es de leones
mientras las mujeres acarrear agua, hacen humo y remiendan sus calzones.

Los niños son como los espejos donde se miran sin cesar los guerrilleros
son ellos mismos, pero más diminutos repetidos como la lluvia en el aguacero.

Los niños miran los fusiles y se imaginan que son trompos de siete colores
que al disparar hacen cantar la vida olvidando para siempre los sinsabores.

Al reanudarse la marcha, al empujar el sol, la multitud se parece al mar
que al ponerse en fila despliega la espuma que va a aniquilar.

El pueblo es la copa sin fondo que contiene la especie y carga una escalera
para que por ella huyan al cielo los que se ponen nerviosos con la espera.

Y llevan también una espuela y un trono para los que siguen sentados
esperando que les pongan a la puerta de su casa un caballo ensillado.

Los mudos llevan una trompeta y los deslenguados un piano
para que cuando canten sus arengas y sus himnos tengan algo de humano.

Ellos que miden la extensión de la muerte por los que les queda de vida
ahora saben que es más infinito el hombre que a otro su muerte le convida.

LOS SOLDADOS DE LAS ESPIGAS

197

Se levanta otra vez la polvareda y estallan de nuevo los aullidos y las banderas
y el éxodo continúa como crecen las burbujas en la batea de una lavandera.

198

Es un ejército estremecido gota a gota en la muerte más pura
como un toro vertiginoso que bajando y bufando desde la colina los apura.

199

Oh racimo de los himnos! Rostros blandidos y moldeados al viento
izados por el hombre para que la libertad nazca en el nido de sus pensamientos.

200

Oh nieve de los palomares. Oh cristales de las fuentes. Oh fuentes
de los guerrilleros que asaltan el horizonte con ira persistente.

201

Suelten a volar sus voces y que sus cantos inunden sin cesar el alba
anunciando que todo el pueblo está en rebelión como una sola tabla.

202

Oh bosques cuyos árboles son armas y los frutos, estampidos.
Ya dolientes ráfagas verdes que en el aire han florecido.

203

Oh frescos murmullos, ruiseñores del camino, navegantes picaflores
que al arrasar el aire consigo, abren paso a los crepitantes clamores.

Oh ramas vetustas y soldadesca de las fuentes y los arroyos
que como el trigo furibundo en el oro inestable buscan apoyo.

Oh soldados, espejos de las espigas que brotan a borbotones
en cuyas mínimas bocas el sol galopa a torrentes y a tropezones.

Y más bajo aún, cuando la muerte acicala el olvido de sus harinas
nacen las voces de los voluntarios recién salidos de las minas.

Viva! repite el runrunco de los pájaros desparramados por el aire de sep-
/tiembre
batiendo la mañana como si fuera tirante melodía veraniega de noviembre.

Borboteantes balcones de la fiesta y feroz caudal numeroso
por donde el ámbito del día va sembrando su candor gozoso!

Oh correntada de los cielos, catedrales ovilladas y navegando
que el honor del pueblo a las estrellas con apremio va elevando!

Victoriosos testigos, braceros del vino y de todos los materiales
que sostienen al hombre como trébol entre los radiantes pastizales.

VIVA! el sello de toda arma enamorada.
VIVA! el canto de la prisión emancipada.
VIVA! el badajo que en el cielo va desparramando
la humana campana, la humana campana,
la humana campana.

INDICE

TOMO PRIMERO

EL ARADO DE CINCO DEDOS

	Págs.
Prevención al lector	13
<i>CANTO 1.—El llanto a los ojos corre atado</i>	15
La casa	17
Visitantes	19
Presentaciones	20
El prisionero mana secreta luz	23
Con uñas aramos la tumba	24
Las lluvias del ancángel San Miguel	25
Algunos animales dejan la tierra	27
El luminoso decapitado	30
Las lloronas, lloradas	33
No falta de qué reírse	35
Aire calzando su huesa	38
Pasajero parte como cohete a la gloria	40
Las Riquelme sollozan a domicilio	41
Se compara un difunto con un perro	44
Juan Vilches, finado cantarino	45
Fábula de doña Uberlinda del Carmen Sotomayor	47
Doña Petronila de la Luz asiste a la multiplicación de los querubines	48
La muerte en el legítimo ejercicio de sus derechos	52
Viajeros en el tránsito dichoso	55
 <i>CANTO 2.—Breve eternidad de los difuntos</i>	 57
El próximo ausente	62
Primeras herejías	65
La doble muerte	67
Un cuervo vuela sobre el camposanto	69
Discurso póstumo para orador y coros	71
 <i>CANTO 3.—Hora de las trivialidades</i>	 75
Las bestias confrontan nuestras tragedias	77
Las 7 virtudes de la poesía	79
 <i>CANTO 4.—Peripecias del Biobío</i>	 95
El desolado sol de Tricauco	97
Amanecer lluvioso sobre Duquenco	99
El habitante del agua	101
El espejo inconcluso	102
 <i>CANTO 5.—El desgobierno de la lluvia</i>	 109
Crónica fluvial	111
Hombre pidiendo comida en un tarro	115
Dama vendiendo su cuerpo	116
Niño mirando la muerte	117
El rostro de los rostros	118
- Homenaje a la lluvia	119
Una duda en nuestro tiempo	124

<i>CANTO 6.—Dulce proclama</i>	127
Manifiesto amoroso	129
<i>CANTO 7.—Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte</i>	133
<i>CANTO 8.—Crista</i>	147
Arbol de la palabra, a ti acudimos	149
Nacimos para amar y nos han crucificado	150
Puerta de todos los naufragios	151
Sueños son nuestras definiciones	152
En el suave roquerío de tus dientes	153
Herida en tu minuciosa entrega	155
Te caminaré hasta saciarme	156
En ti me transvasijo	157
A un teléfono te comparo	159
Habíamos nacido el uno para el otro	161
Los pasajeros sin rostro	163
<i>CANTO 9.—El esclavo incesante</i>	165
El árbol del cielo y la ternura	167
Esta noche te abro ardiendo como trueno	168
El esplendor del rocío	169
El sosiego de toda utilidad	171
Buscando la piel entre los dientes	172
A cinco émbolos mocedades del hielo	173
Las herramientas de la floresta	175
De la ola su cantidad, al sonido su número	176
Por tu frente los peces	177
El filudo fuego, escarbado esguince	178
Los caudales de tus palomas	179
Los salares del trigo	180
Los últimos rostros del silencio	181
Correrías, opalanda, perfume de los humos	182
Hemos glorificado la noche	183
¿Cómo sentir tu honor verdadero?	184
Alta lagrimería del dinero	185
Enjambre triturado en su simple sonido	186
Tú la numerosa de avenida	187
El largo uniforme de la ceniza	188
Lumbre de los recios otoños	189
• Autorretrato N.º 1	190
Sombra, tobogán del cielo	192
Una paloma inventa la blancura	193
Tanto candado me viene de tu boca	194
¿Quién recuerda la cantidad de tu fuego?	195
Oh amor de las claridades	196
Ligera hostia de los atardeceres	198
Ten piedad de estos cristales míos	199
La copa de la encrucijada	200
Quítame el espejo de la piel	202
Señor del agua y la justicia	203
La herramienta del pan	205
El artificio de las puertas	206

<i>CANTO 10.—Folia cotidiana</i>	209
La marca temporal de las edades	211
Lluvia perpetua que termina en nuestras manos	213
Les habla el tutor de su sombra	215
<i>CANTO 11.—Una degollación de inocentes</i>	219
Degollación primera. El niño	221
Degollación segunda. Masacre otoñal	223
Degollación tercera. El jinete	225
Degollación cuarta. La muerte	227
<i>CANTO 12.—Los números errantes</i>	229
En su perpetua cuna de piedra	231
El vasto destierro del mar	236
<i>CANTO 13.—Los artesanos del rocío</i>	239
El burócrata	241
El ahorcado	244
Empleado filial	245
Ya viene el cortejo	247
El pescadero	249
El peluquero	250
La amante	252
El caballo	253
Para mentir y comer pescado...	254
Miguel Entreambasaguas, ahumador	257
Toro muy numeroso	260
Florencio Díaz, "El Callaca"	263
El hueso salino reniega del hueso agrario	265
Darío Vallejos El cara de Medalla	268
María Escobar de Diego de Chávez	269
Casóse la linterna y el tintero	271
Fabricantes de jabones	272
¡Viva Tiburcio Medina!	274
Cahuín con obispo y general	275
La serena espuma de Rolando Rebolledo	279
Feliciana Fritis, nieve leve	280
Los maestrillos	281
Hablemos sobre el maquinismo	282
<i>CANTO 14.—Madre Estubigia</i>	285
Las madres de Chile	287
La copa de los dolores	289
Donde hay agua, hay vida	293
La visita del asilado	295
<i>CANTO 15.—Preludio del héroe</i>	303
Polvo que dormido va esparciendo	305
Siempre nació el ojo antes que la mirada	306
El apóstol de la barba marítima	307
<i>CANTO 16.—Arenga de la sagrada familia</i>	313
<i>CANTO 17.—Las banderas humanas</i>	321
Partida y traslado de los himnos	323
Los soldados de las espigas	347